

STORAGE

DL

707

B 653786 DUPL

Toral, Juan.

Tradiciones Filipinas.

GEAC INSIDE

JUAN Y JOSÉ FORAL

TRADICIONES



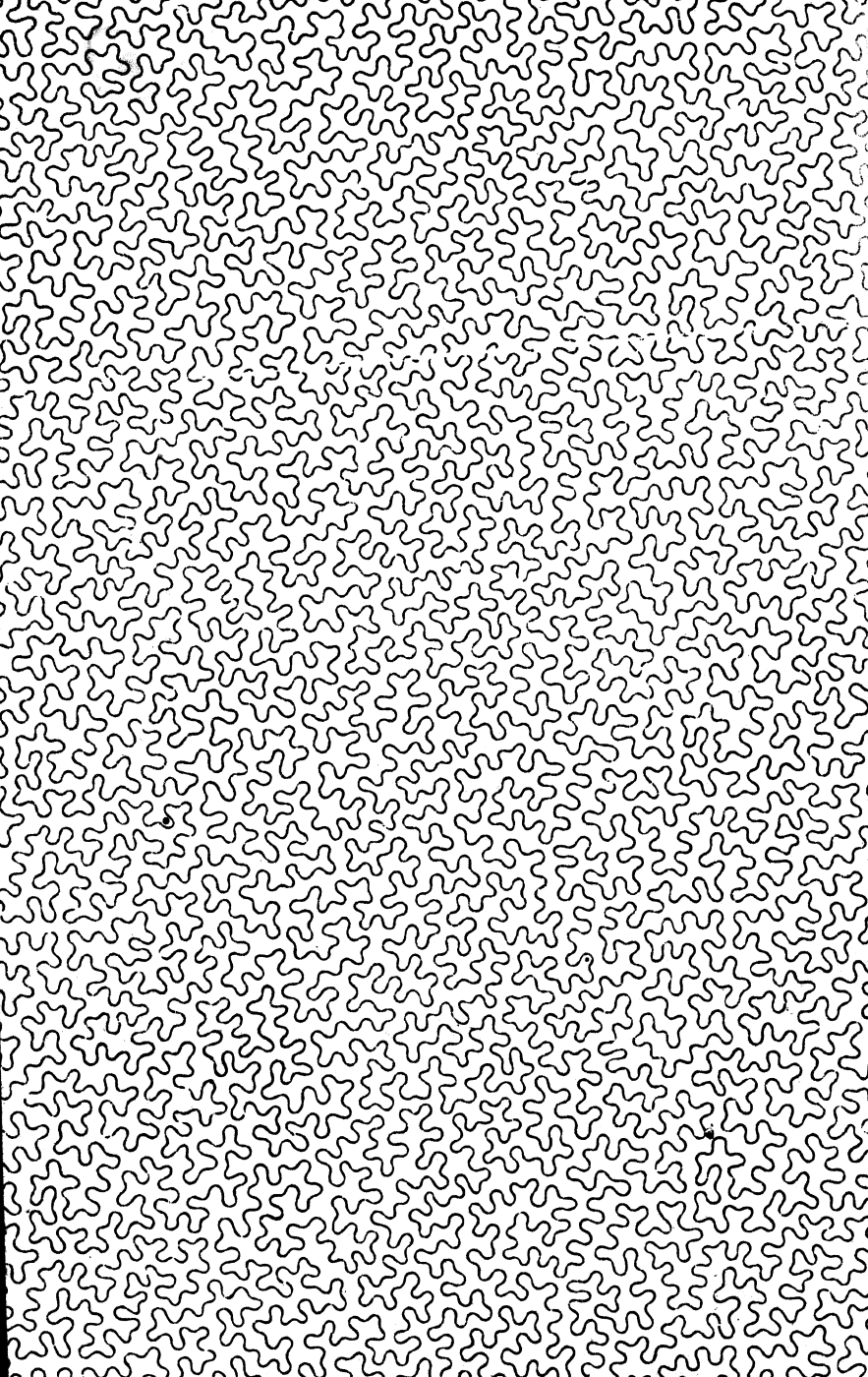
FILIPINAS

(PRIMERA SERIE)

MANILA

IMPRENTA LITOGRAFÍA PARTIER
Plaza Sta. Ana 4 y 6. — S. Sebastián.

1898





JUANY JOSE TORAL

TRADICIONES
FILIPINAS

MANILA

IMPRESA LITOGRAFIA PARTIER

Prin. y Sta. Ana, núm. 1, 5

1908

STOR

DS

603

.767

=====

ES PROPIEDAD.

*Prohibida la reproducción literaria y artística.
Todo ejemplar que no vaya numerado, firmado y rubricado
por uno de los Autores se considerará clandestino,*

=====

OL. 5446

F13

FEAS

12-8-72

TRADICIONES FILIPINAS

AL EXMO. SR.
D. ANTONIO MARIA FABIÈ
EX-MINISTRO DE ULTRAMAR Y ACADÉMICO
DE LAS DE LA LENGUA Y DE LA HISTORIA

Dedican estas Tradiciones, como respetuoso testimonio de profunda admiración y gratitud,

Los Autores

Manila, Febrero de 1898.



AL QUE LEYERE

Tengo delante de mis ojos el libro, manuscrito aún, con tachaduras y enmiendas, no muchas, ni de bulto, lo cual revela que sus autores pusieron todo cuidado en la que pudiera llamar «obra prima», ó que no han querido corregir algunos defectos, dejándolos para pasto de la crítica ultramarina.

D. Juan y D. José Toral, han cumplido respectivamente 26 y 24 años; son españoles peninsulares: huérfanos de padre y madre desde la niñez: vinieron á Filipinas el año noventa y dos al lado de su única familia, su hermano mayor D. Enrique, distinguido Comandante de Estado Mayor con destino en esta Capitanía General.

Han desempeñado y continúan desempeñando algunos cargos con honrandez, inteligencia y laboriosidad y al propio tiempo estudian y pronto terminarán la carrera de derecho. Los dos han escrito y publicado versos y prosa, con aplauso sincero de sus lectores y lectoras y los dos emplean las pocas horas que les dejan libres sus estudios y sus destinos, en las prácticas del foro y al lado del que escribe este prólogo, porque ellos lo quieren y porque además cumple con un deber y con un deseo.

Y pues ya sabes lector quienes son los autores de TRADICIONES FILIPINAS, ni una palabra más, que aún que muchas pudiera escribir en elogio de los mismos, ni ha de consentirmelo su modestia, que en ellos casi es vicio, ni debo yo seguir inventariando las buenas cualidades de la gente de casa; basta de «pro domo sua».

Tradición, según la Academia, es la noticia de »una cosa antigua que viene de padres á hijos »y se comunica por relación sucesiva de unos á »otros.»

Conste que no es requisito indispensable, que haya de ser precisamente el padre el que transmita la noticia y que á falta de este podemos oirla del abuelo y hasta del bisabuelo en su caso.

Las TRADICIONES FILIPINAS, según el libro que estoy prologando, no arrancan de más allá de la conquista. Surgen con su historia y con esta recorren dos centurias y poco más.

Posible es que existan tradiciones muy anteriores á nuestro arribo; pero han debido perderse en el olvido y si no es así, los que las conozcan, se las guardan como oro en paño.

Hacen bien: después de todo poco ó nada nos importa á esta deshora saber lo que ocurrió en tan remotos tiempos y en la antigua y esplendente civilización malaya.

Cierto que pudiéramos inventarlo, como inventó cierto novelador filipino, la noticia de que en la

provincia de Santander (la mía) existe el Pasiám costumbre filipina que consiste en que al fallecimiento de alguno, los individuos de su parentela y aún los amigos, sufraguen los gastos del entierro.

Iten: que la casa del difunto no pueda cerrarse durante nueve días.

Iten: que aquellos parientes y amigos reunidos á la caída de la tarde en el hogar doliente, formen círculo en rededor de la familia y la distraigan relatando los méritos del que fué y rezando por su alma.

Iten: que cenén todos en la casa mortuoria la última noche del novenario.

Y basta de itenes, y sepa el lector que tal costumbre, Pasiám, según el autor de «Ninay», se reduce en la provincia de Santander, á que los parientes y amigos asistan durante nueve días á los funerales y á nada más. •

Lo de la casa abierta durante el novenario, contribución para sufragios, loas al difunto y cena en familia, pura invención del autor de «Sam-paguitas».

Apurado el inciso, continúo y digo—Que las tradiciones están bien elegidas y metódicamente colocadas, que su prosa es castiza y armónica con los asuntos que narra, teniendo además el sabor de época.

Cierto que en algunas abunda el lirismo; pero

es de buena ley y no dá en cursí, único riesgo de las exaltaciones de pura fantasía.

«Un decreto de Felipe III», á mi juicio la mejor de las tradiciones, está galanamente escrita; y es superior, por lo vivo é interesante, el diálogo entre aquel humilde fraile y el hijo de Felipe II.

Por otra parte y como dato histórico no huelga su evocación en los tiempos que corremos, de suyo tempestuosos. ¡Quien sabe si con la debilidad de Felipe III se malogró una profecía!

«Un sueño prodigioso» y «Lo que vale una lágrima», siguen en mérito al «Decreto» y sinó trascendentes como este, quizás le superan en la forma de exposición y en el estilo.

Discurro y es deber de justicia escribirlo que el libro de los jóvenes Toral, primero y único en su género aquí en Filipinas, representa un propósito realizado y que su lectura, aparte la amenidad, que la tiene y mucha, instruye; y bueno es que convenientemente desleídas se propaguen ciertas enseñanzas de hombres y de hechos, cuya grandeza, puede ser óbice á contemporáneas injusticias.

TRADICIONES FILIPINAS, ha de merecer seguramente el aplauso de la crítica, más valioso que el de quien firma este desvalido prólogo.

Tomás Ciraves

Manila Enero 28/1898.

LA CRUZ DE MAGALLANES



El sol se hundía por Occidente, envuelto en un piélagos de fuego y sus últimos rayos acariciaban una sencilla cruz de tosca madera fabricada.

No se retiraba el sol como otras veces, de las ignotas islas Oceánicas; aquella tarde dejaba en ellas la bendita semilla de la civilización, que regada con la heroica sangre de miles de españoles, había pronto de desarrollarse convirtiéndose en corpulento árbol que cobijase bajo la benéfica sombra de su frondoso ramaje todo el suelo filipino, dándole flores y frutos.

El sol, ya en la rasante del horizonte, parecía el emblema de la civilización que enviaba sus primeros rayos desde la culta Europa, poniéndola en comunicación con las salvajes Is-

las Filipinas, por medio de un triángulo de fuego.

Hermosa y fértil, ^{* * *} llena de exuberante vegetación aparecía la isla de Cebú, como canastillo de flores surgiendo de las aguas.

Ante la apiñada y atónita multitud que en la playa había, fondearon majestuosas las naves españolas.

El Reyezuelo Amabar, enterado de las buenas intenciones de la gente que llegaba, recibióles con afabilidad y propúsoles alianza, á cuyo fin se *sangró* con el intrépido y generoso Hernando de Magallanes. Esta ceremonia llevó la confianza al ánimo de aquellos indios y la alegría á los españoles, que en señal de su regocijo dispararon la artillería de las naves, causando su estruendo tal temor en los naturales que todos ellos, casi á un mismo tiempo, se tiraron al suelo.

Pronto pasó el miedo y los indios llevaron á los navíos gallinas, puercos, plátanos, cocos, y arroz, con cuyos alimentos, de que estaba muy necesitada la gente de Magallanes, reparó y fortaleció ésta sus fuerzas físicas.

En justa compensación de aquellos regalos Magallanes hizo también muy buenos presentes á los indios, dándoles espejos, mantos de seda, pendientes y otra porción de objetos que causaban su admiración y alegría, manifestadas con danzas, saltos y agudos gritos.

Dispuso Magallanes se celebrara el Santo Sacrificio de la misa en acción de gracias al Señor, por el feliz arribo á tan lejanas tierras.

Era la segunda que se decía en estas Islas.

Se hizo ligeramente un cobertizo, allí se colocó en tierra una sencilla cruz de madera y comenzó la ceremonia.

El Reyezuelo, su mujer, su hijo, los principales y muchos indios fueron acudiendo, atraídos por la curiosidad, á ver lo que hacían los cristianos. Con una atención mezclada de extrañeza presenciaron la ceremonia; el intérprete les iba explicando su significación y ellos dijeron que querían ser cristianos también.

El Sacerdote, después de catequizarlos brevemente, administró el bautismo á Amabar y á su mujer, siguiendo todo el pueblo el ejemplo de sus principales.

Alborozado el ánimo de Magallanes y su gente por lo bien que las cosas se encaminaban á sus deseos, después que Amabar y todos sus vasallos juraron solemnemente obediencia y vasallaje al Augusto Rey de Castilla, determinaron marchar en busca de las Molucas.

—Siento que te vayas de aquí, ahora que podrías prestarme un gran favor—dijo Amabar á Magallanes.

—Dispuesto estoy á retardar mi partida y por muy contento me daré si puedo prestarte algún servicio en nombre del Rey de Castilla.

—Mi pueblo está agraviado con el de Calipulaco. Nos han robado mujeres y bienes. Tenemos guerra y tus *Castilas* podían ayudarme con sus armas. Quiero matar á Calipulaco.

—Siendo tú súbdito y amigo de mi Augusto Señor, tengo yo obligación de defenderte y tus enemigos lo son también míos. Yo iré á pelear con Calipulaco.

Grande fué el orgullo y la alegría de Amabar, al verse defendido por hombres tan valientes.

Todo se dispuso con brevedad. Magallanes se despidió de Amabar abrazándole cariñosamente y regalándole su precioso puñal, como recuerdo de su amistad, si muriese en la demanda; y la Armada española hizo rumbo á la isla de Mactán, donde gobernaba Calipulaco.

En aquella salvaje y desconocida isla, con valor que rayaba en locura, desembarcó el intrépido Magallanes y seguido de cincuenta españoles se internó por espesísimos bosques de manglares. Los enemigos, invisibles, solo podían contarse por las flechas que cruzaban el espacio. Pero no importaba, «¡adelante!» era el grito de Magallanes y adelante iba aquel puñado de valientes. La tierra les falta de repente, las aguas cenagosas de oculto pantano llegan á sus pechos y... siguen. Mortífera flecha atraviesa el pecho de Magallanes, que se desangra rápidamente, cae y queda sepultado en el fango.

Conciértanse sus compañeros y algunos salvan sus vidas, necesarias á grandes empresas.

Sentimiento profundo causó en su gente y aflicción sincera pareció producir en Amabar, la muerte del heróico Magallanes.

Para reemplazarle eligen los castellanos á su primo Duarte Barbosa. Amabar, séguido de numeroso y abigarrado séquito, hace presente al nuevo general el sentimiento que á él y á su pueblo había causado la muerte de Magallanes y le ruega que en prueba de amistad y cariño, acepte el banquete con que, al caer el sol, les obsequiaría. Allí reiteraría pública manifestación

de vasallage al poderoso Rey de Castilla y entregaría como prueba de ello la joya que había ofrecido al infortunado Magallanes.

Acepta Barbosa y lo comunica á sus Capitanes.

—Imprudencia grande me parece ir á ese convite—dice Juan Serrano—y á mi juicio, se nos tiende una emboscada.

—Ni hay razón para suponer eso ni conveniente es faltar al banquete, porque traería recelo y pondría en duda nuestro valor, que yo, aunque me dejéis solo, estoy dispuesto á demostrar á toda hora.—Y yo también—contestó Serrano orgullosamente, saltando el primero á una de las canoas que estaban dispuestas para conducirlos á tierra.

*
* *
*

Era una glorieta ó pequeña explanada oblonga rodeada de robustos palmares que la cerraban casi por completo. Allí se habían colocado dos largas mesas de caña y sobre ellas estaban los manjares que habían de servirse á los españoles.

Estos fueron recibidos en la playa por Amabar y toda su Principalía. Una veintena de indígenas de ambos sexos ejecutando estrambótica danza al compás de algunos instrumentos músicos de caña, les precedían; multitud de indios iban en su seguimiento.

Llegados á la explanada y antes de sentarse, Amabar cruzó algunas palabras en voz baja con un musculoso indio, que ostentaba en su cabeza flotante penacho de plumas de cacatúa y en su brazo izquierdo, á modo de pulseras, tres huesos grandes tan ajustados á la muñeca que era imposible averiguar como pasó por ellos la mano.

Amabar no llevaba más arma que el precioso puñal que en prueba de afecto y alianza le regaló Magallanes, antes de partir para Mactan.

Los demás Principales iban completamente desarmados.

Sentóse Amabar, sentáronse los españoles en número de veintiseis y comenzó el banquete.

Aquella multitud de indios desapareció como por encanto á una seña de Amabar.

No hacían falta servidores, pues que todos los manjares que habían de consumirse estaban ya sobre la mesa.

Quedaron solos los convidados y á un extremo de la explanada los músicos tocando sus raros instrumentos y los bailarines haciendo piruetas.

Con tan señaladas muestras de amistad se habían calmado las inquietudes de los españoles que ya se arrepentían del recelo que tendrían. De todos aquellos manjares tenían que comer á las excitaciones de los Principales por que á desaire no tomasen su inapetencia.

Mediaba ya el banquete y la alegría reinaba en todos los semblantes. Amabar coge una especie de vaso de madera lleno de *tubá*, ofrece á Barbosa otro y todos se disponen á brindar. El intérprete se coloca junta al Régulo para traducir sus palabras.

—Hora es ya, servidores del Rey de Castilla— dice Amabar—de que yo os haga manifestación de agradecimiento, y os entregue para vuestro amo la joya que prometiera.

El intérprete callaba, esperando sin duda que acabase su perorata para traducirla luego más claramente.—¡Brindemos! prosiguió y al mismo

tiempo que levantaba el vaso con la mano derecha, cuando los españoles iban á levantar los suyos, éstos se vieron bruscamente acometidos por infinidad de indios que á centenares salían por entre los palmares, dando horribles alaridos de salvaje alegría. El miserable Amabar blande el puñal que le regaló Magallanes y lo hunde en el pecho de Barbosa diciendo:—Toma la joya que me disteis. Te la devuelvo.

En vano luchaban los españoles: cada uno se veía atacado por veinte ó treinta indios á la vez. Todos murieron defendiendo heroicamente sus vidas contra tan numerosos enemigos. Sus cuerpos fueron horriblemente mutilados por aquellos salvages que á tal fuerza y extratagama tuvieron que acudir para vencerlos.

De este modo, como conviene á un salvage, pagó Amabar la generosidad de Magallanes, que perdió su vida por defenderlo de las tribus guerreras de Calipulaco.

Aquella bárbara multitud, ébria de sangre, se dirigió amenazadora á la sencilla cruz que Magallanes plantara y ante la cual habían hecho falsa profesión de fé. Como si vieran en ella algo vivo, arremetieron con furia para derribarla; y notaron, con asombro y miedo, que la cruz, incommovible, seguía en pié; que todos sus esfuerzos unidos eran débiles para moverla, que en vano sacaban tierra para que falta de apoyo cayese. ¡Aterrados se apartaron de allí y sintiendo algo que no se esplicaban siguieron desde el bosque, mirándola con supersticioso silencio, sin que nadie se atreviera á aproximarse....



La
 cruz
 de la Re-
 dención, la
 cruz de Cristo,
 extendía sus bra-
 zos en el espacio
 como implorando
 perdón para aque-
 llos seres sumidos en
 la noche de la barba-
 rie y en cuyas almas

no habia penetrado la luz de la fé. El sol que ya alumbraba á la potente Europa, enviaba sus últimos rayos al divino madero, estableciendo entre ambos misteriosa y sublime comunicacion de hilos de fuego.



LA CONVERSION DE TUPAS



E

El día 27 de Abril del año 1565, daba fondo la Armada Española, en la Isla de Cebú, objeto de los afanes de Legazpi, por las buenas referencias que de ella le dieron y donde había casi determinado establecer su gobierno para someter todas estas islas al dominio del Católico y muy poderoso Rey de España Don Felipe II, civilizándolas material y espiritualmente.

Algunos naturales salieron á la playa cuando avistaron los navíos y otros muchos se veían aparecer entre los espesos bosques de palmares.

Pacheco, hombre muy versado en el idioma

malayo y por medio del cual se había entendido hasta entonces Legazpi, con los naturales de las tierras que iba descubriendo, bajó á tierra con encargo de requerirlos de paz y manifestarles las buenas intenciones que traían los de la Escuadra.

Los indios que conversaron con el intérprete de Legazpi, hicieron unos cuantos ademanes hostiles y desaparecieron entre las espesuras de la selva, volviendo al poco rato acompañados de otros, que debían ser de más principal gerarquía á juzgar por sus adornos y por las muestras de sumisión y respeto con que los trataban.

Pacheco, dijo á los principales que su amo el General Legazpi, era enviado del poderoso Rey de Castilla, para asentar paces con ellos y entablar comercio y, que no tuviesen recelo alguno y avisaran á su reyezuelo á quien Legazpi, quería hacer algunos regalos en nombre de su amo.

Los Principales contestaron que eran vasallos de Tupas, Régulo de aquella extensa y rica comarca, el cual los enviaba para que pidieran al General de la Armada, que no mandase disparar la Artillería, porque no se asustara y pusiera en recelo su pueblo y prometieron que iría á entrevistarse con él al día siguiente.

Pero llegó el día siguiente y Tupas no se dignó aparecer y como Legazpi, viera en la playa y entre los bosques multitud de indios, que tan pronto aparecían como se ocultaban, armados de lanzas y flechas y en aptitudes nada tranquilizadoras, creyó llegado el momento de castigar la arrogancia de aquellas tribus, que

más parecían manadas de fieras que conjunto de hombres, ya que no querían avenirse á sus razones y amistosos procedimientos; pero antes de resolverse á la lucha mandó que el intérprete gritase á los de la playa requiriendo á Tupas y concediéndole dos horas para presentarse, previniéndole que de no hacerlo al cabo de ellas bajarían á matarlos á todos.

Apenas acabó el intérprete de pronunciar estas palabras, cuando una gritería espantosa atronó el espacio y multitud de indios salieron á la playa, haciendo extrañas piruetas y contorsiones en son de guerra. Legaspi mandó hacer fuego y aquella multitud que braveaba incitándoles á pelear desapareció como por encanto; un puñado de españoles saltaron á la playa despreciando sus vidas, que no iban muy seguras desembarcando en tierra desconocida, habitada por miles de hombres en estado de completo salvajismo, y ya en hostilidad declarada. A puñadas solamente podían pulverizarlos siendo tantos contra tan pocos, si no se hubiese tratado de aquellos intrépidos navegantes españoles que siempre salían venciendo por su Dios y por su Rey.

A nadie hallaron en la playa é internándose por la selva dieron vista al pueblo de Tupas. Los vecinos habían huido llevándose los objetos de más valor y prendiendo fuego á las casas, que eran á manera de chozas.

Entre los humeantes restos de una de ellas se encontró metida en caja de pino la imagen del niño Jesús, labrada en madera, hallazgo que asombró y regocijó á los españoles y mucho más el milagroso hecho de que este santo ob-

jeto fuese respetado por el fuego, siendo de material tan combustible.

Este encuentro acabó de resolver á Legazpi á establecerse allí y fundar la primera población civilizada y católica de tan apartadas tierras, bajo la advocación de Jesús.

Sufriendo grandes trabajos y privaciones comenzaron á cortar maderas en el bosque y á construirse viviendas, haciendo en primer término una modesta iglesia para guardar y venerar la sagrada imágen.

Algunos indios aparecían de vez en cuando, aunque sin aproximarse, á observar lo que hacían los castellanos y como Legazpi, tenía dadas séveras órdenes de que no se les molestase, fueron perdiendo el miedo y acortando las distancias hasta llegar un día á conversar con aquel, quien les regaló, encargándoles repetidas veces que avisaran á su Principal, pues con ello habían de salir ganando todos.

Así las cosas cuando un día llegó al campo de Legazpi, cierto moro llamado Cid-Hamel, á vender bastimentos á los españoles y como se le pagó bien, volvió muchas veces con gran regocijo de los nuestros que veían resuelta de manera cómoda la cuestión de los víveres.

Era el moro muy servicial y de buen fondo; captóse en poco tiempo el cariño de los españoles y muy especialmente el de Legazpi, que sostenía con él frecuentes conversaciones, en las que tomaba datos de la riqueza de aquella comarca y del carácter y modo de vivir de sus naturales.

Cid-Hamel, por su parte, convencido de la bondad y nobles intenciones de aquella brava

gente castellana, les cobró verdadero afecto y acabó por abandonar el campo de Tupas y establecerse en el de Legazpi, al que prometió trabajar para que aquel se presentase é hicieran ambos amistades.

Legazpi le dió algunos regalos para Tupas y entre ellos unos pendientes para la Reina.

El moro cumplió su promesa; y convenció á Tupas de las buenas intenciones de los *Castilas* y de su bondadoso trato, aconsejándole que fuera á verlos, que más cuenta le tendría hacer amistad con ellos que tenerlos por enemigos, pues eran tan valientes como justos y buenos.

Encontró Tupas muy en razón lo que Cid-Hamel le dijo y en compañía de la Reina y seguido de todos sus Principales, visitó á Legazpi, que los agasajó y regaló tanto que quedaron encantados de su trato y francamente declarados en su favor.

Tupas á su vez le hizo varios presentes, dándole también cinco mujeres, y entre ellas una sobrina suya, viuda y no mal parecida.

El hielo se había roto; el pueblo de Tupas, ya confiado y tranquilo bajó del monte y se estableció en frente del de Legazpi.

¡Surgió el contraste! A un lado el pueblo gentilico y ateo con sus ridículos agüeros y supersticiones, sus tiranías y bárbaros sacrificios, sus prácticas groseras y falsos ídolos; y enfrente, bajo la cruz de la redención que extendía sus brazos para protegerlo, el pueblo cristiano despojado de creencias y profecías reñidas con la razón, el pueblo que predicaba el amor y la igualdad, que no adoraba caimanes ni pájaros,

montes ni peñascos, que no tenían *diuateras* ni *babaylonas* que lo engañasen con absurdas ceremonias, el pueblo que solo rendía culto al verdadero Dios con prácticas espirituales y sencillas.

El Padre Fr. Martin de Rada, aquel virtuosísimo y sábio sacerdote de imperecedera memoria, comenzó á predicar el Évangelio entre los indios, inculcando sus verdades en aquellas inteligencias embrutecidas cuando la ocasión era apropósito para que se las asimilasen, y despertando poco á poco sus almas á la luz de la fé y de la civilización.

Tupas, que no tenía pelo de tonto, iba recibiendo la semilla cristiana como tierra abonada que en breve ha de hacerla germinar; pero al mismo tiempo comprendía que tan pronto como desaparecieran de su pueblo las supersticiones, el culto á los ídolos, y toda la absurda y acomodaticia urdimbre de su organización religiosa y política, acabaría también su omnímodo poder y quizá su pueblo obedeciera más al enviado de Dios, que lo redimía, que al Régulo que lo esclavizaba.

Por eso se resistía Tupas, á recibir los consejos del P. Rada y por eso dificultaba y trataba de neutralizar sus predicaciones entre sus vasallos, si bien lo hacía de manera encubierta pues no le era conveniente indisponerse de nuevo con los españoles ni tampoco quería hacerlo, porque les había cobrado afición hasta el punto de que todos los días iba al campo de Legazpi, donde pasaba largos ratos de bichara; pero el P. Rada que desde luego comprendió lo que pasaba por el ánimo de Tupas, arreciaba las predicaciones entre la gente

de su pueblo y estaba próximo el momento en que el reyezuelo no pudiera impedir la conversión. Cualquier acontecimiento, cualquier detalle podía ser como la gota de agua que la hace rebosar del vaso y ese acontecimiento lo dispuso Dios, para que aquella gente se arrojase sumisa y agradecida en los brazos de su Cruz.

Un indio, viejo, esclavo de la sobrina de Tupas, que como ella estaba en el campo castellano, sintióse morir y el Padre Rada acudió presuroso á la salvación de aquel alma. Legazpi por su parte envió recado á Tupas, que se presentó al momento.

El sacerdote llevaba cerca de un cuarto de hora con el enfermo, cuando salió diciendo que este pedía lleno de fé el bautismo para confesar y comulgar después y entrar más tarde en la mansión de los justos.

Con gran solemnidad fué bautizado, y apenas hubo confesado y recibido á Dios, comenzaron á animarse sus facciones, á iluminarse su mirada vaga y mortecina. El asombro de Tupas y de todos los allí presentes era grande; el enfermo besó repetidas veces el crucifijo y se quedó dormido, con respiración uniforme y tranquila, no con aquella, agitada y fatigosa que tenía antes de recibir el bautismo. Al día siguiente el indio se levantó y anduvo por las calles completamente sano, llenando de supersticiosa admiración á todos los que lo veían.

Este milagroso hecho, que consta en las narraciones de aquella época, causó gran sensación en todos los indios; pero Tupas no se quería dar por vencido y decía al P. Rada, que si seguía predicando en su pueblo este se iba á re-

montar otra vez; que él quería hacerse cristiano, pero sin que su pueblo lo supiere, pues lo matarían. Nada de esto era cierto, como ya se dijo y lo que Tupas temía era perder sus prerrogativas, porque desde el momento en que sus vasallos se convirtieran al cristianismo y se civilizasen, vendrían abajo ciertas leyes bárbaras que solo convenían á los de arriba y no podría seguir mandando como antes cuanto le viniera en deseo, pues quedaría la ley de Dios que es igual para todos.

Así las cosas, cuando la sobrina de Tupas, pidió también el bautismo, poniéndosele por nombre Isabel; y el Maestre Andrea, Calafate de la Armada de Legazpi, á quien le gustaba la viuda y de ella obtenía correspondencia, pidió permiso al General para casarse, concesión que le fué hecha al momento con gran regocijo de todos.

Hiciéronse los preparativos para la celebración del matrimonio, á cuyo acto fueron invitados los indios principales, con Tupas y su mujer á la cabeza. A todos se les explicó lo que era el matrimonio cristiano, unión eterna de dos almas y de dos vidas puestas cada una al servicio de la otra, no el enlace pasajero como el carnal deseo que lo formó.

Arrodillados los novios ante el ara sagrada, recibieron del grave sacerdote la bendición nupcial y quedaron unidos, para siempre con indisoluble lazo.

Desde aquel memorable día corre unida la sangre de españoles y visayas.

* * *

Tupas, había presenciado la santa ceremonia



profundamente conmovido; en su semblante se veía la huella de un pensamiento que lo abrumaba; no habló con nadie y se retiró de la fiesta antes que los demás.

Pero no fué á su casa, ni á su pueblo; los centinelas de Legazpi, le vieron vagar solo por la playa, pararse de vez en cuando y fijar la mirada, ya en la tranquila superficie del mar, donde rielaba la luna, formando plateada raya que ondulaba con el suave movimiento de las olas; ya en el cielo, que aquella noche era de un azul purísimo, en cuyo extenso manto brillaban, como grandes luciérnagas, innumerables estre-

Olivera /

llas que á Tupas, le parecían ojos que le miraban atentamente; ¡qué extraño era lo que le ocurría! No podía explicárselo; se internó más tarde por la selva; invocó á sus anitos, pero en su lugar se le aparecía la imágen del indio viejo, de aquel que había curado poco después de ser bautizado, y le hablaba con una voz dulce de cosas que calmaban su agitación, le instaba á que le siguiera á un sitio lleno de delicias—¿Será verdad?... murmuraba Tupas—Sí, esos hombres blancos, muy superiores á mí, son enviados del que todo lo puede. ¡Qué bien debe de estarse en su país! Ellos han elevado á su altura nuestra raza con el casamiento de mi sobrina, ellos son buenos ¡Será verdad!...—Y Tupas sentía algo nuevo, le parecía que no era el mismo; su pensamiento le llevaba rápidamente de deducción en deducción, con una lógica contundente. Era su alma que se le revelaba, era que las sombras en que había estado envuelta se desvanecían y comenzaba la rosada aurora de su vida.

Tupas rendido de tanto andar, con algo de vértigo, cayó al suelo y se quedó dormido.

A la mañana siguiente el P. Herrera se encontró á la puerta de la iglesia un hombre tendido en el suelo, le despertó y vió con asombro que era Tupas.

—¡Tú aquí!

—Pues yo—contestó Tupas mirando á todas partes con sorpresa—no he venido aquí; juraría que me quedé dormido en el bosque.

Sí—dijo el P. Herrera—es Dios el que te ha traído. No ves en esto la mano del cielo?

—Anoche me pasaron cosas muy raras. Quiero ser cristiano.

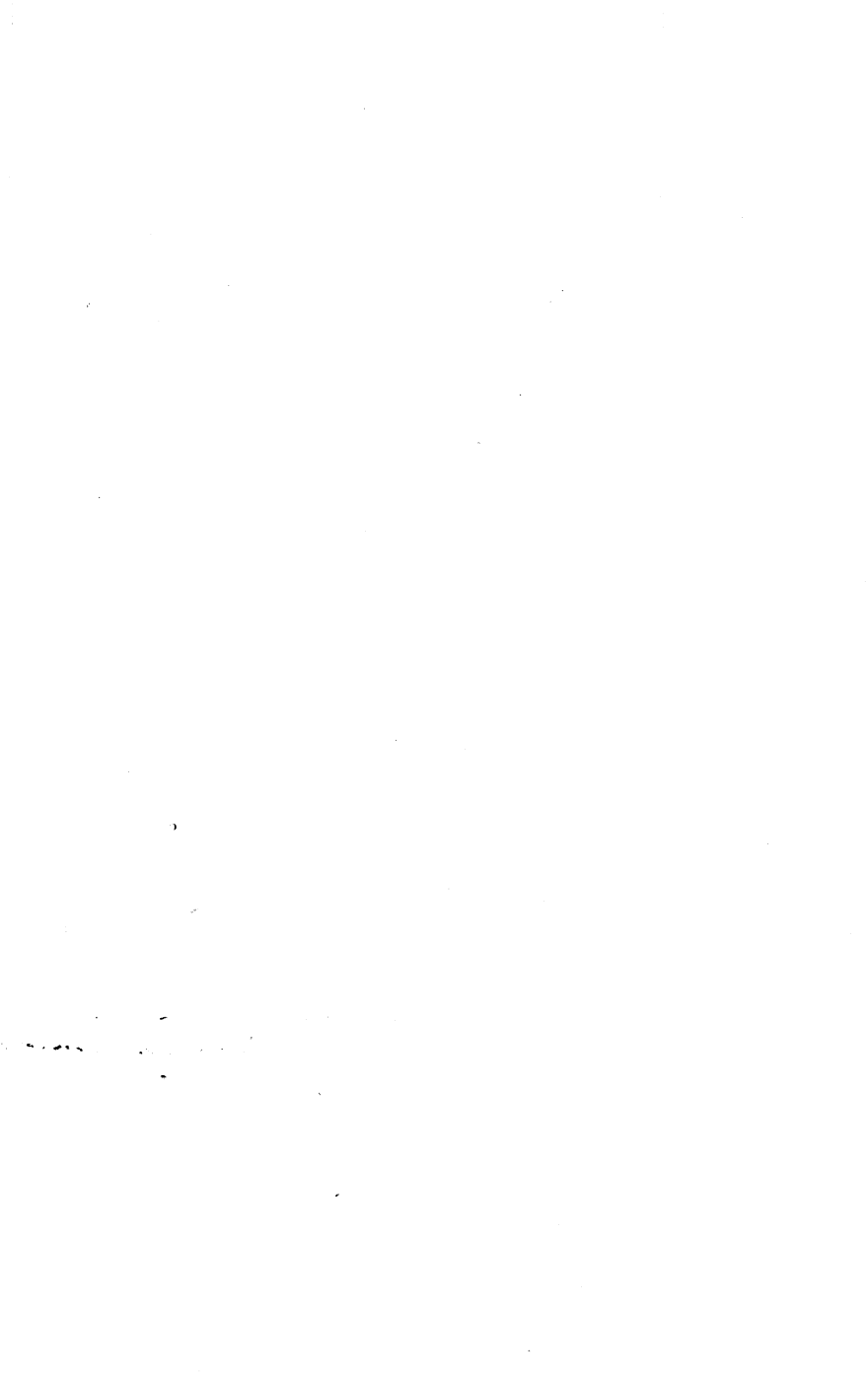
* * *

Tupas y su hijo recibieron el agua bautismal, apadrinados por el General Legazpi y por Juan de Salcedo, respectivamente. A Tupas se le puso por nombre Felipe, en memoria del Rey de España y á su hijo el de Carlos. Los Principales indios, siguieron el ejemplo de sus amos, y después se verificó la solemne jura de vasallaje en que Tupas, reconoció por su Rey al de España pagándole tributo en agradecimiento al favor que les dispensaba.

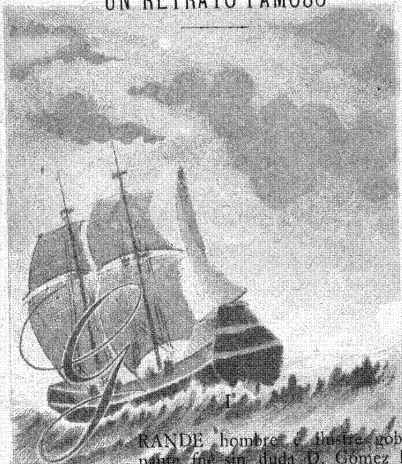
Los indios vinieron á vivir con los españoles. Los dos pueblos se habían fundido en uno solo, en donde Legazpi estableció su primer Gobierno, nombrando dos alcaldes ordinarios, seis Regidores, un Escribano y dos alguaciles, y dando al nuevo pueblo, con honores de Villa, el nombre de Jesús.

Aquella población llamada hoy Cebú, es la capital de la isla de su nombre, que bien puede enorgullecerse de haber sido la primera que recibió las auras purísimas de Getsemaní y el primer peldaño en que asentó su planta la civilización.





UN RETRATO FAMOSO



GRANDE hombre e ilustre gober-
nante fúe sin duda D. Gómez Pé-
rez de Dasmariñas, Caballero del hábito de San-
tiago, quinto Gobernador y Capitán general de
estas Islas Filipinas por S. M. el Rey D. Felipe II.

Sus hazañas fueron tantas y tan notables que
si no andan por esos mundos de Dios, en al-
mibaradas trovas ha sido por que se realizaron
en una época un poco entrada ya en los mo-
dernos prosaismos, y en la que para bien de
los actuales eruditos y demás gente aficionada
á rebuscar cosas pasadas, habían sido sustituidos

trovadores y juglares, por sabios y concienzudos historiadores.

Con un poco de historia, que no por conocida dejará de venir al caso como pedrada en ojo de boticario, entraré de lleno en la tradición que me pone entre los dedos la poco inspirada pluma, con la cual y Dios mediante, pienso zurcir á modo de sastre de portal, este mal perjeñado articulejo, pidiendo previamente perdón por si faltó á los fueros que se debèn á la verdad histórica y al idioma de Cervantes.

Pues señor, como iba diciendo D. Gómez, era un caballero en toda la extensión de la palabra, tan valiente como noble y tan confiado como valiente y si no ahí está el caso de su desgraciada muerte á consecuencia de una traición; pero no adelantemos los sucesos por mas que estos sean casi tan antiguos como Matusalen, ni lleguemos al final sin haber apenas desflorado el principio.

Mi señor D. Gómez y esto es tan verdad como la mismísima luz del día cuando no está nublado, hizo grandes cosas y tuvo pensamiento de otras que si no realizó, no fué ciertamente por culpa suya y por ello ninguna penitencia se le puede exigir, que bastante tuvo el linajudo caballero con morir como murió tristemente, víctima de una tan injusta como inesperada traición de los amarillos hijos del celeste imperio.

Fué Dasmariñas, al decir de los historiadores, hombre afable y francote, un tanto celoso de su autoridad, que había quedado absoluta con la supresión de la Real Audiencia, celos que acaso por ser un poquitin exagerados, le pro-

dujeron no pocas desazones y amarguras, y hasta desavenencias con el P. Salazar, Obispo de Manila, quien para poner las cosas en su debido lugar y los puntos sobre las *ies*, vióse obligado á regresar á la Metrópoli en donde murió pobremente.

En tiempo del caballero Dasmariñas se suprimió la Real Audiencia que fué sustituida por un cuerpo de cuatrocientos soldados, por estimar S. M. que hacia mas falta un Presidio Militar que un Tribunal que fallase los pleitos. Embarcáronse todos los que la componían, excepción hecha del oidor Rojas, que quedó como asesor de su señoría y refluó en éste por modo absoluto toda la Autoridad, lo cual trajo andando los tiempos buena reata de disgustos y desazones.

Dotó Dasmariñas á la naciente ciudad de un cordón de murallas que si no estaban á la altura de los adelantos de la época, eran lo suficientemente buenas para ponerla á cubierto de un golpe de mano; fundó la fuerza de Santiago y Reales Almacenes en Manila y Cavite y el Colegio de Sta. Potenciana; estableció los propios de la Ciudad y una carnicería, distribuyó la administración de los indios entre los Religiosos, asignándoles Provincias, territorios y parroquias é hizo tales cosas que por todas y cada una de ellas bien merece gratitud eterna, y que la historia le coloque entre los más insignes gobernantes de estas lejanas tierras.

Por último, durante su mando se verificó la sumisión del Rey Gerónimo de Siao, pero basta de historia, que ya es hora de que se vea la sustancia de este cuento.

II

La conversación tenía lugar en la portería del convento de San Agustín: El P. Juan de Valderrama, Provincial de Agustinos y un humildísimo lego de la Orden, la sostenían y á juzgar por lo animado de sus semblantes, puntos muy sabrosos ó muy delicados se discutían ó trataban entre ellos.

—Te repito hermano Pedro, decía el Provincial—que no sabes lo que te pescas, que ves fantasmas; alucinaciones hermano, alucinaciones, debidas sin duda á los muchos ayunos á que te entregas, para mayor bien de nuestra santa religión. Será una pesadilla tuya, qué se yó, cualquier cosa, menos eso que piensas y afirmas.

—Y yo os repito Reverendo Padre, contestó Pedro, que cuanto os he dicho es más verdad que la luz del sol; que lo he visto con estos ojos que se ha de comer la tierra y lo he oído con estos oídos pecadores; y no dude V. R., que todo pasará como lo he anunciado.

—De modo que temes....

—Sí P. Provincial, temo que esa expedición contra el Maluco, que vá á emprender su señoría, el gobernador, salga mal; temo que haya en ella desgracias, no se cuantas ni cuales, pero sí que las habrá, como sé también que Dios, nuestro señor, anunciará por un milagro verificado aquí, en esta portería y en presencia de este su humilde siervo, la principal y más sonada de todas ellas.

El Padre Provincial, se pasó la enflaque-

cida mano por la noble frente y después de reflexionar un momento, dijo con voz reposada y dulce:

—Sueños, hermano Pedro, sueños únicamente; debilidades del cuerpo que se traducen en desarreglos cerebrales. Jamás expedición alguna se habrá realizado en mejores condiciones que la que proyecta su señoría. Ya sabes mi buen Pedro, que yo también iré, y que es de esperar que todo salga á pedir de boca, siempre contando con la ayuda especialísima de Dios. Hacer desistir á D. Gómez, de mandar tan famosa expedición, es por otra parte punto menos que imposible, pues burla burlando de cuantos consejos se le han dado, no ha querido dejar á otro, aún siendo este otro su propio hijo D. Luis, la gloria de realizarla.

—Dios vaya en su ayuda y le tenga en su santa guarda, replicó el lego mientras una sonrisa de iluminado vagaba por entre sus pálidos labios.

El Padre Provincial se retiró pensativo; también en su corazón á fuerza de oírlos repetir, se habían aposentado los presentimientos, de Pedro; por eso sin duda, mientras atravesaba los sombríos claustros en busca de su celda, iba murmurando:

—Quien sabe! Tal vez esté en lo cierto.

III

Y salió la célebre expedición, tan poderosa que en ella fundaban justamente sus esperanzas todas las gentes; lo mismo los que en ella iban que los que por aquí quedaban. Lucida

era en verdad; no la componían una ni veinte sino hasta cien embarcaciones de distintas clases y portes y hasta cerca de tres mil hombres entre soldados españoles y arcabuceros, flecheros y lanceros pampangos tagalos y visayas, para todos los cuales era débil empresa conquistar las islas Molucas. Salió después de rogativas y procesiones públicas y salió también el mismo gobernador D. Gómez Pérez de Dasmariñas, el día 16 de Octubre de 1593, después de prepararse espiritualmente y de arreglar los negocios temporales de las islas, cuyo gobierno encomendó al licenciado Rojas, así como la defensa de Manila al Maestre de Campo Diego Ronquillo.

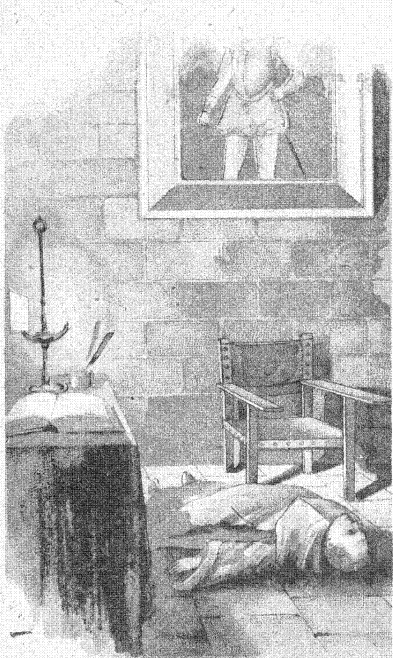
IV

El hermano Pedro, seguía en el convento; creyendo como creía á pies juntillas en la realización del milagro que por divino poder se le había anunciado, se pasaba las noches de claro en claro en la portería, rezando fervorosamente, desmadejado y medio muerto, pero sostenida la flaca materia por el fortísimo espíritu, animado de esa fè ardiente que exalta las almas é impulsa á los hombres á generosos movimientos y á nobles y levantadas acciones.

Aquella noche velaba como tantas otras; pero tal vez por flaquezas de la carne que al fin se sobreponían á los ánimos del espíritu, tal vez por otra causa mas ó menos misteriosa, el caso es que el buen Pedro, se durmió profundamente y que apenas dormido empezó á soñar, sueño horrible que parecía la triste rea-

lización de sus también tristes presentimientos.

Ayudado por el sueño para el cual no hay lugares ni distancias ni obstáculos de ninguna clase, vió, como si la tuviera delante, la poderosa armada que acababa de zarpar; vió como los barcos hendían majestuosamente las tranquilas aguas de la bahía; como el contento se pintaba en todas las caras y la esperanza se anidaba en todos los corazones. Borróse este primer cuadro del sueño desvaneciéndose lentamente como se desvanece en el espacio pasajera nubecilla; sopló fuerte vendaval y los buques antes unidos fueron separados violentamente. Quedó sola la capitana, como frágil juguete de las encrespadas olas y del viento huracanado. Aquel espectáculo era horrible y grandioso; el mar tenía bromas sangrientas. A veces navegaba la nave suavemente, casi con la facilidad, con que se desliza el barco de papel que los chicos confían al microscópico océano de una palangana; pero de repente soplabá con más fuerza el viento y enfurecíanse más y más las olas; el buque temblaba; ora aparecía en la cresta de una montaña de agua, ora hundíase como buscando el abismo en que iba á sepultarse; el mar abría su seno para tragárselo; la nave sufría espantosas sacudidas; ya bailaba como una peonza cogida en algun remolino; ya con las velas hinchadas, huía, como pudorosa doncella á quien persiguiera sensual y forzado mancebo; una ola la hundía, otra la levantaba y volvía á aparecer, temblona, pero firme, y en aquella lucha desesperada y titánica no se sabía qué era mas sublime, si el mar grandioso que rugía, ó los hombres valientes que lo desafiaban.



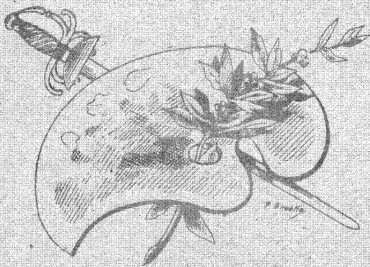
Borróse también esta escena y vió el soñoliento Pedro, cómo, pasado ya el temporal, la capitana llegaba á Punta de Azufre, donde daba fondo para esperar á que se le unieran las restantes naves; y lo que entonces se presentó al magin del lego, con una claridad impropia de las nebulosidades del ensueño, valiera mas que nunca se le hubiera presentado, valiera mas que siempre lo hubiese ignorado. Vió como los chinos, que en la galera iban en concepto de remeros, se reunían sigilosamente, cabildeaban entre si algo terrible, y urdían traidor plan para sorprender y asesinar á los confiados españoles y alzarse con la nave y los 14.000 pesos en ella conducidos. El lego que oía todo lo que hablaban, que maravillosamente entendía su lenguaje, quiso gritar y ni el más leve sonido brotó de su oprimida garganta; quiso correr á advertir al dormido Gobernador y no pudo moverse. Espectador inmóvil y por ende mudo, vió á los chinos arrastrarse por el barco como venenosas serpientes, con los traidores alfanges desnudos y vió horrorizado, la espantosa carnicería que hacían en los nobles españoles, sorprendidos en lo mejor de su sueño, y también como los miserables dividían de un tremendo tajo, la cabeza al caballero Dasmariñas, que atraído por el ruido salió medio desnudo á la puerta de su cámara, recibiendo tan mortal herida que apenas si había cogido una imagen de la Virgen y se había abrazado á ella, cuando expiró en tristísima agonía.

Al llegar á este punto del sueño, dió el hermano Pedro, un grito horroroso que le despertó; levantóse azorado, y espació la mirada,

asustado y temblón, por toda la portería; de pronto se fijó en una de las paredes y lanzando otro grito, cayó al suelo, desvanecido, medio muerto.

Allí estaba el milagro, tan patente, tan claro que había caído como un rayo sobre el pobre lego: el retrato de D. Gómez Pérez, colocado en aquella pared se rajaba de arriba á abajo y la rotura dividía la cabeza por el mismo sitio, por donde, en el espantoso sueño, los alfanges de los asesinos, se la habían hendido al desgraciado gobernador.

.....
A los pocos días llegó á Manila, la infausta noticia, con todos sus pelos y señales, y supo el hermano Pedro, que la terrible escena se desarrollaba al mismo tiempo que él la soñaba, y que al mismo tiempo también que él vio

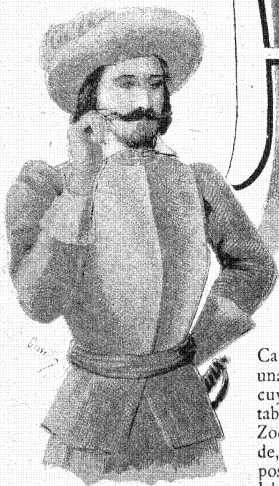


rajarse el retrato, caía mortalmente herido el noble Dasmariñas, y supo por lo tanto como todos sus presentimientos eran fundados y como todo cuanto se le anunciara había tenido su triste y cabal realización.



LO QUE VALE UNA LAGRIMA

P



REOCUPADO se hallaba el muy ilustre señor D. Francisco Tello y Guzmán, Gobernador de estos dominios, con los tristes acontecimientos que se sucedían sin interrupción, cuando una mañana le avisaron que varios naturales de la isla de Capul, traíanle, metido en una jaula, un pajarraco cuya clasificación no estaba comprendida en la Zoología, de tamaño grande, de forma rara y que poseía el dón de la palabra.

Admirado su señoría, con las nuevas que le daban, sin notar el tonillo burlesco de ellas, apresuróse á ordenar que llevasen á su pre-

sencia aquel descubrimiento prodigioso, no sin cierto temor de que fuese mensajero de nuevas desgracias que á ese extremo supersticioso le habían llevado las muchas que en todo y por todo había experimentado en aquel fatídico año de 1.600. ¡Pero cual no sería el asombro del gobernador, al ver entrar en su cámara una jaula grande de madera y dentro de ella la rígida humanidad de un inglés, de grandes patillas, rojas y amoratadas facciones! La sonrisa alegró un momento el rostro de su señoría; pero nada mas que un momento; sus cejas se contrajeron enseguida y mayor seriedad que antes apareció en él.

Contáronle como aquel inglés, completamente beodo había sido encontrado por los naturales, quienes aprovechándose de su profundo sueño, lo habían metido en la jaula y conducido á Manila, porqué, según un negrito que con el inglés había, tenían ambos que hacer revelaciones importantes al gobernador.

Su señoría impaciente por oír aquellas y temeroso de que sus augurios se realizasen, interrogó al hijo de la nebulosa Albion; éste manifestó ser músico del Capitán de una escuadra holandesa que contra Manila se dirigía; cuyas fuerzas pasaban de 400 hombres, con buena artillería.

El negrito confirmó las palabras del inglés; añadiendo que el Capitán se llamaba Oliverio, que era un corsario muy temido en los mares, que habían perdido varios navíos y que cuando él huyó en la isla de Capul, solo quedaban dos, bien pertrechados de cañones.

Con gran sentimiento vió el gobernador rea-

lizados sus temores; pero sin amilanarse por las malas circunstancias en que se hallaba para repeler aquella agresión. más esforzado y valiente cuanto mas próximo y grande fuera el peligro, se determinó inmediatamente á castigar el atrevimiento del célebre y valiente corsario Oliverio de Nort, dando orden de que dos navíos que en Cavite se armaban, de muy pocas condiciones para el caso, por ser mala la fábrica del uno y pequeño el otro, se pusiesen en estado de hacerse á la vela con la mayor prontitud; encomendando la expedición al doctor D. Antonio Morga, teniente gobernador y oidor decano, hombre de justa fama, que interinamente desempeñaba el Gobierno de las Islas á la llegada del ilustre Tello de Guzmán.

Lo mismo en aquellos ^{* *}lejanos tiempos que en los actuales, los españoles han acudido siempre voluntariamente á ofrecer sus haciendas y vidas cuando de la honra y de la ofensa nacional se trata; y así no fué de extrañar que apenas sabida la noticia de la próxima llegada de la Escuadra Holandesa, acudiera á casa del Oidor lo mas granado de la juventud española, sin dar ocasión á excitaciones ni órdenes de ninguna clase, pronto á demostrar como se allanan los obstáculos, cómo se lucha por la patria, cuando la fé llena el alma de energías y el valor golpea el pecho con nervioso movimiento.

En breves instantes quedaron inscritos trescientos españoles para la expedición, y hubo necesidad de rehusar los servicios de otros muchos que en ella se disputaban un puesto, el último, con tal de ir y que alegaban hallarse en

mejores condiciones que los primeros para poner en peligro sus vidas.

Montada en las naves la artillería de que pudo disponerse, que no era apropiado, especialmente la que se colocó en la capitana por ser de calibre mucho mayor de lo que admitía su resistencia; embarcada la tropa y preparado todo para zarpar del puerto, dispuso Morga, general de la expedición, que antes confesase y comulgase la gente de mar y tierra que no lo hubiese hecho por la mañana. Pocos había en aquellas circunstancias, que casi todos acudieron temprano á confortar su espíritu con la confesión y arrepentimiento de sus culpas y á implorar la protección del cielo. Entre aquellos pocos se hallaba el alférez Martin Esquinza, hombre de mucho temple, pero de conciencia depravada, que blasonaba de su libertad de ideas en punto á religión, que solo encontraba racional y lógica la evolución y renovación constantes de la materia y para el cual habían sido infructuosos los esfuerzos del padre Diego de Santiago, por sacarle de su desgraciado error é inculcarle las verdades de la fé católica.

Aquel virtuoso padre, elegido por el general para formar parte de la expedición, confesó á los dos ó tres que no habian cumplido ese precepto cristiano y, después dirigiéndose á Martin Esquinza, le dijo:

—¿Tampoco, ahora, hijo mio?

—Padre—contestó Esquinza—dejadme en paz. Os agradezco vuestro celo, os quiero, admiro vuestras virtudes; pero no puedo participar de vuestras ideas, en las que no creo, Dejadme la libertad de pensar.

—Pero ¿y tu alma?

—¡Mi alma, mi alma..... que sé yo.....

—¡No! no delires! No acudas tarde á la Misericordia Divinal considera que vas á la lucha, que una bala puede arrebatarte la vida en un punto indivisible de tiempo y si en ese momento, si en ese punto no estás preparado tu alma se condenará; sufrirá eternamente el castigo de los réprobos; entonces ¡desgraciado! ya no hay arrepentimientos, ya no valen excusas ¡ya no tienes salvación!..... Mírate por dentro, mira esa bóveda azul!.....

Y el padre Diego, poseido de Dios, con lágrimas en los ojos, exaltado, se sublimaba. Su cuerpo parecía envuelto en un nimbo de luz y una brillante aureola circuía su cabeza, cuyos cabellos canos agitaba la brisa del mar, mientras su descarnado dedo dirigido hacia arriba mostraba á Esquinza, el Cielo, como único puerto de salvación.....

Y así se quedó un momento, solo, porque el alférez retiróse de allí malhumorado.

*
* *

La densa neblina de aquella mañana envolvía en cenicienta gasa todos los objetos. El agua de color de acero se enturbiaba y el oleaje crecía por momentos, cabrilleando á la luz de los relámpagos.

Todo, sin embargo, era alegría á bordo. ¡Oh, las naves surcaban muy despacio la superficie de las aguas, llenando de impaciencia el espíritu de los valientes que á su bordo iban! El vigía divisa los barcos enemigos. Todos se preparan al combate.

Avístanse las dos capitanas; se miran con

despreciativo orgullo, maniobran obedeciendo á la experta mano del piloto, airosas, erguidas ¡aquellas máquinas parecían tomar vida y movimiento propio!.....

Morga, dá la voz de fuego. La Artillería de la capitana española vómita metralla contra la holandesa, cuyo engranage cruje y se desquicia. Ambas se acercan, se estrechan; la artillería no puedé funcionar; las armas blancas y de fuego cortas la sustituyen. ¡Al abordage!—grita Morga y, con una agilidad impropia de sus años, salta á la nave holandesa seguido de sus valientes, que arremeten con furia á los piratas. Los españoles arrancan, con frenéticos gritos de entusiasmo las banderas holandesas de tope y popa. Los enemigos, confusos, aturdidos ante empuje tan recio, esconden su cobardía bajo cubierta y piden cuartel. Los españoles vuelven á su capitana, temerosos de una traición, que ya la holandesa se separaba de ella; sigue el fuego; la victoria estaba declarada por los españoles; de pronto palidecen estos: su nave se hunde por momentos; la artillería de grueso calibre, al funcionar, al abrir brecha en la capitana holandesa, desgajaba y abría también el casco de la española demasiado viejo para resistir tan fuertes repercusiones. Pero ¿qué importaba la muerte, si ya el enemigo estaba vencido, muerto la mayor parte, y el resto acobardado, escondido bajo cubierta!.....

—Mi general—dice el piloto; puede seguir funcionando la artillería; aniquilad ese navío, hundidlo en el abismo; tengo tiempo de hacer varar el barco y respondo de la vida de to.....

No pudo acabar: una bala enemiga le alcanzó,

arrojándole al mar. Quedó la nave sin gobierno; el agua llenaba ya por completo las bodegas y no había tiempo que perder; sálvanse los que pueden. El noble y valiente Morga, ganó á nado la tierra, llevando fuertemente asida la prenda de la victoria; aquellas dos banderas holandesas arrancadas tan valientemente al enemigo.

Respira éste con tal desgracia; sale sobre la cubierta de su navío y emprende precipitada fuga.

En tanto, nuestra almiranta mandada por el intrépido vizcaino Juan de Alcega, persigue á la almiranta holandesa, le dá alcance, la requiebra con unas cuantas granadas,, la rinde fácilmente y entra con ella triunfante en Manila.

*
* *
* *

Mientras esto pasaba, la pobre capitana abierta por todas partes, se hundía rápidamente; ya casi estaba su cubierta á flor de agua. En aquella apareció la severa y triste figura del padre Diego de Santiago, sosteniendo en la mano un pequeño crucifijo de hueso.

Ya rajaba su sotana para que no le impidiera nadar y se disponía á tirarse al agua, cuando oyó una voz débil, dolorida, que con acento suplicante le llamaba. Volvióse rápidamente y vió en el suelo un hombre, casi un cadáver, sobre un charco de sangre.

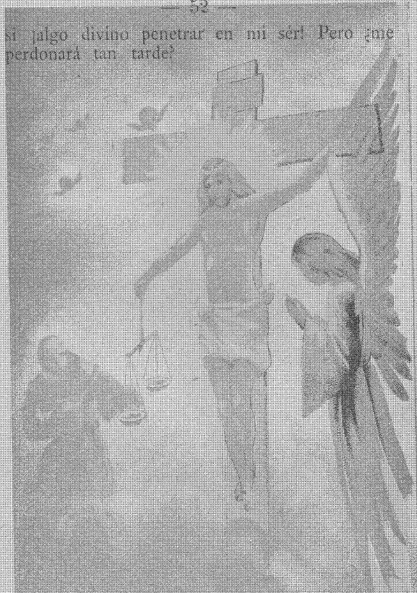
Era el alférez Martin Esquinza.

—Padre, me muerol

—¡Tú Martin! Aún es tiempo; reconoce tu error. Aquí le tienes; el hijo de Dios, el mártir del Gólgota. El sufrió y murió por redimir á hombres como tú. Mírale; llene tu alma el arrepentimiento verdadero.

—¡Tan tarde! ¡Cúando voy á morir! Siento...

si algo divino penetrar en mí sé! Pero ¿me perdonará tan tarde?



El agua envolvía ya la cubierta del navío.
—Si—contestó el padre—te perdona si tu arrepentimiento es verdadero. Mira, mira sus divinos brazos extendidos para recibirte en ellos!...
Bésale hijo.

—Gracias, padre Diego: siento algo nuevo en mi;—y Martin Esquinza derramó una lágrima ¡Una solal pero de arrepentimiento verdadero.

El padre Diego, en éxtasis celestial, no notaba que el agua cubría el cuerpo de Martin y que á él le llegaba á la cintura y seguía mostrándole el crucifijo..... El agua se extendió en círculos concéntricos y..... ¡ni rastro!

.....

.....

Y Martin Esquinza empujado por blanca nube subía y subía; y llegó á una mansión donde todo era luz, todo armonía y vió.... ¡sí! el Cristo del Padre Diego; pero de proporciones naturales. Uno de sus brazos estaba desclavado. En una mano sostenía una balanza; un angel depositó en uno de los platillos todas sus culpas y el platillo se hundió; pero después apareció un religioso con la sotana rajada. Martin Esquinza lo reconoció: era el Padre Diego; quiso abrazarle y sus brazos se extendieron en el vacío y, sin embargo, seguía viéndolo, sonriente, con una corona de luz en su cana cabeza. El Padre Diego se acercó á la balanza, depositó una lágrima y el platillo bajo rápidamente subiendo el de las culpas.



ENTRE DOS DEBERES



— ¡ señor D. Gómez.

— Dios os guarde D. Nuño.

— ¿Qué cuenta su merced?

— Poca cosa, ¿qué quiere vuesa merced que cuente, un hombre como yo, en estos inspidos tiempos de calma que corren?

— No los creo yo tales D. Nuño; pues no se porqué ni á santo de que, se me ha metido, aquí en la mollera, la idea fija, de que pronto vamos á tener jaleo y á dejar estas pacíficas ocupaciones, y á requerir las espadas.

— Alucinaciones D. Gómez, nostalgias del guerrero que sueña siempre con el ruido de las armas y el fragor de los combates; cosa de más

ó menos, nada serio, nada que tenga base ni lógica; ya no hay expediciones al Maluco ni hay nada; los guerreros se acostumbran, á la vida muelle y regalona de las mujeres de calidad; á su señoría se le ha enmohecido la espada y parece que no aspira más que á gobernar pacíficamente estas Islas, en el santo temor de Dios y acordándose tanto de los enemigos, como yo del moro Muza. Si viera vuesa merced, como me acuerdo de Flandes y de sus tercios, aquella si que era vida; siempre con el peligro encima y la gloria delante; siempre de aventuras y combates, de placeres y fatigas: aquella si que era vida, D. Nuño, aquella si que era.....

—No se queje su merced, que cuando menos se piensa salta la liebre, y ojalá que aquí no saltase porque nos coge desprevenidos, como quien dice, en cueros vivos. ¿Vuesa merced no se ha fijado bien en esas reuniones y en esos cabildeos que se traen y se llevan los chinos? Que quiere vuesa merced que le diga, pero yo barrunto muy mal de todas esas cosas; creo que esto vá á acabar como el rosario de la aurora; su señoría no se preocupa de nada; ninguna determinación toma, por puro gusto de no incomodarse y el cielo haga que el dia menos pensado no nos cueste el gusto un disgusto, y se arme aquí la de San Quintin.

—Malos augurios hace vuesa merced.

—Malos, pero verdaderos mi querido D. Gómez. Muy verdaderos, sí señor. ¿No se ha fijado vuesa merced, en el anuncio de la llegada de esos tres mandarines que dicen, vienen como embajadores, á saludar á su señoría?

y ¿no sabe vuesa merced, cual es el objeto de su misterioso viaje?

—¡Bah! Patrañas sin duda alguna, cuentos de mozalvetes miedosos ó de dueñas desocupadas.

—Cuentos de mozalvetes ó de dueñas? Buenos cuentos nos dé Dios y él haga que las alegrías no se vuelvan tristezas, que después de todo más vale un quien sabe que un quien pensara. Pues sepa vuesa merced, que los chinos, dicen públicamente que esos mandarines vienen á ver un monte de oro, que afirman existe en Cavite, y como ellos son codiciosos de suyo es fácil, que con ese pretexto, pretendan alzarse con el santo y la limosna, dejándonos con dos palmos de narices y á S. M. sin este pedazo de sus ricas tierras. Y apropósito de esto, ¿no estuvo vuesa merced la otra noche en Santo Domingo? Predicó su Ilustrísima, y aquello fué un gusto; qué manera de decir todo lo que pasa y de indicar que si su señoría, por aquí, que si señoría por allí y dale y vuelta con su señoría.

—Envidias: crea vuesa merced que cuando su señoría.....

Tal vez los dos caballeros, que empezaban á irritarse hubieran acabado por molerse las costillas á cintarazo limpio, si no se hubiera oído en aquel momento, el toque de oraciones.

Los dos nobles, se quitaron reverentemente los plumeados sombrerones y entraron en la Iglesia de San Pedro en cuyo átrio habían sostenido la conversación, que desenterrando viejos manuscritos traigo aquí, para solaz de los lectores y recuerdo de cosas añejas.

II

Corría el mes de Mayo del año de gracia de 1606. Gobernaba estas Islas, en nombre del Católico Rey D. Felipe III, el caballero D. Pedro Bravo de Acuña, del Hábito de S. Juan, soldado de bríos y político de previsora prudencia.

Una tarde de dicho mes, extraña y vistosa comitiva cruzaba las calles de la ciudad, en demanda del palacio de su señoría. La multitud agolpábase á su paso, pero no había en ella esa nota de entusiasmo y de alegría que tanto caracterizan al pueblo sobre todo en los días de fiesta y de jolgorio. Parecía que aquella comitiva despertaba en los leales vecinos de Manila, extraños temores, inexplicables presentimientos, y esos temores y esos presentimientos se reflejaban en todos los rostros, mustios, sombríos como sombrío está el cielo cuando amenaza desplomarse sobre los hombres en deshecha tempestad.

Abrían la marcha ocho soldados, con las partesanas al hombro y el guerrero equipo y el marcial continente de los veteranos de Flandes; seguían después timbaleros y ministriles, maceros del Ayuntamiento, reyes de armas y hasta ocho señores regidores de la fiel ciudad y después en riquísimas sillas de mano, hechas de marfil, con caprichosos adornos de plata y oro llevadas á hombros por chinos lujosamente ataviados, iban tres mandarines, enviados y embajadores del muy poderoso Hijo del Cielo, que venían con el pretexto oficial de visitar estas islas y rendir tributo de fina amistad á

su señoría, y con la aviesa intención, según de público se susurraba de promover un levantamiento, para agregar á su dilatado imperio este florón de la corona de Castilla.

Nada más deslumbrante que el atavio de aquellos chinos: vestían amplia túnica de riquísima seda azul; sobre esa túnica otra también de seda, cuajada de caprichosos bordados de oro con salpicaduras de perlas y brillantes; en los pies soberbios chapines de raso y oro y en la cabeza el bonete con cintillo de perlas, y la clásica pluma y el botón signo de su elevada jerarquía. Cerraba la procesión media compañía de arcabuceros españoles, precedidos de atabales y clarines y seguidos de enorme masa de chinos é indios, atraídos por lo nuevo del espectáculo y por lo brillante de la comitiva.

III

Los encopetados mandarines bramaban de cólera y deshacíanse en improperios contra su compatriota Tiongong, que les había engañado miserablemente, haciéndoles creer que la provincia de Cavite era ni más ni menos que un monte de oro ¡de oro! buen oro les diera Confucio; para tal viaje no necesitaban alforjas ni armar tanto extrépito ni solazarse de antemano con pingües riquezas, que al fin y á la postre se habían convertido en agua de cerrajas ¡Bien se había burlado de ellos, su señoría, cuando le expusieron sus deseos de visitar Cavite para cerciorarse con sus propios ojos de la existencia del prodigioso monte! Con fina sonrisa, de esas

que cortan como navajas de afeitar y por lo irónicas casi merecen una puñada, había concedido el permiso demandado, como gozándose interiormente del chasco que se iban á llevar y del ridículo en que iban á incurrir.

También se guaseaban de lo lindo todos aquellos castellanos, pobres como ratas, pero orgullosos como reyes, que les miraban socarronamente, con aire de perdonavidas, retorciéndose los negros mostachos, é indiferentes á lo fastuoso de sus trajes y comitiva, á lo elevado de su jerarquía y hasta á aquellos sangrientos rumores que se propalaron á su llegada, y que parecían desvanecidos ante la grotesca aventura de Cavite, sabrosa comidilla de todos los vecinos de la ciudad.

Y el caso es, que aquel diablo de Tiongong, origen de todas sus desgracias, que se había atrevido á engañar con falsas noticias al poderoso y celeste soberano, parecía impasible ante sus improperios, habiéndose contentado con replicarles, señalándoles el adorno de españoles é indios—si quereis que esto sea oro, oro es, pero será arena, si por arena lo reputais.

Y como los mandarines no habían entendido bien esta respuesta y como por otra parte ardían en deseos de no marcharse con las manos vacías y tenían, por remate, gran miedo á la cólera del coletudo monarca, decidieron llamar á Tiongong, y celebrar con él una conferencia.

IV

Mameng, era la más garrida tagala que ha



podido nacer á la luz de los trópicos. Su tez morena, pero agraciada, con suavidades de terciopelo y frescuras de rosa; sus ojos rasgados y negros como esas noches de tormenta; su cuerpo ondulado, de acabadas líneas y elegantes contornos, la hacían lo que en lenguaje vulgar se llama una buena moza. A estas

físicas cualidades había que agregar un alma ardiente como el sol tropical, y una admiración por España, que casi rayaba en idolátrico culto.

No sé si por fragilidades del corazón ó por deseos ambiciosos, se había casado con un chino, rico comerciante que gozaba de gran popularidad entre los suyos y del cual se decía que manejaba los doblones poco menos que á tarretadas, aunque hay que reconocer que nadie le hubiera supuesto tales riquezas, al verle indolentemente acurrucado en su tienda de Quia-po, inmundo cuchitril donde se amontonaban cuantas baratijas ha podido poner en circulación el comercio de á cuarto.

Hacia tiempo que Mameng, observaba que su esposo se hallaba preocupado, cejijunto, sin ocuparse siquiera de sus negocios; que celebraba frecuentes entrevistas con varios chinos y especialmente con uno llamado En-kang, que gozaba de gran prestigio entre los suyos, y aún entre los españoles, si bien algunos de estos le tenían en entredicho sin duda por haber aparecido en Manila al mismo tiempo que las piráticas hordas de Li-Ma-Hong.

Intrigada Mameng, no paró hasta conseguir que su marido le revelase su secreto y ¡qué secreto! La india supo entonces á que obedecían las hondas preocupaciones de su esposo, sus conferencias con En-kang, la misteriosa venida de los Mandarines chinos: veinticinco mil sangleyes, engolosinados por la riqueza de las Islas, levantados de cascos por las promesas de los embajadores, atemorizados por los rumores esparcidos por En-kang, de que los españoles

aliados con los japoneses, pensaban matarlos á todos, urdían traidor plan para levantarse en armas, como un solo hombre, la víspera de San Francisco, sorprender á la dormida población, pasar á cuchillo á los *castilas* y alzar triunfante sobre las murallas de la ciudad el pendón del celeste imperio.

Mameng quedó aterrada; jamás alma alguna he podido encontrarse en otro igual aprieto; jamás en alma alguna, dos sentimientos tan nobles y poderosos han podido refñir tan brava lucha ¿Qué hacer? Por un lado, su marido, el natural cariño que le profesaba, los ineludibles deberes del sagrado vínculo; por otro lado la Pátria, aquella España gloriosa, amor de sus amores, aquella España, que había derramado sobre estas islas sus sacerdotes, sus guerreros, el oro de sus arcas y la sangre de sus hijos, por civilizarlas, por convertir al salvaje en persona sacándole de la penosa vida del bosque, para llevarlo á la regalada existencia de la ciudad.

¿Qué hacer? Mameng se encontraba en un terrible dilema: descubrirlo todo era perder á su marido grandemente comprometido en el complot; callarse era perder á los españoles, ajenos á lo que contra ellos se tramaba. Pensar que la cosa se descubriera por sí misma era una ilusión; á los temores había sucedido la alegría y la burla, á los recelos la confianza; los mandarines se habían largado con viento fresco para su país, llevándose unas cuantas espuertas de tierra de Cahuit, donde suponían estaba el monte de oro; por otra parte aquel endemoniado de En-kang, se había dado tales mañas, ofreciendo á su señoría construir

con su gente uno de las bastiones de la fortaleza que había conseguido enmascarar sus proyectos y merecer la amistad de todos los *castilas*.

Mameng se hallaba presa de los más contrarios sentimientos, de las más opuestas ideas; con casi profética intuición se imaginaba lo que iba á suceder: si hablaba, si hablaba..... su marido muerto, el hogar deshecho, el cariño destruido; si callaba, si callaba..... ¡ah! era tan terrible el espectáculo que se le representaba en el magín, que Mameng sentía ponérsele la carne de gallina. Parecíale ver á los chinos reunirse sigilosamente ocultando bajo las holgadas camisas las traidoras armas, amparados por las sombras de la noche que suelen ser inseparables compañeras de todas las traiciones que no se atreven á presentarse á la luz del sol, porque se avergonzarían de sí mismas; veía, como los sanguinarios cabecillas daban las últimas instrucciones á aquel montón de chinos que se desparramaban por la dormida ciudad como manada de hambrientas fieras, que abandonando el sucio cubil destrozan cuanto hallan por delante sin compasión, sin generosidades, obedeciendo al instinto salvaje, al olor de la pólvora, á la impresión de la sangre. Forzaban puertas y ventanas, sorprendían á los confiados españoles, que sin tener tiempo para oponer el heroico empuje á la brutal agresión, se despertaban del sueño pacífico en los brazos de la artera muerte. La sangre corría á mares, el incendio consumía la ciudad, y formando coro á aquellas llamas que deslumbraban, á aquel humo que retorciéndose en negros espirales, subía al cielo

huyendo de las maldades de la tierra, de aquella sangre que enrojecía calles y plazas, se alzaba la triunfante gritería de los vencedores, y los lastimeros gemidos de las engañadas víctimas, mientras tremolaba al aire como pendón de infamias y horrores, el rojo estandarte de los piratas.

Mameng, no pudo resistir más, y cayó al suelo desvanecida.

.
.
.

IV

—Ola mi señor D. Gómez.

—Dios os guarde querido D. Nuño.

—Cuanto me alegro de encontrar á vuesa merced, y sobre todo de encontrarle bueno y sano después de las sangrientas escaramuzas de estos días.

—Tiene razón, Vuesa merced; ni yo mismo sé explicarme como vivo á estas horas; todo el día y toda la noche peleando en Binondo, contra esos malditos chinos que acudían como endiablado enjambre de avispas. Allí cayeron para no levantarse más, el sobrino de su señoría D. Tomás Acuña, el bravo almirante D. Juan de Alcega y allí tuvo triste fin el malogrado caballero D. Luis Pérez de Dasmariñas.

—Vea vuesa merced, lo que son las cosas; hay familias con mal sino; D. Gómez Pérez, murió desastrosamente á manos de los chinos y su hijo D. Luis, ha tenido la misma tristísima suerte.

—Teneis razón mi buen amigo; pero caralés ha costado la osadía; veintitres mil chinos muertos, son suficiente prenda de que no volverán a medir sus traidoras armas con las de los españoles.

—Motivos tenía yo señor D. Gómez, al temer



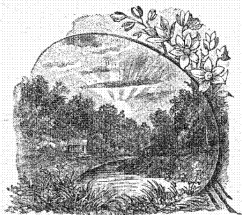
estos sucesos y á no ser por esa india, que todo lo reveló al Cura de Quiapo, sepa Dios la tremolina que se hubiera armado.

—Tiene mucha razón vuesa merced; esa india merece eterno agradecimiento de la patria; y ¿qué fué de su marido?

—Su señoría pensó perdonarlo; pero no ha habido caso de que ejerza su magnanimidad porque según parece, murió en la refriega.

Tal vez hubieran los dos caballeros continuado su sabrosa plática, á no sonar en aquel momento el toque de queda; los dos nobles pusieron fin al diálogo, se estrecharon cariñosamente las manos y bien pronto se perdieron por las tenebrosas callejas de la ciudad.

Y yo también, lector, amigo, al llegar aquí, pongo punto final á esta larga historia, pidiéndote antes con fina reverencia y como en los antiguos sainetes, que te sirvas perdonarme sus muchas faltas.



CUARENTA CABEZAS



INDOLENTEMENTE se mecia en hamaca de fino bejuco, el señor del extenso territorio de Manila, llamado por su pueblo *Raxa Matandá*, no tanto por los años que habían encanecido su recio cabello como para distinguirlo de su sobrino Solimán, que, si no era Raxa de derecho desempeñaba funciones de tal, hasta el extremo de que muy pocas veces, por no decir ninguna para no perjudicar tanto la fama del Raxa Matandá, tomaba éste resolución que no fuese dictada por Solimán, con gran perjuicio y descontento de los vasallos, que no se avenían con los sangui-narios é injustos procedimientos del Raxa mozo.

El viejo lo comprendía y como su natural carácter era apacible y bondadoso se disgustaba cuando su sobrino realizaba algún acto tiránico, que lo hacía con frecuencia; pero tan subyu-



gado estaba por el que no llegaba á poner remedio á tanto mal.

Junto á la hamaca, sentado en cuclillas, estaba Solimán conversando con su tío y, á juz-

gar por los ademanes y gestos que hacía, cosa muy grave le comunicaba.

Los hombres blancos que andaban por las islas Pintados hacia tiempo, aquellos hombres extraordinarios de los que tan raras cosas se decían, estaban en Cavite y se dirigían á Manila. No cabía duda que iban á conquistar el territorio y á esclavizarlos. Era preciso resistirlos, prepararles una emboscada y acabar con ellos. Y Solimán se retorció de rabia y amenazaba á su tío con amotinar el pueblo.

—Esos hombres no hacen daño; si vienen de paz, en paz los recibiré; han enseñado muchas cosas buenas á los Pintados y todas las noticias que de allí vienen confirman la opinión que de ellos tengo; ya sabes que dan libertad á los prisioneros que hacen en la guerra y que ellos aborrecen la esclavitud.

—Antes me coma el caiman y el cobaga cante tres veces sobre mi casa que permitir á los blancos que se apoderen de lo nuestro. Y tú, viejo chocho, si tal consientes, serás maldecido por todos tus anitos.

—Quizas sean enviados del Dios Bathala.

En vano Raxa Matandá intentaba oponerse á los crueles planes de Solimán con razones que estaban muy en su punto y viendo que no le convencía, dijole que hiciera cuanto quisiera; pero que él recibiría de paz á los *castillos* y no se metería con nadie.

*
* *

No tardaron en realizarse los temores de Solimán, pues el Maestre de Campo de Legazpi, Martín de Goiti, llegó á Manila á fines de

Mayo del año 1570, con menos de un centenar de españoles y bastantes indios visayos, que muy contentos del trato y favores que les dispensaban los *castilas* se brindaron espontáneamente á tomar parte en la conquista de Manila.

Raxa Matandá recibió muy cariñosamente á los españoles y disimulando sus aviesas intenciones, Solimán hizo también protestas de amistad.

Mucha curiosidad despertó en los indios de Manila la llegada de los *castilas*. Por donde quiera que pasaban salía una multitud de naturales que examinaba lleno de sorpresa sus narices y luengas barbas, sus trajes y armas, y todo era hablar por lo bajo y hacer gestos.

El jóven Raxa había soliviantado el ánimo del pueblo; mandó esconder los bastimentos, y prohibió bajo pena de muerte que se les proporcionaren á los *castilas*. Reunió después su gente guerrera y empezó á disparar la artillería contra la Armada española, embarcándose él en un junco grande para hacer disparos más cercanos y certeros.

Martín de Goiti seguido de ochenta hombres desembarcó en tierra y acometió con bravo empuje el fuerte que los indios tenían en la punta misma del río, donde hoy está la Fuerza de Santiago. De la primera descarga cayó muerto el artillero mayor que servía las piezas y á poco rato los demás, quedando sin funcionar las lantacas y falconetes y llenando de confusión á los restantes, que despavoridos ante tan pronta y cabal derrota emprendieron precipitada fuga.

Antes de regresar á Panay, fué el Miestre de Campo á casa del viejo Raxa, á pedirle explicaciones y le encontró como de costumbre, meciéndose en su hamaca.

—De nada soy culpable. Mira; aún ondea la bandera blanca que mandé colocar en cuanto comenzó el combate. Solimán, Solimán!... No pude convencerlo.

* * *

Poco tiempo después volvía á presentarse en aguas de Manila la Armada Española, más numerosa y potente esta vez y mandada por Miguel Lopez de Legazpi, que ya había recibido de S. M. Católica el título de Adelantado Mayor de estas islas y encargo especial de civilizarlas y convertirlas al Cristianismo.

Como todos los hombres encierran en su conciencia un juez inapelable que les lleva al convencimiento de la bondad ó maldad de sus actos, los indios de Manila, convencidos de su mal proceder con Martin de Goiti, creyeron que los *castilas* volvían para castigarlos, cosa que hubiera sido muy justa; y tan pronto avistaron las naves, recogieron sus cosas de más valor, pegaron fuego al pueblo y huyeron á Tondo, donde era señor de vidas y haciendas un indio jóven llamado Lacandola, amigo íntimo de Raxa Solimán.

Siempre han sido la nobleza y la generosidad caractéres distintivos de la Nación Española; siempre ha pagado con beneficios las ingratitudes y si por ello no ha medrado ha satisfecho en cambio los m's puros ideales de su alma.

Así no es de extrañar que tan pronto como saltó á tierra Legazpi, mandara emisarios é intérpretes á los Principales ó *Maguinoos*, para decirles que olvidaba la conducta pasada y que no tuvieren recelo alguno, pues él prometía que no sufrirían el más leve daño. Oído esto por los fugitivos empezaron á apagar el fuego y al poco rato se presentaron Raxa Matandá y Lacandola y más tarde Solimán, y todos juraron vasallaje al Rey de España, ante la fé del escribano Hernando Riguel.

El viejo Raxa prestó su juramento con firme intención de cumplirlo, al paso que Solimán y Lacandola hicieron alianza con los indios de Macabebe y Hagonoy entre los que reclutaron mucha gente, para arrojar del territorio á los españoles.

Una noche llegaron por la barra de Bancusay unas cuarenta caracoas llenas de indios de aquellos pueblos. Desembarcaron en Tondo y el que los capitaneaba se dirigió á casa de Lacandola.

—En cuanto me traigas, cuarenta cabezas de españoles,—dijo éste—se revelarán los de Soliman y los míos.

—Los mataré; pero también necesito para animar á mis gentes y que no tengan desconfianza de vosotros, que tu hijo y el sobrino de Soliman, nos acompañen.

—Irán.

Enterado el General Legazpi de la llegada de tanta gente, y creyendo venían á someterse siguiendo el ejemplo de sus Principales, mandó á dos españoles para que les diesen toda clase de seguridades. Salióles al encuentro un

indio visaya muy leal y algo les dijo que inmutó los rostros de los emisarios.

Requirieron estos al cabecilla, quien con arrogancia, digna de mejor empleo les contestó en su idioma:—Antes el sol me parta por enmedio el cuerpo y caiga en desgracia de mis mujeres que ser amigo vuestro, y para demostrároslo os espero en la barra de Bancusay y allí sabreis quien es Macapán.

*
**

Solimán y Lacandola se hallaban reunidos en casa del último, completamente desalentados y temerosos del castigo. Es verdad que ellos no habían tomado parte en la refriega ni se movieron de aquella casa y ningún cargo podía hacerles Legazpi. Sin embargo no estaban tranquilos; sus propias conciencias les acusaban. Pero ¡quien había de creerlo! ¡Cuando eran tantos los indios y tan pocos los españoles!... Y no cabía duda, las acometidas de estos habían dejado el campo cubierto de cadáveres.

Así hablaban los dos Principales cuando recibieron recado de comparecer ante la presencia del Adelantado.

—¿Has pedido—dijo Legazpi á Lacandola—cuarenta cabezas de españoles?

Por toda contestación los indios hicieron mil protestas de inocencia, asegurando que ninguna participación tenían en el alboroto.

—Respecto á eso voy á devolverte dos prisioneros que mis soldados han hecho y á quienes yo perdono la vida,—y aparecieron el hijo de Lacandola y el sobrino de Solimán, cogidos con las armas en la mano.

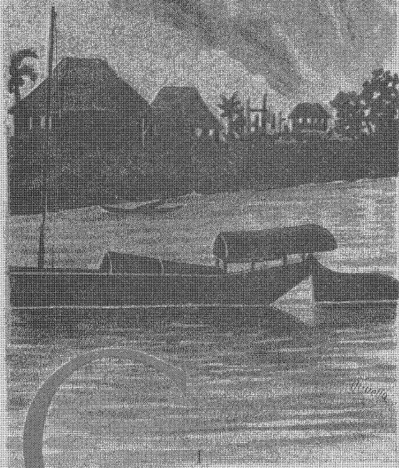
—Y, respecto á las cabezas que pediste á Macapán, voy á entregártelas.

En un cesto, confundidas en asqueroso monton, había hasta cuarenta cabezas de indios, muertos en el combate con Macapán.

—Cuando quieras más cabezas—continuó Legazpi—avisa á Macapan y..... yo te las proporcionaré.



UN HOMBRE VALIENTE



CORRÍA el año de 1609, gobernaba estas Islas en nombre de S. M., el ilustre y valiente caballero D. Juan Silva, de quien hablo en otra tradición, excusando por lo tanto de retratarlo aqui con todos sus pe-

los y señales, y los respetos debidos á su alta gerarquía y á sus indiscutibles méritos.

Calamitosos eran aquellos tiempos no solo en la vetusta y traqueteada Europa, sino en estas apartadas islas. Innumerables desgracias y miedos y presentimientos oprimían todos los corazones aunque sin conseguir desterrar esa alegría innata en los españoles, que rompen en cantos y bailoteos, lo mismo en días de apacible calma, que en vísperas de sangrientos combates.

Los Holandeses, se hallaban como quien dice á las puertas de Manila, y si el Gobernador no había lanzado al grito de espanto de los senadores romanos «Annibal ad portas» había tomado por lo menos cuantas medidas reclamaban la urgencia del caso y la necesidad de librarse del peligro inminente y salvar las vidas y haciendas de todos, la integridad del territorio y la honra de la Pátria.

Trabajábase de día y noche en el Arsenal de Cavite; construía-se de prisa y corriendo un galeon imperfecto y rudo si se quiere, pero en el que todos confiaban, porque presentían que sería invencible, que haría huir vergonzosamente á las orgullosas naves holandesas, en cuanto llevara en su cubierta, soldados españoles, esos soldados que tienen los bríos y el corage y la sangre suficiente para convertir los barcuchos en ciudadelas, las casas en castillos, los pechos en murallas.

II

Voltearon triste y lentamente las campanas de las Iglesias; disparáronse cañonazos de alar-

ma, culebreó en el espacio negra nube de humo, y el vecindario temeroso y asombrado, se desparramó por calles y plazuelas.

Pronto se supo lo que ocurría, no era necesario preguntarlo, estaba allí delante de los ojos de todo el mundo, con los vigorosos tonos de la realidad palpitante; y el espectáculo era horriblemente sublime, de esos que si unas veces suspenden el ánimo por lo grandes, otras lo encogen por lo angustiosos. Un alarido, uno de esos alaridos, que lanzan las multitudes y en que parecen que van contenidos desde la plegaria, hasta la blasfemia, desde la súplica hasta la maldición, se escapó del pecho de todos los espectadores, y el caso no era para menos; Cavite, aquella tacita plata, que era al mismo tiempo el encanto de los españoles por su hermosura y su único baluarte por su fortaleza, ardía por sus cuatro costados, se reducía á cenizas lentamente en presencia de todos aquellos hombres impotentes ante el voraz elemento, al que prestaba nuevos bríos un airecillo que parecía ser su cómplice y su protector. El fuego no se deteñía, avanzaba, avanzaba sin obstáculos como señor absoluto de vidas y haciendas, como tiránico árbitro de todas aquellas esperanzas; de toda aquella constancia, de todo aquel valor y aquellos bríos que cuando parecían más pujantes se hundían y desaparecían entre las rojas llamaradas y el negro humo del incendio. Aquello era horrible, pero también hermoso, muy hermoso; había que ver aquellas llamas rojas, inmensas, que lo invadían todo, que todo lo devoraban, que tan pronto prendían en la pobre y ligera casu-

cha de nipa, como en el lujoso y macizo ca-són con prerrogativas de palacio; que consu-mían los gruesos maderos y hacían saltar las ligeras cañas y reducían á cenizas en un mo-mento, con crueldades de atleta un pueblo en-tero; y había que ver aquel humo espeso, ne-gro, que se retorció en gruesos espirales y que se elevaba, se elevaba al cielo, y al elevarse, más parecía impotente maldición que religiosa ofrenda.

Acudió su señoría y acudieron todas las au-toridades; multiplicábanse los órdenes; corrían los hombres de un lado para otro; gemían y chillaban las mujeres: y en aquel barullo na-die se entendía ni nadie acertaba á lo que te-nía que hacer; de pronto una idea horrible pasó por el magín de D. Juan, primero y de todos aquellos espectadores después, traduciéndose en un grito de suprema angustia y en un movi-miento de instintivo terror; preocupado con el incendio ninguno se había acordado de aquello y aquello era lo más importante, aquello qui-taba su salvage grandeza á la catástrofe, hacía latir todos los corazones, palidecer todas las frentes, temblar á aquellos bravos que habían visto cien veces la muerte cara á cara, que habían despreciado cien veces el plomo de los mosquetes y el filo de las espadas y que ahora aturdidos, azorados corrían en tropel, y pare-cían buscar en el mar, que con desmayadas olas lamía las arenas de la playa, el único puerto de refugio, la única tabla de salvación.

Allí mismo, cerca del incendio que parecía dirigirse á él, como á la más apetitosa de to-das las presas, se hallaba el depósito de pól-

vora cuyo se encontraba abarrotado de esta peligrosa materia almacenada en tal sitio por la previsión de su señoría, ante los riesgos que corrían estas lejanas tierras amenazadas de formidable invasión por los orgullosos holandeses.

¿Qué iba á suceder si el incendio no se detenía, si el incendio no respetaba el depósito? No era solo la terrible explosión que amenazaba levantar de cuajo la Isla y hundirla hecha pedazos en el fondo del mar: era también la pérdida de toda esperanza, la forzada inercia ante el formidable peligro, la necesaria rendición de la bandera de la Pátria á los aventureros holandeses, la vergüenza sobre la ruina, el descrédito sobre la desgracia. La multitud, sin embargo no raciocinaba; aterrorizada, el terror, el pánico la había vuelto loca; no había en ella un átomo de inteligencia; no había en ella un átomo de espíritu; no era más que una masa de hombres que corrían, que se arrastraban, que se pisoteaban; no había más que carne atemorizada y cuando la carne siente el aguijón del miedo y la serena majestad del alma no vuelve con bríos por los fueros de la dignidad perdida, se olvidan todos los deberes, se desatienden todas las consignas, se llega á todas las cobardías, se llega á todas las vergüenzas.

Don Juan Silva, no era hombre que se arrendaba facilmente; fuerte como esos viejos robles que el huracán bambolea é inclina, pero no destroza, el natural estupor le dejó un momento inmóvil, pero bien pronto, la conciencia de sus deberes, el convencimiento de su altísimo valor, le hizo recobrar la calma perdida, y con acento en el que no se notaba temblor ni miedo, gritó

dirigiéndose á algunos arcabuceros que se habían agrupado junto á él—«Muchachos; hay que ir allí, hay que sacar la pólvora y que detener el fuego, marchen.....»



Por primera vez sus órdenes fueron desobedecidas; los soldados que le habían oído respetuosamente quedaron inmóviles, y mirándole

asonbrados, como si se preguntasen á sí mismos si su señoría se había vuelto loco; y sin embargo aquellos hombres, no eran cobardes; veteranos de las guerras de Flandes, habían endurecido sus cuerpos á todas las fatigas y cerrado sus almas á todas las emociones; aquellos hombres habían entrado en combate con el desprecio en los ojos, la serenidad en el alma y el grito de ¡Viva España! en los labios y aquellos hombres permanecían quietos como si sus pies se hubiesen adherido al suelo con fortísimas raíces; sus músculos de acero, parecían haberse transformado en músculos de manteca, sus almas de héroes en almas de niños, con todos los temores, con todas las supersticiones de los diez años.

El Gobernador comprendió lo que pasaba; ni súplicas ni amenazas podían ensayarse; el terror dominaba, y al terror no se le hacen reflexiones, se le vence con el ejemplo ó se le desprecia y abandona á sus propias mezquinas fuerzas. Pero lo que no hace la masa lo hace el individuo; en todo español hay siempre el germen de un Guzman el Bueno, en todo hombre de dignidad existe la semilla de un héroe; en la multitud no sucede esto porque vá siempre inconsciente, es como la bala que sale del fusil, es como la piedra que se arroja al aire, ó como la hoja que arrebatada el viento; puede convertirse en un puñado de héroes, ó un rebaño de ovejas, según la primera impresión que reciba. Comprendió esto Silva, comprendió que la pérdida de la pólvora hacía imposible toda defensa; que la bandera de la Pátria jamás entregada á sus enemigos, tendría que rendir su

arrogancia, sus laureles, el peso de sus glorias, ante aquellos invasores, y sin decir una palabra, sin hacer un gesto ni dar una orden, prefiriendo morir entre la explosión de la pólvora á oír esa otra explosión más terrible que se llama indignación nacional, se dirigió velozmente al depósito; todas las miradas se fijaron en él; pero nadie le detuvo; las mujeres cayeron de rodillas, los hombres, indecisos, entre el entusiasmo y el miedo, le siguieron con la vista, le vieron atravesar impávido, sereno, por entre las revueltas llamas, llegar á la casa, derribar la puerta y aparecer enseguida en ella con el barril sobre el hombro. Un grito de ansiedad, de inexplicable terror, de suprema angustia, se escapó, ronco como un trueno, doliente como un gemido, de todas las gargantas; D. Juan, no hizo caso de él, volvió á atravesar las llamas con paso majestuoso y lento, con el barril al hombro, con la mirada erguida, con el estóico valor de un héroe, con la sublime resignación de un mártir, y siguió andando hasta depositar sobre la fresca arena de la playa, la temible carga.

Aquello fué una revelación, fué el despertar de la dignidad olvidada, del entusiasmo más delirante, de la decisión más firme; todos aquellos hombres antes aterrorizados é inmóviles, se lanzaron como un solo hombre, con una sola idea, con un solo grito, al amenazado depósito y al poco rato los barriles de pólvora se amontonaban en la playa y el incendio perdida ya su destructora fuerza, lamía con sus últimos lengüetazos aquel montón de humeantes ruinas.



SANTA ESTRATAGEMA



é idólatra pueblo de Mariveles, allá por los tiempos del Gobernador Silva.

OMBRE virtuoso y por ende esforzado, fué sin duda alguna el R. P. Fr. Rodrigo de S. Miguel, que rigió el indómito

Era un fraile de grandes bríos, gran fé, raras aptitudes y singular ingenio y todas estas calidades las empleó en servicio de la religión, dedicándose con gran celo á la propagación del Evangelio en aquellos sitios en donde no había entrado ó si lo hizo fué con tan poca eficacia que no había conseguido destruir las ridículas supersticiones y las equivocadas creencias de los indios.

El Papa Urbano VIII, le había dado espresivas muestras de aprecio por servicios que había hecho, reduciendo á la autoridad apostólica á varios armenios, partidarios del cisma, y ya en estas Islas, sus superiores le eligieron para regir la penosa misión de Mariveles, bien convencidos de que lo que él no obtuviese no lo conseguiría nadie, ya que le sobran fé y valor para inculcar en todos los corazones, las verdaderas doctrinas, que con la civilización, se habían aportado á estas lejanas tierras.

No amedrentó al Padre, la muerte de sus hermanos de hábito. Miguel de Sta. María, Pedro de S. José y Francisco de Sta. Mónica, ni podía infundir pavor en su alma, el recuerdo del martirio, que todo lo desafía la fé y á tal desprecio por el cuerpo y hasta por la existencia llega el hombre que desprendiéndose de lo humano, vive con la vida superior del espíritu.

Supersticiosos eran los indios de aquella época, sobre todo los que no habían abierto aún los ojos á las verdades del cristianismo. Incapaces de una idea elevada, de un conocimiento exacto y digno de la Divinidad, sentíanse acometidos de un pánico terrible ante los sucesos más naturales y corrientes de la vida. Todo lo dei-

ficaban y adoraban, con la más absurda de las idolatrías.

Temían grandemente el canto de algunas aves como el *cobaga* y el *linocon*; se volvían aceleradamente si encontraban alguna iguana en su camino; tenían grande miedo al cuervo que llamaban *maiyoña*, y al caiman que denominaban *nono*; á las piedras, á los árboles, y á otros muchos objetos, anitos é idolillos, que sería largo enumerar y que se exponen en varias Historias de Filipinas, donde puede leerlo el curioso lector, si así le conviene y para ello se encuentra con gana y paciencia, que no poca se necesita para desenterrar añejas historias, siquiera algunas vez sean agradables y por ende útiles.

II

—Desengañese V. R.: Por otros medios vendrán esas pobres ovejas á los rediles de Cristo, sin exponer á una muerte probable la vida de su Paternidad, tan necesaria para el mayor bien de Nuestro Señor.

—Hermano Ambrosio: el hombre no debe regatear sus servicios á Dios, ni huir de ningún peligro que redunde en su mayor gloria. Bien sabes, que el Evangelio no ha hecho aún prosélitos entre estas gentes; continúan *erre* que *erre* aferrados á sus peligrosas prácticas y á sus absurdas creencias y obedecen y siguen con más gusto á las *catalonas*, que á mi, humilde Ministro, pero Ministro al fin y al cabo, del verdadero Dios.

—Pero, Vuestra Paternidad no repara....

—En todo, hermano, en todo; lo tengo muy meditado; quiero acabar de un golpe con la superstición que como la hidra de cien cabezas, parece aplastada y se levanta cuando menos se piensa. Dios es grande, y si muero en la demanda es señal de que no quiere que yo realice tan santa obra, y espiraré tranquilo, con la sonrisa en los labios y la esperanza en el corazón.

Una ráfaga de entusiasmo, pasó por los hundidos ojos del lego; inclinó la cabeza, y sin hacer más observaciones, salió de la habitación, murmurando entre dientes mientras atravesaba la solitaria Iglesia:

—¡Es un Santol!

III

Hermoso era el bosque, con toda la salvaje hermosura de la naturaleza, abandonada á si misma. Altos y copudos árboles entrelazaban sus ramas y confundían sus hojas formando espesa urdimbre, donde apenas si podía penetrar la mirada humana, y si en las noches de calma, en que brilla la solitaria luna, enviando á la tierra poéticos resplandores, inspiraban aquellos árboles, robustos y confundidos en verde masa, inconsciente respeto, cuando silvaba el viento y se desencadenaba la tormenta y culebreaba el rayo, infundían singular espanto, y parecía que en el interior del bosque se agitaban los dioses de la tempestad y que una multitud de enanos y encantadores, de gnomos y diablos, recorrían en danza vertiginosa,

los salones de fantásticos y peligrosos alcázares.

Aquel bosque infundía gran miedo á los indios, y todos al pasar por delante de él, se descubrían servilmente, y por nada del mundo se hubieran atrevido á cortar una rama ni á coger una fruta, y estos árboles abandonados á sus naturales fuerzas, crecían y crecían y el bosque se hacía más espeso y enmarañado. Y sí en sus inexploradas entrañas no anidaban trasgos y brujas, encerraba por lo menos venenosos reptiles y otros animalejos de su calaña. No se parecía el miedo de los indios á ese respeto, involuntario á veces, que inspira á todo hombre de sentimientos nobles y poéticos, un árbol viejo; pero robusto, con toda la majestad de un coloso, desafiando al viento con su alta y gallarda copa, lleno de cicatrices y cargado de nidos, poblado de susurros de hojas y pitorreos de pájaros; no, era el miedo horrible, el pánico sin nombre, que produce todo aquello que amenaza con un peligro, con una desgracia, con un dolor.

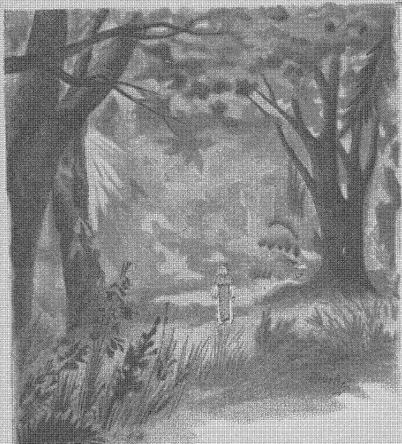
Una tarde llegó Fr. Rodrigo al temido bosque; una turba de indios le seguía, pero ni tan obedientes ni tan serenos, que pudiera disponerse de ellos, para maldita la cosa,

Firme en el plán que había ideado, obediente á la consigna que á si mismo se había impuesto, el fraile mandó á los indios, que entrasen en el bosque, y arrancasen algunas de las hermosas mangas, que colgaban de las ramas ofreciendo sabroso manjar, que ninguno sin embargo tocaba, más cobarde que Eva, cuando cogió del árbol prohibido la consabida manzana.

Profundo espanto causó entre naturales tal mandato: cabildearon entre sí, y uno, ó más importante, ó más atrevido replicó al Padre, tratando de convencerle con cuantas razones encontró en las profundidades de su meollo, que lo que intentaba hacer era insigne locura; que ellos no podían obedecer; que el bosque era sagrado; que tocar á los árboles, sería ofender gravemente á la Divinidad, y el castigo no se haría esperar ni sería una bicoca, sino así como así, la pérdida de la misma vida.

No hizo caso Fr. Rodrigo, de tales razones, y trató por el contrario de convencerles de que Dios, el verdadero Dios, el Dios de los Cristianos, ni autorizaba ni consentían tan groseras supersticiones, y reiteró la orden dada, pero los indios entre confusos y asombrados, siguieron firmes y raquetefirmes en no obedecerle y en hacerle ver los peligros á que se exponía si no abandonaba al punto tan insensato proyecto; pero el fraile se mantuvo fuerte en su empeño; y temiendo que le saliera cara la prueba, temiendo que aquellas frutas fueran venenosas, pero decidido á sacrificar la vida en el noble intento de destruir una superstición que tanto se oponía al desarrollo del Evangelio; se dirigió solo al bosque; despojó de sus ramas uno de los árboles, subió por él, hizo la señal de la cruz, y cogió una de las frutas y comió de ella tranquilamente, mientras los indios lanzaban un grito de espanto, creyendo que de un instante á otro, caería muerto el impío, el atrevido, castigado por la Divinidad á quien tan terriblemente ultrajaba. Pero el fraile permanecía tranquilo y satisfecho; los naturales,

esperaron un momento y después como un solo hombre, vencido el temor que por tanto tiempo les encadenara se lanzaron al bosque, y llenos

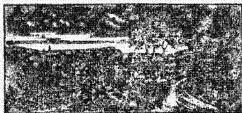


de rabia, empezaron á desgajar las gruesas ramas y á herir los seculares troncos y á comer de aquellas frutas con gran avidez, por que con empeño se les habían prohibido y por que eran son y serán delicadas y sabrosas como pocas.

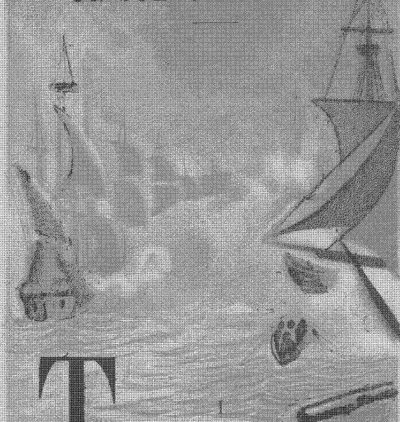
Idolos falsos, ídolos caídos, ídolos muertos, poco duran en los corazones que les consagraron en otro tiempo fervoroso culto ¡con cuanto entusiasmo se levantan y con cuanto furor se destruyen cuando han perdido su pretendida virtud! su existencia se parece á la de esas hojas, ayer verdes y lozanas, hoy amarillas y secas, que abandonadas por todos y traídas y llevadas por el viento y dando tumbos por los caminos acaban por morir entre la arena de los arroyos, ó entre el polvo de las carreteras.

Las frutas fueron repartidas entre los principales vecinos y como nada les pasó y de todo se enteraron, abrazaron el cristianismo, convencidos de que el Dios de los españoles no era un Dios de mentirijillas sino un Dios grande y poderoso, al cual se le debía de adorar sin regateos ni cuidados.

Y aquí termina esta tradición y el que no la crea, consulte historiadores de más fuste y el que ponga en tela de juicio el valor del Padre Rodrigo, con su pan se lo coma, que yo ni he de hacer nada por convencerle, ni he de añadir una palabra más á esta historieta.



UN SUEÑO PRODIGIOSO



T

TIEMPOS terribles, tiempos de ruda prueba fueron indudablemente aquellos en que gobernaba estas Islas en nombre del Católico Rey D. Felipe III, el muy ilustre Sr. D. Juan Silva y otras hierbas, caballero Santiaguista y célebrísimo soldado de la no menos celebrísima guerra de Flandes.

No vinieron con D. Juan, las desgracias de esta época ni á su impericia ó prendas personales se debieron, que este ilustre señor cumplió no solo como bueno sino como valiente

y emprendedor, dejando bien puesto el pabellón de la patria y confirmada la nombradía de héroe soldado, adquirida en anteriores guerras.

No fueron tampoco estos contratiempos bastantes á debilitar el fortísimo espíritu de los españoles, que con vencerlos dieron una prueba más, de su indomable valor y de que sabían destruir cuantos obstáculos embarazasen su marcha y morir noblemente por su fé y por su patria, esos dos afectos que el mismo Dios, parece haber grabado en los castellanos corazones, con imborrables caracteres de fuego. Por otra parte no todo es orégano en el monte, ni todo fueron contrariedades en aquellos tiempos; si se perdieron algunas naves, otras nuevas se construyeron; si apretado cerco pusieron los holandeses, vergonzosa derrota se les causó; y más diría si no fuera descubrir á destiempo el busilis de esta tradición, perdiendo con ello el trabajo que me cueste el perjeñarla.

Poco tiempo hacía que estaba en estas Islas, el Gobernador D. Juan Silva, cuando despachó para Nueva España, tres naves, entre ellas la «San Francisco», capitana en la que se embarcaron, entre otros, el Sr. D. Rodrigo Vivero, que había gobernado interinamente la colonia y el ilustrado y ya achacoso Jesuita R. P. Pedro de Montes, y tan desgraciada fué esta expedición que levantándose fuertes temporales, encalló la galera, quedando malamente estropeada y salvándose, casi por un milagro de Dios, los pasajeros en ella conducidos.

Pero no fué esto solo, que si solo esto ocurriera no habría motivo para lloriquear ni para traerlo y llevarlo tanto y quejarse sería lo mismo,

que ponerse la venda sin haber recibido la herida: se perdió otra galera en el viaje de regreso de Otón á donde la había enviado su Excelencia para socorrer aquel presidio y no se perdió como la «San Francisco» por culpa de los huracanados vientos y de las encrespadas olas, sino por perfidias de los pícaros chinos, que miserables y cobardes como siempre, urdieron una de las suyas y asesinaron traicioneramente al Capitán y á cuantos españoles pudieron y poniendo pies en polvorosa, se alzaron y huyeron con la nave sin que hasta la fecha hayan aparecido ni sea fácil ya encontrarlos, por lo menos hasta el valle de Josaphat. Y no fué esto todo, con ser tan importante en una época en que se necesitaban numerosos barcos para reunir poderosa escuadra que pudiera rechazar la no endeble de los holandeses, sino que andando el tiempo y cuando se estaba fortificando el puerto de Cavite, para ponerlo en regulares condiciones y hasta construyéndose un galeon en su Arsenal, se produjo un incendio que destruyó todo el pueblo, dando motivo á una muy lucida acción del Sr. Silva, que aquí no traigo ni siquiera á título de curiosidad porque ha sido objeto de otra tradicioncilla, pues que con los hechos de este buen señor, podría escribirse un abultado volumen, y eso contando á prisa y largo sin meterse en *liquis-miquis* ni en profundidades ni pararse en finiquituras de ninguna clase.

Y basta ya de calamidades que para calamidad, y desdicha bastante tienen los lectores con este insípido cuento, y digamos algo alegre que no todas han de ser tristezas, ni se ha de ocul-

tar lo bueno, faltando á la verdad histórica que debe de ser, aunque no siempre lo sea, doble verdad.

Además de la derrota ocasionada á los holandeses, se obtuvieron victorias sobre los moros de Mindanao y Joló, distinguiéndose en la expedición el Alcalde Mayor de Cebú y el Capitán D. Juan de la Vega, que derrotó á los *caragas* y construyó un fuerte dotándole de artillería y todo lo necesario.

Se votaron el agua de prisa y corriendo algunos galeones; se hicieron varias expediciones á las Islas Molucas, se apresó un rico botín de guerra y se levantó grandemente el ánimo de estos habitantes, atemorizados con las amenazas de los holandeses, que al fin y á la postre tuvieron que tomar las de villadiego, corridos y mohinos, si bien insistieron más adelante en sus inútiles porfías y en sus estúpidas brabatas, de todo lo cual sacaron lo que el negro del sermón.

II

Mustio y cabizbajo y casi alicaído, andaba aquella tarde su excelencia, ideando la manera de salir del grave aprieto en que le tenían los holandeses, empeñados sin duda en zurrarnos la badana y en apoderarse bonitamente de estas ricas tierras, aún no incorporadas por completo á la corona de España; pero no estaba D. Juan de humor para antojos de tal importancia ni para dar gusto á los extranjeros, dejándoles hacer su santísima voluntad, máxime cuando ese

gusto tenía que ser á costa del pellejo y de los intereses de los españoles. Por eso se preparaba grandemente y había reunido una poderosa escuadra y fundido las campanas de las Iglesias y las rejas de las casas para hacer cañones, y preparado buen golpe de gente de guerra y caudales y cuanto era necesario para tan grande empresa y en tan grave apuro. Apesar de todo dudaba y si unas veces se hallaba inflamado de belicosos entusiasmos, otras, las menos, estaba decaído y con la desgana de hablar y hasta de pensar, pintada en el noble rostro. Nada decía esto en contra de su valor, que ningún capitán ha dejado de preocuparse la víspera de una batalla ni ningún gobernante por esforzado y sereno que sea, ha dejado de temblar, ante la idea de que en una sola acción, de un solo revés de la fortuna, puede perderse el territorio confiado á su guarda y la honra de la nación por él representada.

Malos vientos corrían por la ciudad; apesar de los pesares y de las preparativos hechos, la tristeza se anidaba en todos los corazones y salía indiscreta á todos los semblantes.

Esforzados eran los españoles y por esforzados los reputaba todo el mundo, y sin embargo temblaban; se contaban, y veían que eran muy pocos; volvían los ojos á su escuadra y comprendían que si sobrepujaba á la holandesa en número, era sobrepujada por aquella en fortaleza y buenas condiciones; acoquinados, por otra parte, por las desgracias sufridas encontraban natural y casi lógica la posibilidad de una nueva calamidad, y por eso sin duda, aún dispuestos como lo estaban á luchar bravamente,

temían de todas veras que los holandeses entrasen en la ciudad como Pedro por su casa, desbaratasen la colonia é hiciesen punto más, punto menos la de «San Quintín.»

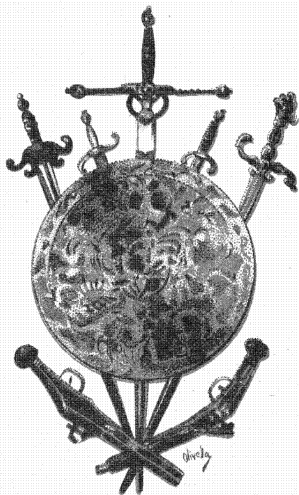
Todas estas cosas y otras que no son del caso, traían malhumorado á su Excelencia, hasta tal punto que se pasó el santo día sin chistar palabra, y se fué por último, á la cama con una cara de pepinillos en vinagre, decidido á olvidar durmiendo tantas y tantas ideas, tantos y tantos proyectos como le traían á mal traer y le daban vueltas y revueltas en el magin.

III

No por ser gobernante y Capitán general, caballero santiaguista y otras zarandajas por el estilo, se deja de tener pesadillas como los demás simples mortales, y la prueba está en que aquella roche tuvo D. Juan, un sueño tan raro, que teméle por donde se quiera, llamésele milagro ó pura fantasía ó cualquier otra cosa, que para todos los gustos hay en semejantes lances, el caso es, que vino como de perlas para levantar el un tanto abatido espíritu del gobernador, y con el del gobernador el de todos los buenos españoles y demás leales vecinos de la siempre noble y fiel ciudad.

Apenas había cegido el sueño el ilustre caballero, experimentó algo muy raro; un perfume exquisito embalsamaba el aire; una luz suave, pero que á pesar de su suavidad cegaba, iluminaba todo el cuarto. Después, una especie de nube rosada descendió del techo; y esa nube, compacta, grosera al principio, fué modelándose

lentemente y acabó por tomar la figura de un hombre de apacible y angelical semblante y rodeada la noble cabeza de un nimbo de brillan-



tísima luz. Aquel hombre que se movía sin hacer el menor ruido, se acercó al lecho del caudillo; inclinóse sobre él y le murmuró al

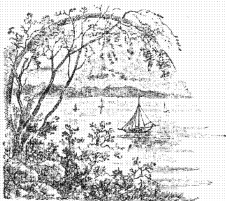
oido misteriosas palabras. Después, después aquella nube—hombre se disgregó rápidamente adoptando caprichosas formas, formas al principio imperceptibles, confusas, pero que aclarándose y tomando consistencia acabaron por presentar ante los asombrados ojos de D. Juan, una série de navíos formados en tremenda línea de batalla. Poblaban las cubiertas y puentes de los unos, personas conocidas del gobernador; llenaban las de los otros gentes extrañas, hombres robustos, de movimientos torpes y deslabazados, de ojos azules, vagos y dormidos como las aguas de un lago; de cabelleras y barbas rubias como si estuvieran formadas con hilos de oro.

Aquellos navíos silenciosos, se embistieron ferozmente; los primeros dirigidos por el mismo personaje que se había aparecido á Silva, atacaron con denuedo, pero fueron recibidos con valentía; la batalla se generalizó y todos los barcos entraron en fuego: tan pronto avanzaban como retrocedían; tan pronto se confundían sus palos y se mezclaban sus velas como se alejaban para tomar nuevas fuerzas y nuevos bríos. Aquello duró largo rato, pero al fin los hombres rubios se rindieron y la tremenda batalla terminó.

La nube se fué desvaneciendo poco á poco; la luz se extinguió por completo, y el ilustre D. Juan Silva, siguió durmiendo tranquilamente como si nada extraño hubiese sucedido.

.....
Detalle más, detalle menos, poco hay que añadir á este cuento: D. Juan, relató su sueño, y al ver el retrato de San Marcos, para cuyo

día se le anunciara la victoria y que le llevó el Jesuíta Ledesma, notó con alegre asombro, que los rasgos del santo evangelista coincidían con los de la visión que se le había aparecido. Con estos auspicios y bajo tal advocación, la batalla se dió y se ganó y los holandeses se rindieron, metido el necio orgullo en las mismísimas entrañas, y milagro ó fantasía ó simple cuento, el caso es que el prodigioso sueño pasó á la historia y que de allí lo he tomado para zurcir esta tradición.



DE COMO LOS TOMATES DE FR. ANSELMO

PRODUJERON MUCHO PALAY



Q

UÉ tienen esos campos que rodean las últimas estribaciones de los montes de Antipolo, que nadie los cultiva? ¿Por qué pasan por allí los indios con tanta reverencia y miedo?

¡Ah! En aquel picacho de la montaña descansaba el anito, que fué en vida principal de la comarca. Junto á su ataud, hecho con grueso tronco de árbol, tenía sus ropas y las armas que había usado en sus combates, cantados constantemente por las pleñideras de las cercanías.

Cuatro días había sido llorado por sus vasallos, á voz en grito, al compás de lastimera música de *coryapis* y rabeles cuyas cuerdas se for-

maron con cabellos de sus mujeres; y extinguido aquel dolor á plazo, fué puesto en el sitio más prominente de aquellas estribaciones, donde se colocó señal visible que anunciara al caminante la santidad de las tierras circunvecinas, que nadie podía remover sin caer en entredicho.

¡Como era posible que ningún indio pecare tan gravemente, ni fuera á buscar un cúmulo de desgracias, que terminarían en desastrosa muerte!.....

Y entre tanto aquellos extensos campos esperaban uno y otro día el arado y la semilla que harían fácilmente germinar y desarrollarse, convirtiéndola en doradas espigas de palay, en robustos y jugosos cañadulzales ó en verde alfombra de sabrosa verdura; pero esperaban en vano, pues las tierras seguían en injusto abandono, merced á las ridículas supersticiones de aquellos naturales.

Ni la misma miseria que estos padecían, por tener que comprar en otros pueblos el arroz, principal y casi único alimento que tomaban, era suficiente á sacarlos de su error.

Cuando el P. Anselmo se enteró del por qué los indios dejaban sin cultivar aquellos campos, se rió mucho y muy de veras y les hizo ver lo absurdo de su creencia; pero no se convencieron con razones, que, dada su ignorancia, estaban fuera de su comprensión y decidió echar por tierra sus gentilicos agüeros, desplegando para ello toda su energía.

Y fué el caso que el P. Anselmo, seguido de bastantes indios, se dirigió á las encantadas tierras y después de preparar un pedazo de te-

reno, el más próximo á la tumba del anito, sembró en él tomates. Cuando estuvieron en sazón, rojos y hermosos, llamó al Principal, dueño de aquellas tierras, lo llevó al plantío y en presencia suya y de otros muchos cogió como una docena de aquellos frutos.

No salía de su estupor el indio y ya veía al Padre atravesado por un rayo ó revolcándose en los estertores de una horrible agonía; pero Fr. Anselmo muy tranquilo y bromista se fué con él al Convento, allí preparó una muy sabrosa ensalada de tomates, y ante el asombro de muchos naturales, invitó galantemente al Principal á que le acompañase á comerla.

¡Allí fué Troya! El indio con la cara muy asustada pedía al Padre que no le hiciera comer de aquello, que no lo comiera él tampoco, porque traería para todos gran desgracia. A Fr. Anselmo le salía la risa de la boca, viendo el miedo de aquel pobre hombre y los raros gestos que hacía; pero decidido á concluir de una vez, con aquella absurda y perjudicial creencia, se puso lo más serio que pudo y casi á viva fuerza, amenazando de muerte al Principal, le obligó á que comiese buena parte de la ensalada, consumiendo él la restante.

Apenas se vió libre el indio, salió corriendo como un loco, dando gritos y llevándose las manos al estómago, como si en él sintiera grandes dolores, imploró á todos sus anitos y mandó con acento dolorido que enseguida llevasen á la montaña puercos, gallinas y arroz, lo mejor que hubiese en el pueblo. El pobre hombre se creía ya muerto y daba lástima verle; pero pasaban horas y el rayo que había

de matarle no llegaba, ni se convertía en piedra, ni sentía siquiera dolores.

—Y el caso es—decía lloriqueando—¡qué la ensalada estaba buenal
Pasaron días y días
y como era natural,



no venía la desgracia, con sorpresa de todos los del pueblo.

Cierta tarde paseaba el P. Anselmo por los alrededores de la tumba del anito y á no mu-

cha distancia vió un hombre inclinado sobre la tierra. Acercóse á él y se encontró con el Principal.

—¿Qué haces aquí?—le dijo sonriendo.

El indio se quedó algo confuso y nada contestó.

Estaba sembrando tomates.

¡Ved que hermosos ^{* * *} están los campos que rodean las últimas estribaciones de los montes de Antipolo! Las altas y doradas espigas de palay, mecidas por el ligero viento de la tarde, parece que se burlan de los anitos y las supersticiones.

El año ha sido bueno y la cosecha se presenta abundantísima. La recolección llegará pronto y yá se preparan para ella con gran alborozo los *casamás*.

El anito de la montaña duerme el sueño eterno, y al ver á sus descendientes y vasallos, con los graneros llenos de arroz y los bolsillos de dinero, sonríe desde su tumba y bendice á Fr. Anselmo.



UN NACIMIENTO RARO



UES señor,
no siempre se
han de sacar á
relucir hechos y dichos de
gobernantes y gente de alto coturno y noble
prosapia; alguna vez, aunque solo sea al des-
cuido y como de pasada, les ha de tocar sa-
lir de las obscuridades de la historia y del
polvo de los tiempos á personajes de modesta
esfera, que hacer lo contrario sería insigne lo-
cura y desconocer esa verdad tan eterna como
frecuentemente olvidada, de que ante la histo-

ria, ante la muerte, y ante otra porción de cosas, somos todos iguales, como nacidos de un solo pecado y guiados á un solo destino, siquiera en esta pícara y escabrosa vida nos separen ¡los honores, la riqueza, el poder, y otras mil zarrandajas por el estilo, que aumentan no pocas veces, la vanidad de cada hijo de vecino, y con frecuencia le elevan á desatinadas acciones y á torpes fines.

Filosofías y tristezas aparte, que no son muy del caso, pues ya tiene bastante el mundo con dejar en el áspero camino que recorre, girones de piel y gotas de sangre, diré, que voy á relatar un hecho que con justicia merece el nombre de raro, y mal que pese á los aficionados á épicas acciones, ser desenterrado del panteón del olvido y remozado y como nuevo ser expuesto á la admiración de los lectores, cosa no del todo baladí, en estos tristes tiempos que corren, en los que solo se acostumbra á remover la historia, para sacar á la vergüenza pública sus más conspicuos personajes, y llevar á la duda ó al desdén sus más notables sucesos.

Punto y aparte y vamos al cuento, es decir á la tradición.

II

Bramando de furor, con los ojos extraviados y el andar nervioso y colérico, se paseaba por los anchos corredores de su casa, el

capitán D. Diego de Montoro, rico comerciante que residió en estas islas, allá por los tiempos del gobierno interino de D. Gerónimo de Silva.

La cosa no era para menos, y el buen señor, tenía motivos para darse á todos los diablos, para renegar hasta de su sombra y para maldecir de este mundo que tantas desazones y disgustos nos proporciona y en tan graves aprietas nos pone. Lo que debiera haberle llenado de alegría, lo que D. Diego había esperado con esa impaciencia, con esa ansia loca, que nos invade, cuando sintetizamos en un objeto, en un acontecimiento cualquiera, los ideales de toda la vida, era, por rigores de la suerte, lo que precisamente causaba su cólera, su avinagrado humor, todo aquel torrente de malas pasiones, todo aquel hervidero de malos deseos, que le sacaban fuera de juicio, y le hacían parecer mas bien una fiera salvaje, que un hombre criado en el santo temor de Dios, como había sido el ilustre Capitán.

No hay duda—exclamaba, monologando en alta voz—no hay duda; no es hijo mío; ni mujer me engaña; me es infiel.

Y al pronunciar estas palabras descargó un furioso puñetazo en una mesa, que con riquísima piedra de onix, había en el corredor, y dos lágrimas, expresión candente de aquella pena, asomaron á sus ojos, dos lágrimas, que al resbalar despaciosamente por sus tostadas mejillas, parecían imprimir sobre ellas rojo surco de fuego.

—No se parece á mi—perseguía el desgra-

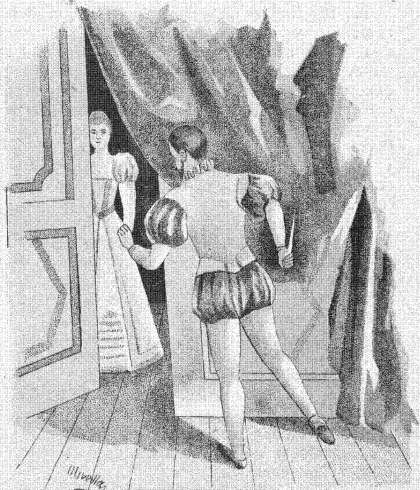
ciado, ahondando sombríamente en la tremenda herida; es negro, negro como la pez; le esperaba como una pura alegría y ha venido al mundo como una suprema maldición: ¡cómo ha de ser!

Realmente aquel nacimiento era muy raro, tan raro, que se comprende que cualquiera se volviese loco, y que el capitán cavilase más y más, y que todas sus suposiciones le llevaran á una sola idea, á una sola hipótesis, que no por triste y amarga dejaba de ofrecerse á su imagin y á su corazón con toda la desconsoladora fuerza de una verdad inconcusa; y esta verdad que le desgarraba las entrañas, era la infidelidad de su esposa, de su esposa, amor de sus amores, síntesis de todos sus ideales, de todas sus ilusiones; de su esposa, que perdido el pudor, perdido aquel cariño reverente que debía profesarle, desatendida la fé jurada, deshacía de un golpe aquel nido, formado al abrigo del más santo de los amores, y condenaba anticipadamente á aquel hombre, á todos los suplicios del infierno.

Bramaba el capitán, de cólera; era horrible, verdaderamente horrible lo que le pasaba; ver en un momento, por pecaminosos caprichos y brutales deseos, manchado su honor, aquel honor al que consagraba idolátrico culto; hollado su cariño; perdida su fidelidad. Esta idea le volvía loco; le atenazaba de tan singular manera, que olvidándose de todo, atendiendo únicamente, á los celos que roen el alma como venenosos réptiles y convierten á un hombre en fiera, cogió un puñal y se dirigió rápidamente al cuarto de su esposa.....

III

— Donde vá, vuesa merced—dijo á este punto, una señora, cerrando con su cuerpo, el paso al furioso capitán.



Éste, sorprendido *infraganti* en aquel rapto de vergonzosa rabia, sin dar pié con bola ni saber apenas que decir, procuró esconder el

puñal lo mejor posible, y murmuró con voz algo bronca.

—¿Dónde quiere vuesa merced que vaya, mi señora D.^a Juana? á ver á mi mujer; cosa más natural.....

—Vaya;—déjela vuesa merced,—contestó doña Juana, haciéndose la inocente—ahora está descansando, y despertarla, sería muy cruel, que bien necesita la infeliz del sueño, después de tanto..... Déjela vuesa merced y véngase conmigo que tenemos que hablar, y yo le aseguro que con ello ni perderá el tiempo ni tendrá porque arrepentirse;—y sin dar más explicaciones la buena mujer se colgó del brazo de D. Diego, y le arrastró á la sala, donde ambos interlocutores tomaron asiento en sendas y cómodas butacas.

Doña Juana, amiga íntima de la familia, era lo que se llama una buena señora. Designada para madrina de bautismo del vástago de los Montoros, que tan graves desazones había traído á la paterna casa, ella también se había extrañado muy mucho de aquel color negro del chiquillo, ella también había entrevisto un drama, y cuidadosa, había acudido enseguida á evitar que el drama se convirtiera en tragedia, cosa no del todo difícil, dado el carácter de D. Diego, hombre bueno, si los hay, pero de genio violento y de cerrada intransigencia en todo cuanto se refiriese al lustre de su apellido, á la negra honrilla.

—Confiese vuesa merced—dijo D.^a Juana, —que se halla hoy un poco colérico, y que la cólera es mala consejera para resolver las desazones de esta vida, y que nos induce á

cometer pecados de que luego nos arrepentimos.

—Y ¿no tengo motivos para estarlo?—contestó sombríamente el capitán, escondiendo la cara entre las musculosas manos.

—No señor; todas esas cavilaciones carecen de base; su mujer no le engaña; créame á mi, vuesa merced; su mujer es pura como un ángel, buena como una santa.

—Y ¿quien me prueba á mi eso?

—Yo—contestó varonilmente D.^a Juana. Quedó perpleja un momento; de pronto una idea rara, le vino á la mente, con toda la fuerza de un remedio salvador; una de esas ideas que se producen Dios sabe como, sin antecedentes, sin orden ni lógica y vienen á ser como divinas inspiraciones que salvan de no pocos apuros, y evitan no pocos tropiezos.

—Vuesa merced—dijo al fin—no sabe nada de estos achaques; aquí no ha habido más que un antojo, sí señor, un solo antojo de su esposa.

¿Fué santa mentira, fué divina inspiración? vaya V. á saber; la historia que ha consignado las palabras de D.^a Juana ha ocultado sus pensamientos pero sea como sea, el caso es, que la palabra produjo su efecto; que D. Diego se quedó mirando á la señora, entre asombrado y risueño, sin saber á punto fijo, si enviarla en horamala, ó si agarrarse á aquella peregrina idea como á una esperanza salvadora.

—Bien señora—contestó—acepto el hecho, pero necesito la prueba; no creo en él, y me reservaré el derecho de obrar según mi honor exija.

Y se fué de la sala dejando á D.^a Juana sin saber como salir del atolladero en que voluntariamente se había metido.

IV

Rezó fervorosamente la buena señora; rezó con toda su alma y ya más tranquila se dirigió al cuarto de la mujer del Capitán.

Querida mía—dijo á la enferma que se revolvió en el triste lecho, dolorido el cuerpo y maltrecha el alma. Es preciso que me digas todo lo ocurrido.

—Me dá vergüenza.

—¡Qué vergüenza ni qué ocho cuartos! Soy tu amiga de veras, y la cosa es grave.

—Pues bien—prosiguió la enferma—admírate mujer: todo ha sido un antojo, que por lo ridículo no me he atrevido á decir á nadie ni á mi marido, temiendo que se burlara de él y no lo satisficé.

¡Un antojo! contestó D.^a Juana maravillada de que á la mujer del Capitán se le hubiese ocurrido la misma idea que á ella ó de que ella hubiese intintivamente acertado.

—Sí; figúrate que el otro día ví á los batas comer unas sardinas asadas, tan asadas que estaban hechas un carbón; y me entraron unas ganas por ellas tan grandes, que solo lo extravagante del capricho que á mi misma me hacía reir, me hizo resistir la tentación.

—Entonces todo se ha salvado—interrumpió D.^a Juana radiante de felicidad y saliendo de la habitación, y volviendo á entrar á poco, lle-

vando en la mano unas cuantas sardinas quemadas y seguida de D. Diego, en cuya cara se pintaba tan pronto la ira, como la curiosidad de la persona á quien han prometido enseñar una cosa rara.

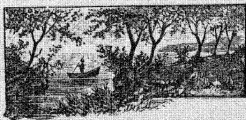
La señora sin despegar los labios se dirigió á la cama; sacó de entre la sábana al rorro, que era efectivamente negro como la pez, y empezó á restregarle la cara con las sardinas.

Cinco minutos pasaron, acaso menos; de pronto el Capitán dió un grito de alegría y cayó de rodillas. Aquello era con un prodigio; la declaración de la inocencia de la esposa hecha por el mismo Dios. Por todas partes, por donde las sardinas rozaban la piel, esta se ponía sonrosada, y el color negro desaparecía como si hubiera sido una pintura con que alguien le hubiera embadurnado.

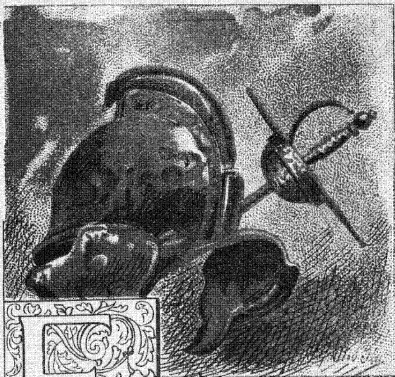
—No se lo decía yo á su merced—exclamó D.^a Juana con seráfica dulzura—aquí tiene vuesa merced, en este chiquitin, un santo.

Y lo fué; pero como la tradición es ya de suyo algo larga, hago punto final.

Y si lector dijérdes ser comento,
como me lo contaron, te lo cuento.



UN DECRETO DE FELIPE III



ERASE que se era, una habitación de pobrísimo aspecto, pero limpia y aseada que daba gusto verla; á legua y media transcendía á celda, y á celda de fraile estudioso ya que los libros, se amontonaban en buen número por todas partes, como proclamando los gustos de su dueño.

Embutidos en sendos sillones de reluciente cuero, hallábanse una mañana tres frailes, y á juzgar por la gravedad de sus semblantes, cosas de mucha miga é importancia se discutían ó trataban entre ellos.

—No lo dude V. R.—decía uno; me lo ha asegurado persona que se halla bien enterada de los asuntos de Palacio: la opinión de la Junta es unánime, y firme, y el decreto está extendido y tal vez á estas horas lo haya firmado el Rey, nuestro señor.

—Se me hace muy duro creer en esa medida,—replicó otro de los religiosos, que en el brillo de su mirada, en la viveza de sus ademanes, revelaba ser hombre de singular inteligencia y de no escasos atrevimientos: abandonar las islas; dejar en triste desamparo tantos intereses creados, tantas conquistas espirituales hechas; firmar ese decreto un Rey, que entre sus más conspicuos títulos, ostenta el de *Católico*; firmar ese decreto el hijo de Felipe II; no puede ser, Padre procurador, no puede ser.

—Duda V. R. de mi [palabra? replicó agríamente el que primero había hablado.—Puede V. R. creer en ella, como en la luz del Sol, como en la divinidad de Jesucristo; fuera tapujos: no me lo han contado: yo mismo, con estos pecadores ojos que se ha de comer la tierra, lo he visto. Se abandonan las Islas Filipinas porque según afirman los Secretarios de Estado, son muy costosas al Tesoro de S. M.; no lo dude V. R.: se abandonan las Islas Filipinas, y en un plazo tan breve, que acaso en la primera expedición que salga de aquellas lejanas tierras regresen cuantos constituyen la naciente colonia.

—Pues bien, hermano—dijo el otro religioso, levantándose del sillón y paseándose nerviosamente por la celda Yo os aseguro que ese decreto no se llevará á cabo; yo, el más humilde:

de los siervos de Dios; yo alejado de las pompas del mundo y del trato de los grandes, hablaré al Rey; mi voz encontrará acentos que le convencerán, mis ojos lágrimas que han de conmoverle; abandonar las islas; sumir en los hondísimos abismos de la ignorancia y la barbarie, almas que han nacido á la esplendorosa luz de la civilización y el cristianismo; antes me muera yo, antes se convierta en polvo este miserable cuerpo, que consentir en silencio y sin intentar medio alguno, esa malhadada orden, que si respeto como súbdito, rechazo como cristiano. Yo veré á S. M. y creo firmemente que el decreto será retirado y que lejos de abandonarse las islas, se mandaran á ellas más misioneros, más guerreros, que esparzan en aquellas lejanas tierras, con la cruz del Evangelio y con la cruz de las espadas, la civilización española.

II

El P. Moraga, era hombre que cumplía sus promesas; alma de atleta, templada á todos los rigores de la suerte y á todas las candentes luchas del mundo, palpitaba bajo el tosco sayal del fraile, con todos los alientos de la juventud, con todos los entusiasmos, de la fé, con todo el heroísmo del español.

Elegido Custodio de su Orden, había llegado á la corte y villa de Madrid, después de penosísimo viaje y de larga estancia en Persia, en los momentos mismos en que se discutía ó trataba en las Secretarías de Estado, de la

conveniencia de abandonar definitivamente las Islas Filipinas, que constituían pesado gravamen para el Tesoro, no poco debilitado ya por las guerras de Flandes y otras por el estilo que el orgullo de raza y la colosal herencia de Felipe II, habían traído á la nación española, como rehata de sinsabores y profecía de próximos decaimientos.

Enterado el P. Moraga, por los Procuradores de las Órdenes, de las decisiones del Monarca y de sus Ministros, sublévose contra ellas, con toda la salvaje entereza de su enérgico carácter; si la fría razón de Estado podía aconsejar semejante medida, sus entusiasmos de misionero, sus ideas proselitistas de cristiano, la rechazaban tan en absoluto, que en el fondo de su alma, se levantaba elocuente y enérgica protesta contra el Decreto que amenazaba dar al traste con la apenas empezada conquista.

III

En una severa y suntuosa estancia del alcazar de Madrid, adornada con riquísimos tapices de Flandes, y juntó á una mesa cubierta por regio tapete de brocado, en cuyo centro obstentábanse, bordadas en oro, las armas de Castilla, hallábase un hombre de mediana edad y de majestuoso continente; vestía negra ropilla de terciopelo, calzas de Milán; ceñía al cinto espada de corte con cincelada empuñadura guarnecida de piedras preciosas y llevaba sobre el noble pecho y saliendo de entre la gorguera de finísimo encage, el Toisón de oro.

Aquel hombre que era nada menos que el muy poderoso y Católico Rey de España y de sus Indias, D. Felipe III, escuchaba atentamente á un humildísimo fraile, que postrado



á sus pies, con los ojos mojados de lágrimas le contaba una larga historia y le demandaba una importante gracia.

—Escuchadme señor—decía el P. Moraga, tendiendo sus brazos hacia el Rey, que á pesar de sus repetidas órdenes, no había conseguido que el Franciscano abandonase su postrada actitud—Escuchadme señor, y reflexionad sobre cuanto os he dicho. Pensad que si Dios os ha dado tan extensos dominios, ha sido indudablemente porque quiere que España, la Nación Católica por excelencia, lleve la luz del Evangelio á esas pobres inteligencias apagadas, sumidas en los hondísimos barrancos de la ignorancia y en las pecaminosas doctrinas del gentilismo; pensad, lo que vá á ser de esas criaturas, cuando las abandone V. M. á su propia misérrima suerte; en el surco recién abierto, señor, si ha caído la semilla no ha podido germinar aún ni producir sus preciados frutos, y esas conciencias se perderán, caerán de nuevo en la barbarie, en el pecado, cuando no tengan la mano que las guía, la enseñanza que las vivifica, el ejemplo que las fortalece y subyuga.

—Hay razones de Estado..... murmuró maquinalmente D. Felipe.

—Razones de Estado—replicó el P. Moraga, sin fijarse en que contravenía la etiqueta interrumpiendo al Rey—¿Qué razones puede haber en contra del servicio de Dios? Pensad señor en que el Representante de ese Dios, os ha concedido el más preciado de vuestros títulos, el de Católico, y si nobleza obliga, ese título os obliga á defender el catolicismo; ¿Qué dirán de vos, ante esa medida que condena á millares de almas, que dirán de vos, vuestros contemporáneos, el recto juicio de la posteri-

dad, y algo que es superior á eso, que es eterno, que es inapelable, el juicio de Dios que os exigirá estrechas cuentas por haber desatendido su santo servicio, por no se qué miserables razones de Estado?

Felipe III miró con asombro al fraile; aquellas palabras atrevidas, pronunciadas sin embargo con acento suplicante, contrastaban de tan brusco modo con la aduladora sumisión de los cortesanos que el Rey, se quedó perplejo: un poco de cólera brilló en sus ojos; pero se repuso, y contestó con voz seca.

—Estais mal enterado de estos asuntos; sabed que esas *preciadas* islas, constituyen una grave carga para el Tesoro, ya sobradamente agobiado con otras importantes empresas, seguidas en gran parte para la mayor gloria del catolicismo:

—El dinero, siempre el dinero—murmuró sombríamente el P. Moraga—¡Ah señor! si mi sangre pudiera convertirse en oro, sin dudar un momento me abriría las venas y os daría hasta su última gota.

Felipe III se encogió de hombros con marcada indiferencia.

—Pensad—señor,—dijo el fraile exaltándose gradualmente y comprendiendo que todo estaba perdido—pensad señor, que el dinero lleva á pecaminosos deseos, y pensad sobre todo, que cuando esas almas, caigan fatalmente en el gentilismo, y al pasar á la eterna vida en los horrores del infierno, se unirán como una sola alma y en un solo coro, para maldecir al hombre que las vende al Diablo por un poco de dinero, como Judas vendió á Jesucristo.

El P. Moraga, agotadas sus energías, espantado él mismo de lo violento del apóstrofe, inclinó la cabeza y dos gruesas lágrimas brillaron en sus párpados enrojecidos por la vigilia y el estudio.

Felipe III hizo un brusco movimiento, se puso pálido y cogió convulsivamente el cordón de la campanilla. Hubo cinco minutos de terrible pausa. De pronto el Rey se acercó á aquel hombre que sollozaba, á aquel hombre encanecido en santas luchas, y cogiéndole cariñosamente el brazo, le dijo:

—Levantaos Padre Moraga—Id con Dios; he escuchado vuestro relato y oído vuestras súplicas; reflexionaré sobre una y otras; decidme—añadió cortando las muestras de gratitud del sacerdote—¿creís que se necesitan socorros para aquellas tierras.

—Si V. M. los manda.....—Los mandaremos, padre, los mandaremos;—que no se dirá de mí, que abandoné lo que me ganó y dejó mi padre.

IV

Media hora despues, en aquella misma suntuosa estancia del Alcazar de Madrid, se reunían todos los Secretarios de Estado, convocados por el Católico Rey.

Señores—dijo éste—¿cuantos cristianos creís que hay en Filipinas?

—Unos doscientos mil—se apresuraron á contestar los consejeros.

—Y en esas circunstancias—continuó el Mo-

narca con voz majestuosamente severa — ¿Me aconsejais que abandone las Islas Filipinas? Por una sola alma, que ganar para el Cielo, volvería Jesucristo al mundo á sufrir nueva pasión y muerte ¿y quereis que yo no gaste mis tesoros en salvar doscientas mil?



EL PRECIO DE UNA SENTENCIA



QUELLA mañana habían almorzado juntos los señores Anda y Villacorta, Oidores de la Real Audiencia y amigos de larga fecha, aunque de carácter bien diferente que daba motivo á que sus conversaciones fueran siempre polémicas en las que nunca lograban ponerse de acuerdo.

Corría el año de 1762 y gobernaba interinamente estas Islas el Sr. D. Manuel Roxo, Arzobispo de Manila, hombre de carácter débil y de pocos alientos y energías para el buen desempeño de tan alto cargo, calidades con las que no transigía el valeroso D. Simón de Anda, que estaba adornado de las contrarias pues á la rapidez é inflexibilidad de sus resoluciones unía

gran presencia de ánimo, y tal paciencia y perseverancia en sus propósitos, que le aseguraban las más de las veces triunfo completo.

— Os aseguro—decía ^{* *} Don Simón á Villacorta --que mal se encaminan las cosas para nuestro Católico Monarca. Los ingleses llegarán de un momento á otro.

—No lo creo. Su merced lo vé todo por su lado negro.

—Lo que veo es que el P. Cuadrado fué á visitar á su Il^{ta}. el Gobernador y le enseñó la carta que había recibido de su padre, en la que este le manifestaba que los españoles y los ingleses se habían declarado la guerra; y maldito el caso que el Gobernador ha hecho de esta noticia, que ha debido ponerle en guardia por lo que pueda ocurrir.

—Y si vinieran los ingleses ¿qué?

—¡Qué! Pues que con un Gobernador tan pusilánime como su Il^{ta}. se harían dueños de Manila. Ya sería otra cosa si en esa trance se me diera el Gobierno.

—¡Como! Pretenderíais....

—No pretendo nada; por que si, como yo tengo por seguro, vienen esos mercachifles, sé lo que por mi parte he de hacer.

Aquí llegaban en su conversación ambos Oidores, cuando recibieron un recado del Gobernador para que fueran con gran premura á Palacio, pues acababa de entrar en bahía una armada de trece barcos, que había llenado de consternación el ánimo de su Il^{ta}.

Los ingleses después ^{* *} de sangrientos combates

se hicieron dueños de la ciudad de Manila el día 5 de Octubre de aquel memorable año de 1762.

Si es verdad que las debilidades é imprevisiones del Gobernador facilitaron el rendimiento de la plaza, no lo es menos que de todos modos hubiera sucedido así, pues solo contaban los españoles para su defensa con quinientos y pico de soldados, exíguo número comparado con las fuerzas inglesas, que ascendían á siete mil hombres y muchos y buenos pertrechos de guerra. Pudo haber más resistencia, pero hubiera sido igual el resultado.

La víspera de la toma de Manila salió de ella D. Simón de Anda, en compañía de un criado, dispuesto á defender las Islas Filipinas de la cruel dominación inglesa y á que continuasen en la obediencia del Rey de España.

Dejó instrucciones á su compañero Villacorta, para que le auxiliase en sus proyectos y marchó á Bulacán, estableciendo después su residencia en Bacolor, cabecera de la Pampanga.

Allí, con una fé digna de la empresa que acometía, sin que le intimidase la falta de recursos que para llevarla á cabo necesitaba, comenzó D. Simón de Anda á unir los rotos eslabones de la dominación española.

Si de alientos hubiere necesitado hombre de tanto temple, hubiérale bastado con la actitud, decidida como la suya, del Provincial de Agustinos Padre Remigio Hernandez, con quien se puso de acuerdo para la patriótica obra que iban á realizar.

Anda remitió á todas las provincias despachos haciéndose reconocer por Gobernador, Capitán

General y Real Audiencia, con arreglo á lo que disponían, para casos como aquel, las leyes de Indias.

Investido ya con aquella suprema Autoridad, comenzó á disponer las cosas para la consecución de sus fines, secundado con gran celo por los PP. Agustinos que administraban las provincias de Bulacán y Pampanga, sin cuyo poderosísimo auxilio hubieran sido estériles los esfuerzos de su animoso espíritu.

Reclutaron muchos indios que voluntariamente se ofrecieron á pelear contra los ingleses. La lealtad que á la Madre Pátria demostraron los naturales de aquellas provincias y en general todos los del Archipiélago, fué el mayor obstáculo con que tropezaron los ingleses.

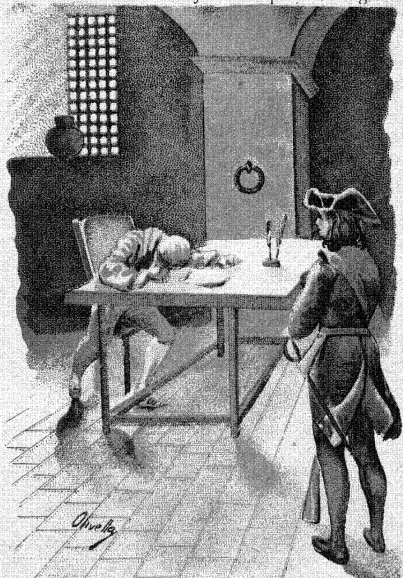
Don Simón de Anda disponía continuamente correrías por los alrededores de Manila, que tenían en jaque y mal humorados á los ingleses, pues llegaron á encerrarlos en los límites de la Ciudad murada.

Y tuvo también exquisito cuidado de que no entrase en Manila ninguna especie de alimentos, para obligarles á que los buscasen y trabar entonces combates en campo abierto.

Cada día era más crecido el número de las gentes que se escapaban de Manila, y llegaban á la Pampanga á engrosar las filas de los patriotas. Anda recibía también auxilios materiales de la capital y estaba én correspondencia con varias personas de ella, que le tenían siempre enterado de cuanto pasaba.

Con el que más frecuente comunicación sostenía era con su amigo Villacorta; pero tuvo este la desgracia de que la guardia inglesa in-

terceptase una de sus cartas y como en ella daba á D. Simón noticias y datos que á los ingleses



convenía reservar, estos le formaron consejo de guerra, que le condenó á ser ahorcado y puestos sus cuartos en lugares públicos.

Villacorta, hombre apegado á la vida y sin ideas fijas respecto á nada; que con todo transigía, si se le ponía en apremio y con ello se evitaba molestias y perjuicios, recibió la noticia de su sentencia con verdadero terror.

Dándole vueltas en el magin á la consoladora idea de su salvación, consideró que D. Simón de Anda no le dejaría en la estacada y que mucho podía hacer por él. Eso sí, seguramente los ingleses pedirían alguna concesión de importancia; indudable tambien que D. Simón dado su carácter andaría remiso en hacerla; pero concluiría haciéndola ¡vaya! ¿qué podía ser para Anda más importante que la vida de un amigo?

Decidió, pues, escribirle y suplicó al Arzobispo que hiciere llegar la carta á su poder, explorando antes la voluntad del Gobernador inglés.

Así se hizo, sin hablar primeramente nada de concesiones; pero Drak que vió en el asunto una manera fácil y cómoda de salir de los aprietos en que le tenía puesto D. Simón de Anda, extremó la nota rigorista, dejando comprender, sin embargo, que se pondría en libertad á Villacorta á cambio de algun otro favor que á él se le concediera.

Varios propuso el Arzobispo y todos los desechó el inglés por insignificantes diciendo por último que solo accedería á lo pedido á condición de que Anda se retirase de la provincia de la Pampanga.

Fué el Arzobispo á comunicar estas noticias á Villacorta y éste escribió una carta para D. Simón, pintándole con negros colores su situación á la que le había llevado su deseo de servirle; le recordaba la antigua amistad que los

unía y le suplicaba que accediere á la petición del inglés, pues el retirarse á otra provincia en nada le perjudicaba *personalmente* y creía él además que tenía mucha más importancia salvar la vida de un amigo.

Aquella carta la recibió D. Simón de Anda, primero con profunda pena que no duró más que un instante para dar paso á un sentimiento de indignación.

Rápido como siempre en sus resoluciones, cogió la pluma y contestó á Villacorta. Este recibía á los tres días y de manos del propio Drak, la siguiente carta:

«He recibido la misiva que me mandais y
»deploro muy en el alma la apretada situación
»en que os ha puesto la suerte. Fíad en Dios
»y con su auxilio saldreis adelante, que yo estoy
»obligado á salvar la vida de la Pátria antes que
»la del amigo, y como tal no se muestra quien
»me pide la deshonra.

»Ruega á Dios por Vuestra Merced.»

»*Anda.*»

Figúrese el lector como quedaría de encogido el caballero Villacorta al terminar la lectura de aquella carta, que venía á ser un pasaporte para el otro mundo!

* * *

No sucedió, sin embargo, así; porqué la avaricia de los ingleses les llevó á considerar lo poquísimos que iban á salir ganando con la muerte de Villacorta y la conveniencia de cambiarle la pena de muerte, si esto les proporcionaba alguna utilidad, y así pensando acordaron por último, conmutarle aquella por la de prisión, mediante la cantidad de tres mil pesos.

Poco tiempo después, hechas las paces entre las naciones española é inglesa, recibió el Gobernador inglés orden de abandonar estas Islas; pero antes de salir publicó un edicto para que acudieran á él los que tuvieran que hacer alguna reclamación contra su Gobierno. Inmediatamente se presentó el Oidor Villacorta en casa de Brereton y le dijo:

—Vengo á reclamar los tres mil pesos que os dí por levantar la sentencia de muerte, y espero que seré atendido.

—Los tres mil pesos os serán devueltos al instante, señor Oidor—contestó Brereton—porque la justicia no debe ni puede comprarse con dinero; ahora mismo voy á mandar revisar la causa: si la sentencia es injusta el dinero es vuestro, y si es justa tambien os pertenece porque haré que se cumpla y sereis ahorcado.

El severo Oidor salió de allí como alma que lleva el diablo y no volvió á vérselo por la ciudad hasta que esta fué entregada por los ingleses á D. Simón de Anda.



LAS CAMPANAS DE QUIAPO



I, allá por el mes de Octubre del año de 1762, pudieron los ingleses posesionarse de la ciudad de Manila, valiéndose de las escasísimas fuerzas que la guarnecían, no les ocurrió ciertamente lo mismo con el afecto de sus moradores, que solo se rindieron ante la razón suprema de la fuerza y después de sangrientos combates en que demostraron que su arrojo y valentía superaban al de las fuerzas inglesas; pero la lucha era imposible ascendiendo estas á seis mil ochocientos treinta hombres y á seiscientos treinta las españolas.

Más de tres meses habían transcurrido desde la capitulación y en todo ese tiempo no habían logrado los ingleses captarse la adhesión de ningún filipino, que con tenaz resistencia pasiva creábanles grandes dificultades. Solo los chinos, con esa sumisión propia de su carácter, les obedecían y ayudaban, practicando una vez más la teoría de arrimarse al sol que más calienta.

Don Simón de Anda, tenía á los ingleses acorralados, á pesar de los pocos medios materiales de que disponía. La constancia, el valor y la fé del gran Oidor eran fuertes muros donde se estrellaban los cálculos y acometidas de aquellos, ya desalentados y maltrechos ante tantas dificultades, que les obligarían en plazo no lejano á evacuar la plaza.

Todo se volvían imprecaciones y amenazas mútuas. Renegaba el Gobernador inglés de Anda y del P. Remigio, de los Agustinos y de cuantos secundaban al primero en su patriótica empresa, jurando exterminarlos y poniendo precio á sus cabezas; maldecían Anda y el P. Remigio á los ingleses, se quejaban de sus atropellos, prometiáanse arrojarlos del territorio y ponían también precio á sus vidas.

Ni los ficticios halagos de Drak, ni sus arrogantes bandos, amenazando con crueles castigos á los que protegieran á D. Simón, fueron bastantes á mejorar aquel estado de cosas.

Pero es el caso que en esta constante lucha llevaban la peor parte los ingleses, cuya dominación se veía reducida al terreno que pisaban y aun esto con bastantes restricciones; y que las filas de Don Simón de Anda engrosaban visiblemente y sus tropas tenían tomados los pasos

que á Manila conducían, para impedir que en la plaza entrasen viveres, poniendo así en apuradísimo trance á los invasores, que se veían con muy escasos medios de subsistencia.

Las deserciones de los soldados de Drak menudeaban. Los americanos que ellos hicieron prisioneros pidieronles permiso para darles una fiesta dentro del fuerte y mientras los ingleses se hallaban más entusiasmados con una representación teatral, cuando los americanos acababan de hacer la parte que en ella les correspondía, se escaparon todos por un imbornal del fuerte, en tanto que seguía, con otros cómicos, la comedia entre alegres risotadas de los hijos de la nebulosa Albión.

Así estaban las cosas cuando llegó el tiempo en que los vecinos del arrabal de Quiapo celebraban la fiesta de su patrono y pidieron al Gobernador inglés permiso para ella.

Concedióseles en el acto, que no estaba el tiempo para negativas, y corrióse hasta regalarles pólvora para que hiciesen cohetes y otras zarandajas para el estilo que aumentasen el esplendor de la fiesta y el contento de los indios; organizaron además varios juegos y señalaron premios crecidos en metálico para los que en ellos vencieran. Con estas condescendencias trataba el Gobernador inglés de conquistar el afecto de los naturales y volver contra D. Simón las mismas dificultades que á él le creaban.

Y no iba descaminado en sus cálculos, porque engolosinados los indios con aquellas liberalidades iban reaccionándose en favor de los ingleses y hubo gran recocijo entre aquellos, cuando supieron la participación que en la fiesta

de Quiapo iban á tomar y los muchos regalos que para su mayor lucimiento habían hecho.

* * *
—Aseguro á vuestra merced decía el P. Remigio á D. Simón de Anda—que los indios de Quiapo están de parte de los ingleses. Ayer mismo fueron muchos á casa del Gobernador y le vitorearon; y es también cosa cierta que Drak costea todos los gastos de la fiesta de aquel arrabal, que será suntuosa y habrá en ella demostraciones de amistad entre uno y otros.

Anda se había quedado pensativo y después, levantando su noble y severo rostro, dijo al P. Remigio.

—¿Sabeis lo que pienso?

—Decid.—

—Pues que vamos á tomar parte en la fiesta. Así como así me hace falta fundir cañones.

—¡Cómo?

—Ya vereis! por lo pronto mandad un hombre que haga correr la voz entre los de Quiapo de que las campanas de la iglesia no tocarán, aunque se empeñe toda Inglaterra.

Grande fué la extrañeza del Padre Remigio, pero con la diligencia que le era propia cuando del bien de la Patria se trataba y sin meterse en más averiguaciones, mandó á Manila persona de su confianza que cumpliera el encargo de D. Simón.

Este por su parte extendió un despacho dando instrucciones á su Teniente General Bustos, que tenía plantado el campo en la hacienda de Malinta, primera avanzada de las tropas españolas.

* * *
El mandatario del P. Remigio cumplió bien

su encargo, pues como se extiende la gota de tinta en un vaso de agua, se extendió por toda Manila la extraña nueva de que en la fiesta de Quiapo no repicarían las campanas de la iglesia, llenando la noticia á unos de supersticioso temor, de disgusto á otros y de curiosidad á todos.

Los comentarios aumentaban y ya se añadía que D. Simón de Anda era el que iba á impedir que volteasen las campanas, para dejar burlados á los ingleses y á los de Quiapo, que así pensaban en diversiones, cuando sus compatriotas luchaban por la Patria.

Llegó la noticia, corregida y aumentada, á oídos del Gobernador inglés, quien desde luego supuso sería para desanimar á los indios é impedir la fiesta y con objeto de neutralizar sus efectos mandó colocar pasquines en todos los sitios públicos diciendo á los indios que no creyesen en patrañas propaladas por gente que los quería mal; que patraña grande y absurda era lo de las campanas y que él estaba dispuesto á que repicasen más que nunca.

*
* *

Todo es bullicio y algazara en el arrabal de Quiapo. Alegre multitud recorre las calles. Hombres y mujeres, limpios, aseados, con el traje de los días de fiesta, páranse ante las tiendas de comidas y juguetes que en pequeñas casetas se extienden alrededor de la iglesia. Bien cumplieron su palabra los ingleses: en árboles, en ventanas y balcones hay farolillos de colores; la torre de la Iglesia cubierta casi de vasos de luz, parece á lo lejos una custodia, sus-

pendida en el espacio. Los castillos de fuegos artificiales están preparados en una explanada. Los acordes de la música vibran en el aire.

Cien fusileros ingleses guardan las entradas del atrio, en previsión de cualquier acontecimiento.

Cuando es mayor el alborozo y se escapa de las calles un ruido sordo semejante al de una tormenta oyese á lo lejos un toque de cornetas y un disparo seco repercute en el espacio. Agitase la multitud y, como las ondas del mar se empujan unas á otras, los primeros que advierten el peligro, retroceden empujando á los que seguían estos á los de más allá, y de este modo se imprime un movimiento de vaivén á toda aquella gente.

—Ya están ahí por las campanas! grita una voz. Los fusileros se reconcentra; allá lejos se ve avanzar una masa negra. Es un piquete de Caballería, mandado por el propio Bustos, que se acerca con la expeluznante rapidez del paso de carga. El Jefe de los fusileros envía un recado á la plaza, pidiendo refuerzo.

Ya se percibe el choque terrible de los combatientes; la ola se aproxima..... y los fusileros la esperan. Un grito de horror se escapa de todos los labios..... La Caballería de Bustos con ímpetu ciego, con velocidad de locomotora, con furia de báguio, arremete á los fusileros, descompone sus filas, se abre paso, se revuelve como fiera enjaulada y los dispersa; por el lado opuesto llega otro grupo de patriotas que fuerza las puertas de la iglesia y entra en ella.



De repente se oye una gritaría espantosa; quinientos ó seiscientos chinos y cincuenta caballos descomen en la plaza.

Son los refuerzos que manda Drak, á las órdenes de un jefe

Bustos traba con ellos combate. La soberbia carga de lanza desbarata á los chinos que huyen en todas direcciones, como rebaño de ovejas sorprendidas por el lobo.

Y cuando los agresores se hartan de matar y de pisotear, vuelven grupas y se retiran vencedores hacia Malinta.

—¡A ver, fusileros!—grita el Jefe inglés, cuando se repuso de la sorpresa—A la torre de la iglesia y que repiquen las campanas!

Algunas risas siguieron á tan enfática orden.

Transcurrieron algunos minutos y las campanas no sonaban

Allá lejos desaparecía el pique de Bustos y las ondas sonoras extendían hasta Quiapo el *dim dom* de las campanas que se llevaba con grandísima sorpresa del Jefe inglés.



LAS LAGRIMAS

DE S. FRANCISCO



EL aire extendía en ondas sonoras el repiqueteo de las campanas y el alborozo de la ciudad. Eran las siete y media de la noche del 30 de Noviembre de 1645, en que Manila conmemoraba el aniversario de la gloriosa victoria obtenida por los españoles contra las numerosas huestes del corsario chino Li-Ma-Hong. Acababa de terminarse el paseo del

Real Pendón de Castilla y los vecinos se retiraban á sus casas en busca de la cena, para seguir después solazando el ánimo en reuniones y bailes que había preparadas.

La noche no brindaba ciertamente á buscar el reposo del lecho. En el firmamento de un azul purísimo, despojado de nubes, brillaban con intensos fulgores miriadas de estrellas; la luna envolvía en su blanca luz la alegre ciudad y reflejaba su plateado disco en las aguas de la bahía, que no rizaba la más leve ráfaga de viento.

Todo era regocijo y bullicio, lo mismo en las casas que en las calles; pero el dolor es compañero inseparable de la alegría, y á las sonrisas suceden las lágrimas; siempre el blanco y negro no se concibe al uno sin el otro; por eso van siempre juntos, haciendo surgir tristísimos contrastes.

Y es que los hombres se olvidan con frecuencia en su vana soberbia de su principio y de su fin empleando las energías de su cuerpo y de su espíritu al servicio de la inmoralidad y del egoísmo, malgastándolas en odios y rencores y llega un momento en que atrofiado el corazón, el alma sin fé y atiborrada la inteligencia de ciencia utópica, desafían con ridícula petulancia al mismo Dios, que los creó, sin comprender que la asquerosa saliva que lanzan para escupirle solo mancha, al caer, sus propias frentes.

Entonces, cuando llega ese estado de corrupción, es preciso un nuevo diluvio, un aviso prudente y desinteresado que les recuerde lo pasajero de la vida humana, breve peregrina-

ción en la que han de hacerse méritos para la eterna. Y eso ocurría en Manila á la fecha que referimos; que todo eran ódios y divisiones, egoismos é inmoralidades y que se hacía ya preciso un fuerte castigo que regenerase á sus habitantes.

* *

Cuando más descuidada se hallaba la ciudad entregada á sus diversiones, un relámpago intensísimo, de esos que hacen cegar por largo rato, incendió la atmósfera en luz violácea y un trueno formidable repercutió por el espacio, como descarga de potente artillería. Las aguas de la bahía, que antes asemejaban la superficie de un inmenso espejo, se revolvieron furiosas, encrespándose en olas elevadas que azotaban fuertemente la playa donde rompían sus penachos de plata; el río Pasig salió de su cauce, inundando los campos ribereños y extraños ruidos subterráneos tomaron parte en el aterrador concierto.

Los vecinos de Manila, sorprendidos bruscamente en medio de su algazara, llenáronse de espanto, de confusión y entonces se acordaron de su alma, cayeron en la cuenta de que hay un Dios justo que premia y castiga y las oraciones que aprendieron de pequeños acudieron á sus labios envilecidos por la calumnia y la maledicencia.

Un formidable temblor bamboleó los más fuertes edificios como si fueran de papel; las lámparas y cuantos objetos había colgados en las casas vinieron al suelo, aumentando el pánico y la confusión la falta de luces, que dejó las casas en profunda obscuridad; el temblor repitió á los pocos segundos con más intensidad

que el primero y las casas, ya resentidas por este, empezaron á desquiciarse, cayendo los maderos y los tabiques de mampostería con el desengranaje de aquellos. La desolación, aumentada por la obscuridad, era imposible de describir; solo se oían gritos de moribundos, ayes de heridos, los padres llamaban á sus hijos y estos á aquellos. Los que tuvieron la suerte de que no les cayera encima madero ni piedra, se ahogaban en aquella atmósfera de polvo, formado por el derrumbamiento de los muros.

Así pasó la noche y cuando sus sombras cedieron á la claridad del día pudieron contemplarse en toda su horrorosa magnitud los estragos habidos durante tan pocas horas. Debajo de los escombros y de los maderos se agitaban aún algunos infelices luchando por la vida.

De la hermosa Iglesia Catedral solo quedaba en pié la capilla y algunas paredes; la bóveda de Santo Domingo se había hundido y todos los demás edificios públicos y privados quedaron completamente inservibles.

*
* *

Aquella misma noche, antes de que comenzara el desgraciado fenómeno, el P. Guardian del Convento de San Fernando de Dilao, se hallaba en la casa de un indio principal de aquel pueblo llamado Alonso Cuyapit y ambos rezaban ante una imágen de San Francisco, hecha de madera y casi de tamaño natural.

Esta imágen era propiedad de Cuyapit y sus milagrosos hechos le habían llevado la devoción de todo el pueblo y muy especialmente la de su dueño y la del P. Guardian, los cuales le rezaban todas las noches. En tan piadosa prác-

tica les sorprendió el temblor; redoblaron entonces sus oraciones pidiéndole amparo. Tenían ambos puesta su angustiada mirada en la sagrada imagen, cuando vieron con asombro que sus brazos se separaron y se abrieron completamente elevando el derecho, en cuya mano tenía un crucifijo, como implorando misericordia del cielo.



— Mirad su rostro, Padre Guardian. Está llorando!

El Padre Guardian se acercó lleno de sorpresa y en efecto dos gruesas lágrimas corrían por las mejillas del Santo y Cuyapit, asom-

brado, como si no diese crédito á sus ojos, sacó el pañuelo y enjugó aquellas lágrimas y otras que brotaron y ya no hubo lugar á duda: el pañuelo quedó mojado como si lo hubieran metido en agua.

Tan milagroso hecho hizo que el Padre Guardian y Alonso Cuyapit no se dieran cuenta ni se angustiaron de la horrorosa situación; apenas cesaron los temblores el santo volvió á cerrar los brazos como los tenía antes.

Debidamente testimoniado y autorizado este milagro, se llevó á la Iglesia del pueblo la imagen; y después los Cabildos eclesiástico y secular ordenaron que se trasladase en solemne procesión á la Iglesia de S. Francisco, como se hizo, votándolo por Patrono y Abogado de los temblores.

Desde aquella época se venera con el nombre de *San Francisco el de las Lágrimas*.



UNA IMAGEN DE HISTORIA



SEÑORA muy principal y por ende muy devota, era D.^a Ana López de Mirandilla mujer legítima de D. Fernando de Castro y otras hierbas, Oidor de esta Real Audiencia. Tal era su noble alcurnia que podía decirse que contaba los blasones por docenas, y aunque no pudiera afirmarse que se hallaba tan

repleta de metales como de heráldica, gozaba de la posición muelle y regalada que el pingüe cargo de su señor y esposo le proporcionaba y podía sostener sus puntillos aristocráticos, como la más encopetada señorona de la noble y siempre fiel ciudad.

Era una mujer muy cabal la ilustre D.^a Ana, y en el fondo y quitando la corteza de sus orgullos, señoriales un pedazo de pán; dispuesta lo mismo á pelearse por blasón más ó blasón menos, que á otorgar una merced y enjugar una lágrima. Era religiosa sin mogigaterías y excelente esposa sin excesos de cariño y nunca el bueno del Oidor, hubiera podido soñar mujer tan bien nacida y completa para encanto de su alma y recreo de sus sentidos.

Pues señor, llegó un día, en que sin que se sepa porque causa, ni el saberlo importe mucho, para la verdad de esta historia regalaron al Sr. D. Fernando, tres soberbios troncos de magnífico molave, que el magistrado metió en uno de los desvanes de su casa, sin saber que hacerse de semejante estorbo, y sin tirarlos como fué su primera intención por si algún día encontraba para ellos digno empleo.

Y así pasó el tiempo, acordándose el oidor tanto de la soberbia madera como cualquier cristiano rancio se acuerda del moro Muza; hasta que llegó un día en que á D.^a Ana, se le ocurrió mandar que le hiciesen un Santo Cristo de las Angustias, al que profesaba especial devoción, y cate V. que al pasársele por las mientes esta idea en el momento mismo le vino también el recuerdo de los troncos que en el desván dormían el sueño de los justos, y que venían co-

mo llovidos del cielo, como pintiparados, para que con ellos tallasen la sagrada imagen.

Doña Ana, era una mujer decidida, y acariada una idea en el magin, poco ó nada tardaba en ponerla en práctica con toda la decisión de una voluntad firme y todos los entusiasmos de un capricho; concebido el proyecto enseguida trató de llevarlo á su cabal ejecución; pero la empingorotada señora no contaba con la huésped y la huésped era precisamente que en aquellos tiempos, no se encontraba ni con un candil en toda la ciudad fundada por el adelantado Legazpi, ningún escultor que pudiese tallar la santa imagen tal como la deseaba y presentía D.^a Ana, entre sus entusiasmos de asceta y sus refinamientos de artista.

II

Punto menos que abandonado se hallaba ya el proyecto concebido por la mujer del Oidor, en vista de las dificultades que para su realización se presentaban, cuando un día que la devota señora, se hallaba asomada á uno de los balcones de su casa, dándole vueltas á aquella idea que con tal obstáculo había llegado á adquirir la fuerza de un deseo loco, vió pasar por la calle á un hombre, que á juzgar por las herramientas que llevaba sobre el hombro debía de ejercer el humildísimo oficio de carpintero. Vestía pobremente, tan pobremente, que en su traje revelaba hallarse más sobrado de hambre que de trabajo, de miserias que de comodidades.

Sin embargo, á pesar de su destrozado y misérrimo aspecto, algo había en aquel hombre que atraía, que subyugaba; no sé que extrañas reconditeces en sus miradas, no sé que severa majestad en sus ademanes; su tez pálida, con esa palidez mate de los hebreos; su negra barba; su espesa cabellera en la que relucían algunas canas, contribuían á darle ese sello de augusto reposo que parece el carácter distintivo de los hombres de superior espíritu.

Doña Ana tuvo una idea repentina; una de esas ideas que vienen al cerebro más como una inspiración que como un acto reflexivo y que pesan sobre el ánimo con imperiosa fuerza.

—Buen hombre—gritó la aristocrática dama.

El carpintero levantó la cabeza; fijó una mirada límpida y penetrante en la esposa de D. Fernando, y después, y como comprendiendo lo que significaba la llamada, penetró resueltamente en el portal y pocos minutos después se encontraba delante de D.^a Ana.

—Me llamaba su señoría—dijo con un acento armoniosamente dulce.

Su Señoría quedó algo turbada: realmente ¿para qué llamaba ella á aquel pobre carpintero?

—Os llamaba sí—dijo—pero veo que es inútil, porque la obra que os iba á encargar no creo que la podais hacer.

—Quien sabe, señora—contestó el carpintero, mientras una sonrisa extraña vagaba por entre sus pálidos lábios—Veamos de que se trata y procuraré complacer á vuesa señoría.

—Deseo poseer una imágen, una imágen de Nuestro Señor de las Angustias, por el que siento singular veneración.

—Una imagen del Cristo de las Angustias? Si no se trata más que de eso, y vuesa señoría me la encarga, creo que saldrá á su gusto.

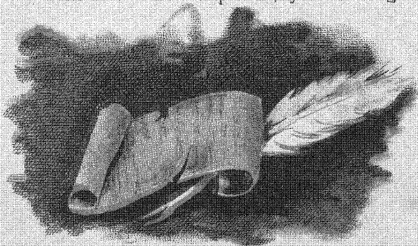
Doña Ana dudó un momento; pero bien pronto se repuso y pensando que después de todo, con intentar la prueba nada se perdía llevó al carpintero al desván donde guardaba los troncos de molave y le dijo:

—Aquí teneis la madera.

—Está bien señora; en este mismo desván trabajaré.

III

Y sucedió una cosa rara: que D.^a Ana, se olvidó en absoluto del carpintero, y del encargo



que le había dado y de la promesa, que de cumplirlo fiel y cabalmente, éste le hiciera; pero como la memoria viene á ser una especie de rodillo, que dando vueltas en las profundidades del cerebro, casi con metódico orden presenta los recuerdos, al cabo de tres días la dama cayó

en la cuenta de lo sucedido y preguntó á los criados por el carpintero. Ninguno lo había visto.

Doña Ana subió al desván, y entre asombrada y confusa, vió que en el centro del mismo, y bañada por los rayos de un sol espléndido, se alzaba una imágen, la imágen del Cristo de las Angustias, tan admirablemente tallada, que parecía que en el peregrino trabajo habían tomado parte los mismísimos ángeles; en cuanto al carpintero no había rastro de él.

.

La historia; corrió por la ciudad, corregida y aumentada como sucede siempre con las noticias estupendas; quien decía que aquello era cosa del Diáblo, aunque mal se avenían las naturales intenciones del cornudo monarca, con la santidad de la imágen; quien afirmaba que el carpintero era nada menos que San José, bajado á la pecadora tierra, para realizar semejante milagro; lo que haya de cierto yo no lo sé, porque el rancio pergamino que habla de este suceso, se halla tan apolillada é ininteligible en sus últimas páginas, que no he podido sacar en claro el fin de esta peregrina historia.



APÉNDICE



APÉNDICE

NOTAS HISTÓRICAS

I



ASI todas las Tradiciones, que contiene este tomo, se hallan inspiradas ó extraídas de la Historia del Padre Fray Juan de la Concepción, Recoleta Agustino Descalzo, obra publicada bajo el título de «Historia General de Filipinas, conquistas espirituales y temporales de estos españoles dominios, establecimientos, progresos y decadencias» é impresa en estas islas, en catorce volúmenes, en el año de gracia de mil setecientos ochenta y ocho.

Es indudablemente el P. Concepción, uno de los historiadores de más fuste de todos los sucesos de la conquista y dominación de estas lejanas tierras, y su libro uno de los más notables que han visto la luz pública en este Archipiélago, que en este como en otros géneros literarios, se halla tan atrasado, que apenas si ha empezado á espigarse en ellos con al-

guna que otra obra más ó menos digna de admiración y estudio, y que más suponen un esfuerzo generoso, que un fin práctico.

Tiene el libro de P. Concepción, achaque propio de todos los de su género en aquellas épocas, el defecto de admitir toda clase de hechos, aún los más fabulosos, sin comprobación alguna, pero repetimos que este defecto es propio de todos los historiadores antiguos, y no seremos nosotros seguramente los que insistiremos sobre él, máxime cuando esos hechos fabulosos ó extraordinarios nos han dado motivo para alguna que otra tradición, pues sabido es que las tradiciones, no son otra cosa, que hechos históricos alterados ó exagerados al transmitirse de padres á hijos, y Filipinas hasta ahora carece, por lo menos nadie las he recogido, de tradiciones eminentemente populares.

* * *

También han sido examinadas, la Historia del sabio Jesuita P. Delgado, reproducida en el Tomo I.º de la «Biblioteca Histórica-Filipina», creada por D. José Gutierrez de la Vega; la «Historia General de estas Islas», compuesta por el R. P. Fr. Joaquín Martínez de Zuñiga é impresa y publicada en Manila el año 1803; la Crónica de la provincia de San Gregorio Magno, escrita por el R. P. Fr. Francisco de Santa Inés el año de 1676, y otra porción de libros de menor importancia, que sería largo y molesto de enumerar.

Y esto dicho, lector, si eres aficionado á cosas históricas, en las siguientes notas verás algo referente á los hechos que forman el asunto de las anteriores Tradiciones.

II

LA CRUZ DE MAGALLANES

El hecho que informa esta tradición, lo reconocen casi todos los historiadores, y con relación al mismo y otros análogos dice el P. Sta. Inés.

«A este se siguieron otros sucesos no menos felices, con que acreditó Su Magestad, la predicación de los primeros Ministros del Evangelio, ya con la conversión y vocación de la sobrina de Tupas, el que gobernaba la Isla de Cebú; ya con los milagros evidentes, como fué el de un viejo gravemente enfermo, que sanó instantáneamente y cobró fuerzas corporales con el agua del Santo Bautismo, y con los de las dos cruces, que en el primer descubrimiento de Magallanes, y en el segundo del Adelantado se arbolaron en aquel lugar, que siendo la una de cañas, le tuvo tan gran respeto el fuego que ardía en las casas circunvecinas, que cuando con más actividad llegaba á la peana de la cruz, que también era de cañas secas, en besándola se retiraba y encogía, con admiración de todo el ejército que fué testigo de la maravilla. De la otra cruz cuenta Antonio de Herrera, (*Decad 3, lib. 1, cap. 9 y lib. 3. cap. 12*) que muchos indios juntos no la pudieron derribar, por más que lo procuraron.»

III

LA CONVERSION DE TUPAS

La conversión de Tupas no fué una vana

fórmula; su amistad no fué una hipocresía; una y otra sinceras en el fondo ayudaron grandemente á la dominación pacífica de la extensa y rica región cebuana de que aquel era rey y único señor. No siguió Tupas los pasos del Régulo Hamabar, que después de haber sido bautizado solemnemente por propia petición, después de conseguir que los españoles peleasen con el arrogante Calipulaco, les preparó con refinada hipocresía, horrible asechanza, en la que perecieron la mayor parte de aquellos primeros expedicionarios, tan intrépidos como dignos de mejor suerte.

Hombre superior á los suyos, Tupas se sintió deslumbrado por la civilización europea y atraído por las prendas personales del enviado del poderoso Rey de Castilla. Así es que desde el primer momento y sin que apenas las armas de Legazpi jugasen, sometió su comarca al dominio de España, y trabó con los conquistadores sincera amistad.

*
* *
*

El casamiento de la sobrina de Tupas, con el calafate de la Armada de Legazpi, Maestre Andrea, no solo fué una prenda de alianza, no solo fué la unión de las dos razas, sino también el primer matrimonio católico que en estos países se celebraba; los indios tuvieron ocasión de observar el contraste que surgía entre sus matrimonios y los de los cristianos; estos tan sencillos en la forma como sublimes en el fondo; aquellos, tan sobrecargados de estrafalarias ceremonias como desprovistos de sentimiento y fijeza.

Al llegar á este punto, y por creer que el curioso lector, no hallará desapacible su lectura, cedemos el puesto á la galana pluma del P. Delgado, copiando algunos párrafos del Capítulo XIII de su obra «Historia General Sacro-Profana, Política y Natural de las Islas del Poniente llamadas Filipinas» en cuyo capítulo trata concienzudamente de los «Usos y costumbres en los casamientos de los Filipinos».

«En las celebraciones de los matrimonios, tenían ceremonias especiales, estos naturales de Filipinas, no muy diferentes de las que se acostumbran en toda el Asia; porque el varón compraba absolutamente la mujer por el precio que se le tasaba según su cualidad y principalía; la cual mientras era más noble mayor había de ser el dote ó la paga que por ella se daba, y aún hasta ahora se usa este modo de esponsales; cohonestándose con decir que el marido ha de dotar á la mujer v. gr.: en tanta plata, tanto oro, tantos esclavos, y otras alhajas para el vestido y uso de la que se casaba. Hecho el concierto del dote, se pone pena al que volviere atrás, pero á trueque de ganar la pena suelen á veces tener en poco el ser despreciadas, porque á lo menos se quedan con todo ó parte del *arí*, que llaman los tagalos y *bahandi* los visayas. Aunque es verdad, que si los que se obligaron fueron solo los padres, pueden los hijos apartarse del contrato sin pagar nada; pero esto es cosa rara, y en esto también suele haber aún ahora (aunque está prohibido con penas) otro género de trato que es el que llaman en visayas, *pangágar* y es que el varón ha de servir al padre de la mu-

jer en su casa por tiempo determinado; en todo lo que le mandare, como en hacer sembrera y servir en calidad de criado ó como hijo en casa, la cual costumbre parece demandada de los israelitas, como Jacob servía á Laban siete años, cuidando el ganado, por casarse con Raquel. Y si esta costumbre no tuviera muchos inconvenientes, no fuera mala; la razón que tienen ellos de esto, es experimentar si es de buenas costumbres, obediente y del agrado de la mujer, ó si tiene algunos vicios, que desagraden, como el ser borracho, jugador, ó alguna otra mala maña.»

Acabado el tiempo del servicio personal se hace la entrega del dote, no á la mujer sino al padre y parientes, y se pone precio á todas las alhajas que se entregan, los cuales precios son sumos, para que el casamiento sean de mejor fama, y el varón ha de hacer después los gastos de la boda y convidados. Estos son según la cualidad de las personas: porque si son *maguimco* ó datos, ha de acudir toda la parentela á comer y á beber, que es lo principal. En lo cual hallo yo de malo, que el dote, que el visaya llama *bugey*, y el tagalo *bigay-caya* lo convierten los padres y parientes en propia substancia, y nada por lo común ven los casados, y por esta ganancia se alegran más de tener hijas que hijos estos naturales, aunque algunas veces por razón de que son obedientes, y sirven á sus padres quedan en casa, y úsase de común lo que se ha dado de dote hasta que mueren los padres ó se apartan, que entonces les suelen dar algo.»

.

paz y tranquilidad en adelante. No usaban estos naturales en su antigüedad la poligamia, contentándose con una sola mujer: así entre los tagalos estaba prohibido admitir más mujeres, propias, y las demás que solían tener, eran como concubinas á quienes nombraban *sandil*; asimismo tenían mucha cuenta en que la mujer con quien se casaban, fuese de su misma parentela *barangay* ó tribu: exceptuando el primer grado de consanguinidad, que era impedimento dirimente del matrimonio. Este no era indisoluble, antes sí, sucedía muchas veces que se repudiaban y casaban con otras, lo cual se hacía en esta forma: que siendo por causa de la mujer, volviendo el dote al marido, quedaban libres, y si era por causa del varón, no se volvía nada, sino que se apartaban sin ninguna solemnidad, quedando libres para casarse con otros; lo cual ejecutaban frecuentemente en su gentilidad.»

.
.
.

IV

UN RETRATO FAMOSO

Este peregrino hecho del retrato ocurrido en la portería del Convento de San Agustín á la hora misma en que el valiente caballero é insigne gobernante D. Gómez Pérez de Dasmariñas moría desastrosamente en Punta de Azufre á manos de los remeros chinos de la Capi-

tana, lo consignan casi todas las Historias de Filipinas, lo cual es elocuentísima prueba de su autenticidad.

Véase como el cronista de la provincia de San Gregorio Magno, en su obra citada anteriormente, describe este triste suceso:

«Embarcóse el Gobernador el día 16 de Octubre del año 1593, llevando en su compañía hasta unos ochenta soldados españoles, todos escogidos y algunos de su familia; y además de éstos, cantidad de indios y de otra gente de servicio de guerra. Embarcóse también en la misma galera el siervo de Dios Fr. Francisco de Montilla, religioso de nuestra Orden, el cual iba en compañía del Gobernador, por haberlo pedido así al Provincial para su consuelo espiritual, que era muy grande el que tenía, según él decía, con la comunicación de aquel santo religioso.»

«Zarpó del puerto de Cavite con mucho alborozo, que duró poco, porque al salir de la bahía de Manila por la boca de Mariveles (que es una isla llamada así) y montar los bajos de Tuley, comenzó la brisa (monzón ó viento ordinario de aquel tiempo) á soplar por la proa y fatigar á los bajeles, de suerte que se hubieron de apartar unos de otros y tomar cada uno el paraje que pudo de la costa, y no el que quisiera; pero vencida la dificultad de los vientos y corriente en contra, se vinieron á juntar, á veinticinco del mes, antes de llegar á una punta que llaman de Azufre, muy cerca, según dicen, ó en la misma costa de Luzón. Allí volvió otra vez, á soplar el viento por la proa, con lo cual estuvieron porfiando todas

las embarcaciones por doblar aquella punta hasta las cinco ó las seis de la tarde; y viendo que no cesaba el viento determinó el Gobernador de surgir y hacer tienda allí aquella noche. Las demás embarcaciones, que eran más ligeras, pretendían doblar aquella noche la punta pareciéndole que podían hacerlo con facilidad, y más no yendo con la pausa de la galera. Dijéronselo así al Gobernador, y que con eso tendrían más lugar en Cebú de aprestarse de lo necesario, y que por ventura estaría ya hecho todo cuando la galera llegase. Concedióles la licencia que pedían con mucho gusto, y les dijo que en llegando se diesen prisa en la provisión del matolaje, para que no se detuviese allí mucho la Armada, y que esto mismo le dijese á su hijo D. Luis, que ya iba adelante con el golpe de las embarcaciones y con cargo de subteniente de Capitán general.»

«Estando aquí surta la galera; los chinos bogadores sea porque apurados del trabajo de la boga, sea por la codicia de doce mil reales de á ocho que el Gobernador había mandado embarcar consigo para la paga de los soldados y gastos de la jornada, trazaron de dar en la cabeza á los españoles y, alzarse con la galera al cuarto del alba, cuando todos estuviesen durmiendo. Como lo trazaron así lo ejecutaron el día siguiente, con tan infeliz suerte nuestra, que de los ochenta soldados españoles, solo quedaron con vida diez y ocho, y con ellos algunos marineros y cuatro esclavos del Gobernador que se echaron al agua. Porque repartidos los chinos en tres cuadrillas, los más esforzados á la popa y otros en la proa y cuerpo

de la galera, y todos con armas, á la hora señalada, dieron, sin ser sentidos ni hablar palabra, sobre los que estaban bien dormidos y más descuidados, alanceando á unos y degollando á otros; y con tan buena prisa y maña que en menos de un cuarto de hora eran ya señores de la galera y ninguno se les escapó sino los que se arrojaron al agua. ¡Cuán poco aprovechar la valentía, armas y pertrechos, si falta la vigilancia! Más necesaria es ésta particularmente en el mar, entre las tinieblas de la noche, que á la luz del día. Cosa cierta es, que había en aquella galera algunos, y entre ellos el Gobernador, tan hombres por su persona, que si se hallaran prevenidos, bastaban con sola su espada y su rodela, á hacer rostro á todos los chinos.»

«El Gobernador, que de día no reposaba, se halló á la sazón debajo de escotilla, en su cámara, durmiendo: despertó al ruido, y entendiéndolo que la galera garraba (que es el peligro ordinario de aquel paraje) fué á salir en camisa y calzón blanco por la escotilla dando voces y diciendo *¿Qué hay, hémonos de ahogar?* Y al sacar la cabeza se la partieron con sus catanas, los traidores chinos, que ya le estaban esperando. Volvióse á meter herido, y recostado en la cama, con el recado de su orden en la mano y abrazado con una imagen de la Virgen Nuestra Señora que traía consigo, entre estos dos refugios, abonos de su piedad, que después se vieron bañados en sangre, dió su alma al Señor. Murieron asimismo, partidas las cabezas, en la puerta de la escotilla algunos criados del Gobernador, y otras personas que pretendieron salir por ella.»

• • • • •
• • • • •
• • • • •

«Algunas conjeturas no pequeñas hubo tocante á este fracaso, y en especial una ó dos, por donde conocer que no fué acaso ni por causas solamente naturales. Lo ocurrido fué, que el mismo día que sucedió la pérdida de la galera y la desgraciada muerte del Gobernador en la mar, en Manila se hundió un pasadizo y parte de un cuarto del palacio del mismo Gobernador, y en la portería del Convento de San Agustín, donde estaba retratado entre otros varones de la órden de Santiago, como caballero que era de ella, la pared en que estaba este retrato se hendió de alto á bajo, partiéndose por en medio la cabeza del Gobernador, por fortuna en señal de que así se la partían entonces en la galera los chinos con sus catanas y que la armada y empresa se deshacía y desbarataba con su muerte.»

V

LO QUE VALE UNA LAGRIMA

El Doctor D. Antonio de Morga, uno de los más conspicuos gobernantes que han tenido estas islas, manejando de igual manera la pluma que la espada dejó escrita una notable Historia de Filipinas, en la que se describe la batalla naval en que fué vergonzosamente derrotado el famoso corsario Oliverio de Nort.

Dice Morga: «El miércoles 13 de Diciembre

de mil y seiscientos años, á la hora concertada se levaron ambas naos, Capitana y Almiranta de Mariveles y (sirviéndolas el tiempo, aunque escaso) navegaron lo restante de la noche la vuelta de Baleitigui, sin haberlas podido seguir las dos carcoas de servicio; por haber más picada con fresco Nordeste que fueron atravesando á la otra banda, por dentro de la bahía, al abrigo de la isla, y cuando vino á rayar el día, se hallaron ambas naos de la armada sobre la punta, descubriendo á sotavento, una legua á la mar, las dos naves del corsario, surtas, que luego como se conocieron las nuestras, y que traían en las gavías banderas de Capitana y Almiranta, se levaron de do estaban, y hicieron vela, habiendo reforzado la capitana con una barcada de gente que sacó de su almiranta, la cual arribó á la mar, y la Capitana se tuvo orza con la armada, disparando algunas piezas de alcance; la Capitana de la armada, que no podía responderle con su artillería, por ir cerradas las portas, y amurada de la banda de estribor, tomó resolución de arribar sobre el enemigo, y se aferró con su capitana por la banda de babor, barriéndole y limpiéndole las cubiertas de la gente que sobre ellas traía; echóle dentro una bandera con treinta soldados, y algunos marineros, pue se apoderaron del castillo, y cámara de popa tomádoles las banderas de gavía, y cuadra y estandarte que tenían arbolado en popa, de colores blanco y azul y naranjado, con las armas de el Conde Mauricio. Desaparejósele el árbol mayor y mesana de toda la jarcia y velas, y se le tomó una barca grande que traía por popa. El enemigo que se había

retirado debajo de las jaretas, viendo sobre sí dos navios de tanta determinación, envió (por rendido) á pedir al Oidor el partido, á que estándole respondiendo, debiendo el Almirante Juan de Alcega, conforme á la instrucción que el Oidor el dia anterior le había dado, de barloar juntamente con la Capitana y aferrarse á ella, pareciéndole que ya aquello estaba acabado, y que la almiranta del Corsario se iba alargando, y que sería bien tomarla, dejando las Capitanas arribó á popa sobre Lamberto Vezman, con todas las velas, y le siguió hasta ponerse con él. Oliver de Nort que se vió solo, y con mejor navío y artillería, que el Oidor tenía, no esperó más la respuesta del partido que primero pedía, y comenzó á pelear de nuevo con su mosquetería y artillería. Fué de ambas partes tan confiado y reñido el combate, que duró más de seis horas, entre las dos Capitanas, con muertes de ambas partes; pero siempre el corsario llevaba la peor, pues de toda su gente no le quedaron vivas quince personas, y esas muy estropeadas y hechas pedazos. Últimamente el corsario se puso fuego en su nao, cuya llama salía alta por la mesana y parte de popa; fué necesario al Oidor, por no peligrar en su nao, recoger la bandera y gente en la del enemigo, y desaferrarse y apartarse de él, como lo hizo, hallando que su nao con la fuerza de artillería de tan largo combate (como navío poco fortificado) se había abierto por la proa, y hacía tanta agua, que sin poderla vencer se anegaba; el corsario viendo el trabajo de su contrario, y que no le podía seguir, se dió prisa con la poca gente que le

quedaba, á matar el fuego que su nave tenía y habiéndole muerto, se puso en huida con el trinquete, que le había quedado, y destrozado por todas partes, y desaparejado y sin gente, llegó á Borneo y la Sunda, donde fué visto, tan acabado y deshecho que parecía imposible navegar y pasar adelante sin perderse. La Capitana de los españoles, que estaba bien ocupada en buscar el remedio de la necesidad en que se hallaba no pudo ser socorrida por estar sola y lejos de tierra, con que se fué á pique, con tanta brevedad, que ni desarmarse pudo la gente, ni apercibirse de cosa que les pudiese valer. El Oidor no desamparó la nao, aunque algunos soldados se apoderaron de la barca que traía por popa, para salvarse en ella, y le decían se metiese dentro, con que se hicieron á lo largo y se fueron, porque otros no se la quitasen.

Anegada la nao (con las banderas de cuadra y estandarte del enemigo, que consigo traía el Oidor) anduvo nadando cuatro horas, y vino á salir á un islote despoblado, dos leguas de allí, muy pequeño llamado Fortuna, donde también se salvó alguna gente de la nao, que tuvo más ánimo para sustentarse en la mar; otros perecieron y se ahogaron, pues aún no se habían desarmado»

.
.
.
.

* * *

El hecho de la muerte del P. Diego Santiago, ocurrida en el naufragio de la Capitana, cuando la lucha con Oliverio de Nort, por prestar los

auxilios de su sagrado ministerio á un moribundo es rigurosamente histórico; lo consigna el notable historiador citado al principio de este apéndice, P. Concepción en la página 398 del Tomo III de su «Historia general de Filipinas».

Dice así dicho historiador: «En este lance tan fatal (habla del naufragio de la Capitana) un mozo de calidad castellano dió voces debajo de la cubierta, á donde mal herido lo habían retirado: llamaba al Padre Santiago, que le oyese de confesión, porque le iba en ello la salud eterna: conocía el Padre el peligro de su vida, acudió al miserable, cuando la nave se iba ya hundiéndose: remedió al penitente, y rompiendo su sotana de alto y bajo para que no le embarazase, se arrojó al agua, cogióle un remolino, que sorbiéndosele, no pareció más ni se halló su cadáver.»

Las variaciones introducidas en la historieta, son como fácilmente se comprende, pura invención de la fantasía.

VI

ENTRE DOS DEBERES

El hecho que sirve de asunto á esta tradición es rigurosamente histórico; tanto en la «Historia de los Dominicos», como en la del P. Martínez de Zúñiga, se afirma que una india que tenía amores con un chino, reveló al Cura Párroco de Quiapo, el proyecto del alzamiento general de los Sangleyes. El Cura comunicó la importante nueva al Arzobispo de Manila D. Miguel Bena-

vides, y este ilustre señor la puso á su vez en conocimiento de D. Pedro Bravo de Acuña, que gobernaba estas islas en aquella época.

Se ha supuesto en la historieta que Mameng, se hallaba casada con un chino, para darle más realce literario; pero esta pequeña variación en nada altera la verdad del suceso tomado fielmente de la Historia.

Transcribimos aquí, á título de curiosidad, la descripción que de este alzamiento, brevemente indicado en la tradición, hace el agustino, P. Joaquín Martínez de Zuñiga, en su «Historia de las Islas Philipinas».

«Había en Manila un sangley, que se había quedado desde el tiempo de Li-Ma-Hong, que se llamaba Engkan, estaba bautizado, era muy rico, y amigo de muchos españoles, el cual ofreció en nombre de los de su Nación hacer un parapeto de los que se fabricaban en la muralla, para hacer este servicio.»

«Comenzóse la obra, y se empezó á sospechar de la fidelidad de los sangleyes, el Gobernador quiso examinar sus intenciones por medio de sus contrarios los japones, de qué resultó por falta del secreto de estos, que se empezó á divulgar entre los sangleyes, que el Gobernador quería matarlos con ayuda de los japones, y resolvieron entre ellos alzarse, entrar en Manila la víspera de San Francisco por la noche, y degollar á todos los españoles. Veinte y cinco mil sangleyes tenían tramada la traición, que se descubrió por una india, que dió aviso al cura de Quiapo, el cual dió parte de todo al Sr. D. Fr. Miguel de Benavides del

Orden de Sto. Domingo, que gobernaba el Arzobispado, para el cual estaba electo, y éste lo participó sin demora al Gobernador, para que pusiese remedio. Dos clases de chinos había entonces en Manila: unos que venían anualmente al Comercio, y otros que estaban aveciñados en una Alcayzeria, que llamamos Parian, extramuros de la Ciudad, donde cuidaban los Padres Dominicos de convertirlos á la fé, y les administraban los Sacramentos en una Iglesia, que para este efecto tenían en aquel sitio. El Gobernador procuró sosegar los ánimos de los viajeros chinos, que eran muchos, pero esto no impidió, que se juntase en un lugar á media legua de Manila un gran número de Sangleyes en ademán de motin, quedando en el Parian los restantes. Hizo confianza el Gobernador del sangley Engkan y lo envió en compañía de algunos españoles, para que los sosegase, pero nada se consiguió de los alzados, que fortificados en aquel sitio se creían superiores á los nuestros. Por la noche salieron alguno de ellos y quemaron, los pueblos de Quiapo y Tondo y mataron muchos Indios. Fueron contra ellos ciento treinta y cinco españoles, y casi todos perecieron á sus manos, entre otros murieron D. Luis Dasmariñas, D. Tomás Bravo, y D. Juan de Alcega, cuyas cabezas enviaron al Parian, para mover á los de su Nacion á que siguiesen su partido. Se averiguó, que el sangley Engkan era el principal motor de la rebelión, y se le puso preso, lo que hizo tal moción en otros muchos Chinos, que se ahorcaron desesperados.»

«Viendo los Españoles, que no les quedaba

más recurso que el de las armas, se esforzaron á pelear, y vencer con su valor la muchedumbre de los enemigos. Era común el riesgo y así no fué difícil el que tomasen las armas hasta los Religiosos, en particular Fr. Antonio Flores, que había sido soldado en Flandes é Italia, y se halló en la batalla de Lepanto de alférez de D. Bernardino de Meneses, y después tomó el hábito de San Agustin; se colocó en un sitio del río, por donde debían pasar los alzados, para unirse con los chinos del Parian, é hizo en ellos grande estrago. Se dice, que San Francisco se apareció en la muralla, poniendo terror á los sangleyes, cuando quisieran escalarla, con su ayuda los rechazaron los nuestros con facilidad. Entonces se retiraron al Parian, y á Dilao, donde se hicieron fuertes, y tenían sitiada la plaza, salió el capitán Gallinato, les quemó el Parian, y los desaloxó de Dilao, y el capitán Luis de Velasco los persiguió hasta *Tabuco*, que ahora llamamos Cabuyao. No pudiendo mantenerse los chinos, siguieron á San Pablo de los montes, donde mataron á Velasco que los perseguía, y á dos Padres Franciscanos, y se fortificaron también, que fué preciso juntar contra ellos otro ejército. El Sargento mayor Christoval de Acuña, fué encargado de esta expedicion, procuró quitarles los víveres, y los reduxo á tal miseria, que no pudieron menos de dexar aquel sitio, por no morir de hambre. Una noche se huyeron á Batangas, siguiólos nuestra tropa, y acabó ahí con ellos habiendo muerto en los diferentes combates veinte y tres mil hombres, porque de todos los alzados solo quisieron dexar vivos ciento, para que remasen

en las Galeras, y sirviesen de escarmiento á los de su nación, que quedaron vivos por no haver tenido parte en el alzamiento, ó que viniesen de nuevo á establecerse en Manila, para cuyo efecto se mandó ahorcar al chino Engkan, y poner su cabeza en una jaula.»

* * *

Como suponemos que al lector le gustará saber el fin que tuvo aquel pícaro Tiongong, que tan importante papel jugó en el alzamiento de los chinos, transcribimos aquí una carta del visitador de Chincheo, reproducida por el Sr. Comenge, en su obra «Cuestiones Filipinas: los Chinos» recientemente dada á la estampa.

Dice así este documento:

«AL GRAN CAPITÁN GENERAL DE LUZÓN

»Por haber sabido que los chinos que iban á tratar y contratar al Reino de Luzón; han sido muertos por los españoles é inquirido las causas de estas muertes, y rogado al rey que haga justicia de quién ha sido causa de tanto mal, para que se ponga remedio en adelante, y los mercados tengan paz y sosiego. Los años pasados; antes que yo viniese aquí, por visitador, un sangley, llamado Tioneg (*Tiongong*, le llaman los PP. *Concepción y Zúñiga*) con tres Mandarines, con licencia del Rey de China, fué á Luzón, á Cahuit á buscar oro y plata, que todo fué mentira porque no halló ni oro ni plata. Y por tanto rogué á el Rey castigase á este engañador de Tioneg; para que se entendiese la justicia recta que se hace en China. En tiempo del Visorrey y Capado, (*Eunuco*) pasados, fué cuando Tioneg, y su compañero Yan

glion, dijeron la mentira dicha; y yo, después acá, rogué al Rey, hiciese trasladar todos los papeles de la causa de Tioneg, y que mandase llevar al dicho Tioneg con los procesos ante sí, y yo mismo vi los dichos papeles, y eché de ver que todo había sido mentira lo que el dicho Tioneg había dicho. Y escribí al Rey diciendo, que por las mentiras que Tioneg había dicho, habían sospechado los *castilas*, que les queríamos hacer guerra; y que por eso habían muerto más de treinta mil chinas en Luzón y el Rey hizo lo que yo pedía, y así castigó al dicho Yanglión mandándole matar; y á Tioneg le mandó cortar la cabeza; y colgarla en una jaula; y la gente china que murió no tenía culpa. Y yo con otros, tratamos esto con el Rey, para que viese, que era su voluntad en este negocio, y en otro que fué haber venido dos navíos de ingleses á estas costas de Chincheo, cosa muy peligrosa para la China para que el Rey, viese que se había de hacer en estos dos negocios tan graves. Y también escribimos al Rey, mandase castigar á los dos sangleyes y después de haber escrito estas cosas sobredichas, al Rey, nos respondió; que para qué habían venido navíos de ingleses á la China, si acaso venían á robar, que les mandase luego ir de allí á Luzón, que no diesen crédito á la gente bellaca y mentirosa de los chinas, y que matasen luego á los dos sangleyes que habían enseñado el puerto á los ingleses. Y en lo demás que le escribimos que se hiciese nuestra voluntad, y después de haber recibido este recaudo el Virrey, el Capado y yo, enviamos ahora estos nuestros recaudos al Gobernador de Luzón,

para que sepa su señoría la grandeza del Rey de China y del Reino, pues es tan grande que gobierna todo lo que alumbra la luna y el sol; y también para que sepa el Gobernador de Luzón, la mucha razón con que se gobierna este Reino tan grande, y al cual Reino, ha mucho tiempo que nadie se atreve á ofender, y aunque los japoneses han pretendido inquietar á la Coria que es del Gobierno de la China no han podido salir con ello, antes han sido echados de ella, y la Coria ha quedado con grande paz y sosiego, como de oidas bien saben los de Luzón.»

«El año pasado, después que por la mentira de Tioneg, supimos que eran muertos tantos chinas en Luzón, nos juntamos muchos Mandarines, á concertar de tratar con el Rey, que se vengase de tantas muertes; y decíamos, que la tierra de Luzón, es tierra miserable, de poca importancia, y que antiguamente solo era morada de diablos y culebras; y por haber venido (de algunos años á esta parte) á ella tanta cantidad de sangleyes, á tratar con los *castilas*, se ha ennoblecido tanto, en la cual los dichos sangleyes han trabajado tanto, levantando las murallas, haciendo casas y huertas, y en otras cosas de mucho provecho para los *castilas* y que siendo esto así que porque los *castilas* no habían tenido consideración á estas cosas, ni agradecido estas obras buenas, y aunque por dos ó tres veces escribimos al Rey sobre lo dicho, nos respondió habiéndose enojado por las cosas arriba dichas, diciendo: que por tres razones no convenía vengarse, ni hacer guerra á Luzón.»

«La primera porque los *castilas* (de mucho tiempo á esta parte) son amigos de los chinas; la segunda razón era porque la victoria no se sabía si la llevarían los *castilas* y la tercera y última razón, porque la gente que los *castilas* habían muerto era gente ruin y desagradecida á China, padres y parientes, pues tantos años había que, no volvían á China, la cual gente dice el Rey que no estimaba mucho por las razones arriba dichas; y solo mandó al Virrey, al Capado y á mí, escribir esta carta con este embajador, para que sepan los de Luzón que el Rey de China tiene gran pecho, gran sufrimiento y mucha misericordia; pues no ha mandado hacerles guerra á los de Luzón y bien se echa de ver su rectitud, pues también he castigado la mentira de Tioneg».....

* *
El malogrado caballero D. Luis Pérez de Dasmariñas, mencionado dos veces, como de pasada en este libro, era hijo del célebre D. Gómez, el que murió traidoramente asesinado por los chinos, en Punta de Azufre, y jóven de singulares méritos y de indomable valor.

Traemos aquí algunos datos históricos de su breve paso por estas islas, donde como su padre, murió defendiendo valerosamente el pueblo de Binondo de las feroces embestidas de las hordas chinas.

Muerto el célebre D. Gómez Pérez de Dasmariñas, registróse un cofrecillo que había depositado en el convento de San Agustín y entre varios papeles, encontróse un nombramiento auténtico á favor de su hijo D. Luis, y en virtud de una Cédula Real, que le autorizaba para

designar su sucesor en el gobierno de estas islas.

Deseoso D. Luis de continuar la gloriosa expedición, que la muerte había impedido realizar á su padre, hubo de aplazarla sin embargo, no solo por la penuria del Tesoro, sino también por los graves asuntos que sobre él pesaban. Esto no obstante, envió buen golpe de gente, bastimentos y pertrechos de toda clase al Rey de Siao y al P. Antonio de Marta, para el socorro de aquellas plazas.

En el corto gobierno de este jóven militar, vino en numerosas embarcaciones, que no traían carga alguna, una multitud de chinos, que infundieron vehementes sospechas á todos los españoles, y que fué como el anuncio del terrible y general alzamiento que más tarde hubo y que costó la vida al malogrado D. Luis.

Realizó D. Luis durante su mando un hecho de excepcional transcendencia en aquella época, y este hecho no fué otro, que la sólida amistad trabada con el celebérrimo Emperador del Japón Taycosama, indudablemente uno de los soberanos de más importancia y valer que ha tenido el imperio del sol naciente.

Enterado Taycosama, por un japonés llamado Faranda, de la poca defensa que tenían las islas, por la falta de soldados y de dinero, determinó apoderarse bonitamente de ellas enviando á D. Luis, por el propio Faranda, una arrogante carta en la que le intimaba la rendición como único medio de evitar la ruina y la guerra. Pero D. Luis con un tacto impropio de su poca edad, sorteando el formidable peligro de una invasión japonesa que si no se hubiera

apoderado del territorio, por hallarse defendido por españoles habría producido, por lo menos graves perjuicios, envió al emperador dos hábiles embajadas, que no solo consiguieron que Taycosama, desistiese de su propósito sino que obtuvieron de él, concesiones y privilegios que no había otorgado á ninguna otra nación de Europa.

En esta misma época hicieron los Dominicos, y con poco éxito la tercera tentativa de entrar en China, para evangelizar en aquel pais.

Despachó D. Luis una galera en socorro del legítimo Rey de Camboge injustamente desposeido por el de Siam; conquistó la provincia de Cagayan y fundó la Hermandad de la Santa Misericordia, haciendo otra porción de cosas, que detalla y expone ampliamente el P. Concepción en su Historia de Filipinas.

Por último el buen D. Luis, retirado al pueblo de Binondo, murió noblemente, en tiempo del Gobernador Acuña, defendiendo dicho pueblo durante toda una noche de las feroces embestidas de los chinos, cuando el levantamiento de los mismos.

VII

CUARENTA CABEZAS

Traemos aquí, por considerarlo oportuno, una biografía tan concisa como clara del Adelantado D. Miguel López de Legazpi, debida á la pluma del jesuita P. Delgado.

«El primer Gobernador en propiedad de es-

tas Islas Filipinas, fué su mismo conquistador, el muy ilustre señor caballero D. Miguel López de Legazpi, vizcaino, vecino de la imperial ciudad de México, escribano mayor y alcalde ordinario que había sido de la misma ciudad y escogido para antesiqueno y primicerio, no sin especial providencia del cielo, por su prudencia, valor y sólidos dictámenes. Fué electo general de la Armada y nombrado primer gobernador y Capitán general de estas islas, cuyo viaje emprendió á 21 de Noviembre de 1564. Por Enero del año siguiente, descubrió las islas Marianas, y habiendo proseguido en demanda de las Filipinas, descubrió la isla de Samar, pasó á la vecina de Leyte y después de varios encuentros con los naturales se trasladó á la de Bohol y de allí á Cebú donde entró el 28 de Abril del mismo año. Hallóse en el día que se entró por armas en la población, la milagrosa imagen del Santo Niño Jesús que había regalado Pigafetta á la Reina de Cebú durante la expedición de Magallanes. Comenzó entonces la primera población en la misma isla, que erigió en Villa y se llamó de San Miguel; más después, el año 1571, se la intituló del santísimo nombre de Jesús, que hasta ahora permanece. Conquistó pacíficamente á Manila el 19 de Junio de 1571 y fundó la ciudad, para que fuera la cabeza y corte de todas las islas á 24 del mismo: Dióle nuestro señor, un grande amor á los naturales y celo de la salvación de sus almas; gobernó con tanta prudencia como acierto en sus determinaciones que no intentó cosa alguna que no saliese con ello y la lograse. Murió en la misma Ciudad de Manila que había

fundado, á 20 de Agosto de 1572, con merecida fama de hombre justo y recto, habiéndole causado la muerte el disgusto de ver que algunos faltaban á sus obligaciones, atendiendo más al bien particular que al común, y queriendo por valimientos ascender á puestos que no merecían ni les correspondían. Hizo su elogio Fr. Martín de Rada. Fué sepultado honoríficamente en la capilla de San Fausto de la iglesia del Señor San Agustín, en donde por mucho tiempo se mostraron sus armas y pendones para gloriosa memoria. El mismo día en que murió abriéndose en Cebú una sepultura, fué hallada una muy devota imagen del *Ecce-Homo*, que hasta ahora se venera en aquella ciudad.»

VIII

UN HOMBRE VALIENTE

He aquí como se expresa el historiador Zúñiga, con respecto al Gobierno del ilustre D. Juan Silva.

«Con la noticia que llegó á España de la muerte del Sr. Acuña, se proveyó el Gobierno en D. Juan de Silva, natural de Truxillo caballero del Orden de Santiago, que actualmente militaba en Flandes. Por la Semana Santa, del año de 1609 llegó á Cavite, y por Pascua de Flores, tomó posesión de su Gobierno. Traxo consigo cinco Compañías, que sirvieron mucho en esta ocasión, porque en el mes de Octubre, la Armada Olandesa, de que se tenía noticia, que venía contra estas islas, se presentó sobre

el Puerto de Iloilo. Se componía de cinco navíos, y mucha gente que intentó el desembarco en aquella provincia, pero rechazada por su Alcalde Mayor, se vino á la boca de Marivelles, para impedir que entrase barco alguno en Manila, y apresar, quantos viniesen al Comercio. Dispuso D. Juan de Silva una Armada, y por el mes de Abril salió contra ellos, y le dió batalla y derrotó el dia de San Marcos. Rindió dos navíos en que murió el General y mucha gente se voló el tercero y los otros dos que se habían separado el dia antes de la Armada, y volvían con buenas presas se retiraron con tanta diligencia, que no se les pudo dar alcance, y solo se consiguió quitarles los barcos que habían apresado, entre los cuales venía un barco Japón en donde se habían embarcado los españoles, que se perdieron en las costas de aquel Reino en la nao de San Francisco.»

«Los Olandeses habían hecho asiento en la Isla de Java, y estaban fortificados en el Malayo, y otras partes de la India Oriental. No gustaba nuestro Governador de la vezindad de estos huéspedes, que tantas veces habían infestado nuestros mares, y acometido á estas islas, y determinó salir en persona á desaloxarlos de las fortalezas malayas, que como más cercanas le causaban mayores celos. Dispuso una esquadra de seis Navíos y dos Galeras y se embarcó para Ternate para tomar allí lenguas del enemigo, y disponer las ulteriores operaciones. Supo en Ternate que los Olandeses noticiosos de su expedición se habían fortificado de modo que

era imposible desaloxar los del Malayo; y por no perder del todo la empresa se encaminó á las fuerzas de Gilolo y Bataquina, de donde los echó con pérdida de trescientos hombres, y no pudiendo proseguir contra las demás fortalezas se volvió á Manila, donde trató de preparar navíos, gente y pertrechos, para emprender en mejor tiempo la misma expedición. El año de 1613, arribaron los dos Naos, que iban á Nueva España por socorro y así no vino ninguno de allá el año de catorce. Pero suplióse de España por la vía de la India con cinco Caravelas de siete, que por Abril del año trece salieron de Cadiz á cargo de Ruy Gonzalez de Segueira, con trescientos y cincuenta Infantes, doscientos y cuarenta Marineros y cien grumetes, los más portugueses, y el año siguiente entró con su Caravela D. Fernando de Arambur, porque la otra quedó en el Brasil, la qual se reemplazó con otra de aviso, que se despachó de Portugal tras de las siete.»

«Con este socorro resolvió el Governador hacer una jornada al Malayo, contra los Olandeses, cuyas fuerzas mandó reconocer, pero los halló tan poderosos en navíos, que les habían venido por el estrecho de Magallanes, y por el de Sonda, que creyó necesario juntar sus fuerzas con las de la India, para poder vencer tan fuertes enemigos. Interin despachó aviso al Virrey de la India, para unir las fuerzas de los dos Reynos, y aprestaba su armada en Cavite, llegaron á Panay diez Navíos Olandeses, para embarazar los socorros, que se enviaban á Ternate. Hecharon gente en tierra, y llegaron hasta la Villa de Arévalo, quemando las Iglesias y

Conventos de Padres Agustinos, en los pueblos de Ogtong y Xaro.»

«A últimos del año de 1615, tenía dispuesta D. Juan de Silva, la mayor armada que hasta entonces se había visto en Philipinas; constaba de diez Galeones, quatro Galeras, un Patache, y muchas embarcaciones pequeñas con todos los pertrechos necesarios, y cinco mil hombres de guerra, los dos mil españoles y portugueses. La hizo á la vela con esta formidable esquadra el último día de este año para ir á buscar al enemigo en su fortaleza de Malayo, pero como no habían llegado los Galeones que se esperaban de la India, que se creyó invernarían en Malaca, y se supo, que había en su estrecho algunas naos olandesas esperando las de el Comercio de China, que pasan por allí, tuvo el Governador por conveniente encaminarse á Malaca, de donde pensaba, después de destrozár los enemigos, que allí hubiese, é incorporarse con los Galeones de la India, ir derecho al Malayo. El discurso era bueno, pero salió fallo, porque los Galeones de la India habían sido incendiados en una batalla, que tuvieron con los Olandeses, y estos habían desocupado el estrecho ocho días antes que llegasen los nuestros, huyendo á todo trapo, porque tuvieron aviso secreto de nuestra Esquadra. Al otro día de haber llegado nuestros Galeones entraron por el mismo estrecho las dos naos del Comercio de China, en que iba toda la riqueza de la India, fué gran dicha, dignamente celebrada de los vecinos de Malaca, que llamaban á D. Juan de Silva su Redemptor, y lo recibieron baxo de Palio con muchas aclamaciones, y esperaban

que con su valor, y poderosa armada librería la India de los Olandeses. Pero no sucedió así, porque le entraron unas calenturas que lo acabaron en once días. Murió á 19 de Abril de 1616 y mandó embalsamar su cuerpo, y que lo llevasen á Xerez de los Cavalleros, para que lo depositaran en un convento de Carmelitas Descalzos que mandó fundar allí. Antes de morir nombró por cabo de la Armada á D. Alonso Henrriquez, que la trajo para Manila, sin más fruto que haver hecho correr al enemigo.»

IX

SANTA ESTRATAGEMA

Todo el mundo sabe que es achaque propio de los pueblos poco civilizados, ser víctimas de las más absurdas y estrafalarias supersticiones. Cualquier cosa que se les presente con apariencias de grandiosidad y misterio, es para ellos objeto de idolátrica veneración y de incomprensible pánico; y no podían seguramente evadirse los habitantes de estas islas de esa regla general; grandes eran, por el contrario las erróneas creencias que en punto á muchas cosas abrigaban, creencias que el saludable contacto con una civilización y unas ideas superiores, han ido desterrando hasta el punto de ser hoy exclusivo y triste patrimonio de algunas razas montaraces.

En este asunto, sobre el cual versa la tradición *Santa estratágema* cedemos la palabra al P. Santa Inés, que se ocupa de él

con gran extensión en un Capítulo de su Crónica.

Dice así el concienzudo y notable historiador:

«En todas estas Filipinas no se sabe que hubiese cosa alguna por escrito acerca de su religión, como tampoco del Gobierno político ni de sus historias antiguas ni menos templo alguno ó lugar en común para los sacrificios y adoración de sus dioses. Porque de adoración, aunque tenían nombre de *simbahan*, que es lo mismo que iglesia ó lugar de adoración, no era lugar dedicado á esto, ni en que se juntasen á solemnidades públicas todos los de un pueblo, sino una familia sola y era de ordinario en casa de su principal, y en ella hacían un colgadizo á cada costado que llaman *sibi*, dejándola en tres repartimientos á modo de naves, bastante-mente capaces para toda la gente que se había de juntar. Por los postes y circuito de toda esta casa encendían muchas lamparillas, y en medio una muy grande que adornaban con flores y hojas de palma, de que hacían muchas y raras labores. Y mientras duraba la fiesta que lo común era de cuatro días, no dejaban apagar las lámparas, ni la casa desocupada de gente, tocando varios instrumentos por su órden, y al son de ellos hacían su adoración que llamaban *nag a-anito*, y toda la fiesta *pandot*, la cual acabada, se volvían todos á sus casas, y la del principal que en aquellos cuatro días llamaban *simbahan* ó iglesia perdía este nombre y se quedaba como antes estaba.»

«De suerte, que propiamente templo ó casa dedicada al culto de sus dioses, no se sabe que

le tuviesen estos filipinos, que esto es lo más que pudo averiguar Fr. Juan de Plasencia, religioso nuestro, uno de los más solícitos obremos del evangelio en estas partes, habiéndosele cometido por orden del gobierno la diligente inquisición de estas cosas.»

«Y así esto, como lo tocante á sus dioses, todo fué fundado en tradición de padres á hijos conservada en el uso y en unos cantares que salían de memoria, y repetía en sus navegaciones al compás del remo, y en sus regocijos, fiestas y mortuorios, y aún en sus faenas cuando concurrían muchos. En estos cantares cantaban las fabulosas genealogías y varios hechos de sus dioses, entre los cuales hacían uno principal y superior de todos á quien los tagalos llamaban *Bathalá may kapal*, quiere decir, el *Dios fabricante ó hacedor*, y los visayas *Laon* que denota *antigüedad*. A este era á quien principalmente daban su adoración y después de éste al sol y á la luna (como los asirios particularmente cuando la luna era nueva que se regocijaban sobre manera, y la habían su género de sacrificio, en que la daban la bienvenida. Algunos adoraban á las estrellas y en especial al lucero del alba y las siete estrellas (que nosotros llamamos el carro) y aún al arco del cielo atribuían su modo de divinidad.»

«Adoraban además de esto, á las aves y animales (como los egipcios). Los tagalos á un pájaro azul de grandor de un tordo que llamaban *Tigmamanuquin* y le atribuían el nombre de *Bathalà*, que como está dicho era nombre de divinidad. Al cuervo adoraban (como los an-

tiguos al dios Pán ó á la diosa Ceres) llamándole *Maylupa* que quiere decir el *dueño de la tierra*. Al *caimán* teníanle estas naciones en grandísima veneración, y cuando le veían le llamaban *nonó*, que quiere decir *abuelo*: rogábanle regaladamente y con ternura que no los hiciese mal, y á ese fin le ofrecían algo de lo que traían en su embarcación, echándoselo al agua.»

«No había árbol viejo á quien no atribuyesen culto divino, y era sacrilegio pensar cortarlo por ningún acaecimiento. á las mismas peñas, piedras, escollos y puntas de las orillas del mar y de los ríos adoraban y ofrecían algo al pasar llegándose y poniéndolo sobre la misma piedra ó peñasco. En el río de Manila hubo una peña que muchos años ha, fué *ídolo* de esta miserable gente y duró su escándalo, ocasionando grandes males hasta que los Padres de S. Agustín (que están allí cerca) con santo celo la hicieron pedazos y pusieron en su lugar una cruz y después (en un humilladero ó capilla que allí hicieron) la imagen de San Nicolás de Tolentino.»

«Adoraban también á ídolos particulares que tenía cada uno por herencia de sus antepasados. Los visayas los llamaban *Diuata*, y los tagalos *Anito*. De éstos, unos eran para los monte y campos, á quienes pedían licencia para andar por ellos; otros para las sementeras, á quienes las encomendaban para que fuesen fértiles y además de los sacrificios, ponían en ellas cosas de comer para el *anito*, en orden á más obligarle. Había *anito* en el mar, á quien encomendaban sus pesquerías y navegaciones; *anito*

de casa, para la guarda de ella; y *anito* de los enamorados y de la generación. cuyo favor imploraban para haber de casarse y tener hijos, y naciendo cada uno de ellos, y cuando tomaban el pecho y después se les ofrecían.»

«Entre estos anitos ponían á sus antepasados, cuya invocación era la primera en todos sus trabajos y peligros, y en su memoria fabricaban algunos idolillos pequeñuelos y bien mal hechos, de piedra ó palo ó marfil que llamaban *licha* ó *larauan*. Contaban así mismo entre sus dioses á todos los que morían á cuchillo ó comidos del caimán y á los que mataba el rayo, cuyas ánimas entendían subir luego á la bienaveneturanza por el arco del cielo que ellos llaman *balangao*. Y generalmente cualquiera que podía salir con esto, atribuía divinidad á su padre viejo, cuando moría. Y los mismos viejos morían con este desvanecimiento y embuste, representando en tiempo de su enfermedad y muerte en todas las acciones una gravedad y término á su paracer divino. Y en consecuencia de esto, elegían por sepulcro algún lugar señalado, como uno que se halló en la ribera del mar en la isla de Leyte, el cual mandó ponerse allí, como estaba en su ataud, en una casa distante de poblado á fin de ser reconocido por dios de los navegantes y á quien se encomendasen.»

«Hablaban de la creación del mundo, principio de linaje humano y del diluvio, cielo é infierno, pena y gloria y otras cosas invisibles como los espíritus malos y demonios que llamaban *Sitan* y decían ser enemigos de los hombres, y por esto temblaban de ellos. Ningún

hombre (decían) iba al cielo, y que solo estaba en el *Bathalà*, el *Hacedor de todas las cosas*, que de allí gobernaba todo el mundo. Pero que había otro lugar que llamaban *Maca* como si dijéramos paraíso ó pueblo de descanso, á donde iban los justos, los valientes y los que vivían sin hacer agravio y tenían otras virtudes morales. Otro para los malos que decía *Casamaan* lugar de pena y aflixión y donde habitan los demonios. Pero por el principio que daban al mundo y al linaje humano, se verá la vanidad de su creencia y las mentiras y fábulas que en ellas mezclaban.»

«Decían que el mundo comenzó con solo cielo y agua, y entre los dos un milano, el cual cansado de volar y no hallando donde hacer pie, revolvió el agua contra el cielo, y éste por tenerla á raya y que no se le subiese encima, la cargó de islas, y también para que parando ya anidando en ellas el milano, le dejase en paz.»

«Los hombres decían que habían salido de un trozo de caña grande (cuales son las de estas partes) el cual era de solos dos cañutos y andando sobre agua en el mar le echaron sus olas á los pies del milano que estaba puesto en la orilla, y enojado de que le hubiese dado en los pies, les abrió á picadas y abierto salió de un cañuto el hombre y del otro la mujer. Que después de varias dificultades por el impedimento de consanguinidad en primer grado, por consejo de los peces y aves dispensó con ellos uno de los dioses que fué el temblor de la tierra, á quien estos reverenciaban mucho y obedecían; de manera, que, en sintién-

dole se ponían todos en arma para estar dispuestos á lo que ordenase de ellos, teniéndole por el dios de los batallas y que todo aquel ruido que hacía mientras duraba era hacer señal para ir á la guerra, que ellos creían que sería con alguno de los otros dioses enemigos. Hecha, pues, la dispensación entre los dos hermanos, se casaron y tuvieron muchos hijos de los cuales se derivaron las diferentes suertes y estados de gentes de todo el mundo.»

«Y la ocasión fué, que enfadados los padres de tener tantos hijos en casa, ociosos y sin provecho de acuerdo de los dos hizo un día el padre del enojado, y con achaque de castigarlos, porque travesaban, cogió un palo y los ahuyentó; de manera que los unos se escondieron en las recámaras y retretes de la casa, y de estos, dicen, que proceden los principales; otros fuera, y estos son los libres y gente ordinaria que llaman *Timaua*; otros en la cocina y bajos; y estos son los esclavos: otros por varias partes lejos, estos son las demás naciones.»

«Conforme á la variedad de dioses, que dijimos tenía esta miserable gente, invocando cada uno según la necesidad de presente, así era la diferencia de sacerdotes y sacerdotisas para los distintos sacrificios que se ofrecían, y según los diferentes intentos á que se encaminaban. Los sacerdotes más principales que tenían facultad para hallarse en todos los sacrificios, eran los que los tagalos llamaban *Catalonan* y los visayanos *Babaylan*. De estos había unos que lo eran por herencia y parentesco; otros por maña que se daban para ser enseñados y quedar en lugar de los sacerdotes de fama: otros á quienes en-

gañaba el demonio con sus acostumbrados embustes, apareciéndoseles en varias figuras, y haciendo pacto con ellos de asistirles y hablarles en sus ídolos y anitos.»

«Sus fiestas y sacrificios se cifraban en beber y comer acompañado de mucha música y bailes. Si la fiesta ó sacrificio era por algún principal, por ostentacion y vanidad llamaban la fiesta del gran dios. Y el modo de celebrarla era junto á la casa del principal en una enramada, en que se juntaban todos los convidados. Prevencido lo que se había de sacrificar, que en estas ocasiones era un buen animal de cerda, mandaba la *Catalona* que la moza de mejor parecer y más bien aderezada hiciese el oficio de dar la lanzada al animal con la ceremonia de ciertos bailes á su uso. Muerto el animal le hacían pedazos y se repartía entre todos como pán bendito y aunque se mataban otros y comían de ellos con otras viandas y regalos á su uso este era el estimado y consumido con reverencia. Hacíase el mismo sacrificio por el buen parto de las preñadas y por el buen suceso de las que se habían de casar y había convites de estos que duraban treinta días, particularmente si era de gente principal.»

«Si el sacrificio era por peligro de muerte en caso de enfermedad, mandaba el sacerdote ó sacerdotisa á quien le competía, que se fabricase casa de nuevo á costa del enfermo, grande y capaz de celebrarle. Hacíase la obra en breve por estar los materiales á mano y acudir á ello toda la vecindad. Acabada, pasaban el enfermo al nuevo aposento y aparejado lo que se había de sacrificar, esclavo (que alguna

vez lo usaban), tortuga marina ó esti6n de los grandes ó animal de cerda, sin altar, ni cosa que lo pareciese, lo ponían junto al enfermo, y asimismo muchas mesillas con varias viandas. Luego salía el sacerdote ó sacerdotisa, y bailando á son de campana, hería al esclavo ó animal que sacrificaba, y untaba con la sangre al enfermo y á alguno de los circunstantes. Después de esto, allí delante de todos hablando entre dientes, le abría, sacaba y miraba la asadura (al modo de los antiguos arúspices). A vueltas de esto, se les revestía el demonio ó lo fingía con visages y meneos de pies y manos echando espumarajos por la boca haciendo que se arrobaba. Después que volvía en sí, le profetizaba al enfermo lo que había de suceder de él.»

«Si la profecía era de vida, comían y bebían cantando las historias de los antepasados del enfermo y del anito á quien se hacía el sacrificio y bailaban hasta caer molidos. Si la profecía era de muerte soldaba la profetisa su mala nueva con alabanzas del enfermo, por cuyas virtudes y promesas (decía) que los anitos le habían elegido para hacerle uno de ellos y desde luego se le encomendaba y á toda su familia porque se acordase de ella en la otra vida, añadiendo otras lisonjas y mentiras con que le hacía tragar la muerte al pobre enfermo, y á los deudos y amigos obligaba á que desde luego le tratasen y festejasen como *anito*, y al cabo todo paraba en comer y beber que era el deajo de sus sacrificios.»

«Digamos ahora de los mortuorios. Luego que moría el enfermo comenzaban á llorarle á

voz en grito, no solamente los parientes y amigos, sino también los que lo tenían por oficio que alquilaban para ello. Estos ensartaban en el llanto mil disparates en alabanza del difunto. Al son de esta triste música lavaban el cuerpo, sahumábanle con estoraque ó menjuy y otros sahumeros de gomas de árboles que se crían en todos estos montes. Hecho esto; le amortajaban envolviéndole en más ó menos ropa conforme á la calidad del difunto.»

«La sepultura de los pobres era en el hoyo del suelo de su propia casa. A los ricos y poderosos despues de haberlos llorado cuatro días, los ponían en una caja toda de una pieza, cavada de ordinario en el tronco de un grueso árbol á modo de las embarcaciones que ellos usan. Poníanle una tapadera muy ajustada de manera que no pudiese entrar ningún aire. Estas cajas ó ataudes se ponían en uno de tres lugares, conforme á la inclinación ó disposición del difunto: ó en lo alto de la casa entre las alhajas que allí suelen guardar ó en los bajos de ella, levantados del suelo, ó en el mismo suelo abierto un hoyo y cercado al rededor de barandillas, sin cubrir el ataud de tierra. Junto á él solían poner otra caja llena de la mejor ropa del difunto, y á sus tiempos le ponían sus armas y al de las mujeres sus telares ú otros instrumentos de su labor.»

«Si el difunto era de los que ejercitaban en correrías y robos del mar, se ponía esta caja en forma de embarcación, prevenida de armas, municiones y vítuallas; y en lugar de remeros ponían dentro de la equipazón diferencias de animales en correspondencia, atados con sus

remos, como son: dos cabras: dos puercos: dos venados, (macho y hembra de cada especie) y un esclavo que servía de piloto cuidaba de darlos de comer, Y si había sido guerrero; le ponían debajo un esclavo atado y así miserablemente moría, como también todos los animales y los esclavos que cuidaban de ellos, que en acabándose las vituallas, perecían de hambre, y así se venía todo á consumir. Hecho el entierro, cesaban los llantos, pero no las comidas y embriagueces, antes duraban más ó menos tiempo conforme á la calidad del difunto.»

«La viuda ó el viudo, y los huérfanos y otros deudos á quienes tocaba más el dolor, ayunaban por luto, absteniéndose de carne, pescado y otros manjares no comiendo aquellos días sino legumbres, y esas en poca cantidad. Este género de ayuno ó penitencia por los difuntos llaman los tagalos *sipa*. El luto entre los tagalos es negro, entre los visayas blanco (como los chinos), á que juntan los visayas raparse cabeza y cejas.»

«En muriendo el principal, había de haber silencio en el pueblo hasta que se alzase el entredicho, que duraba más ó menos días conforme á su calidad; y en este tiempo no se había de oír golpe ni ruido en parte alguna, so pena de mal caso. Por razón de esto los pueblos de orilla del río ponían en alto cierta señal para que nadie navegase por aquel lado, ni entrase ni saliese, so pena de la vida la cual quitaban con grandísima crueldad á cualquiera que rompiese este silencio. Si el muerto lo había sido con violencia en guerra ó en paz

con traición, ó de otro modo, no se quitaban los lutos ni se alzaba el entredicho, hasta que los hijos ó deudos mataban otros muchos, no solo de los enemigos y homicidas, sino de cualquiera otros extraños que no fuesen amigos. Y así, como bandoleros foragidos salteaban la tierra y mar, andando á caza de hombres y matando los que podían, hasta acabar de matar el número de personas que se habían propuesto. Después hacían fiesta y convite, alzaban el entredicho y á su tiempo quitaban el luto.»

«Bien poco menos hacían los negrillos del monte aunque los entierros tenían otro modo bien particular. Hacían un hoyo derecho y hondo, y en él metían el difunto, dejándole en pie, y la cabeza ó coronilla por enterrar, cubierta solamente con medio coco que es el grandor de una escudilla. Luego iban en busca de algún indio tagalo (por tener con estos particular enemistad y odio) y encontrándole, al instante le mataban, que decían era en lugar del negrillo que se les había muerto. Teníase por muy dichoso el que conseguía esta muerte, y todos se alegraban y hacían fiesta con la cabeza del inocente que de ordinario era delante del ser difunto.»

«Los agüeros sería cosa larga y sin fruto contarlos todos. Si la lechuza se ponía de noche sobre su techo, era caso de muerte y así en las casas nuevas ponían para ahuyentarla algún espantajo por no perder la casa que de ninguna manera la habitarían, si tal sucediera. Y lo mismo si siendo recién hecha aparecía en ella alguna culebra. Y si la encontraban en algún camino no habían de pasar

adelante, aunque fuese negocio muy forzoso. Lo mismo, si oían estornudar persona, cantar el pájaro (que dijimos) *Tigmamanuquin*, chillar ratón, ahullar perro ó cantar lagartija. El pájaro dicho tenía dos modos de cantar y con el uno se prometían mal suceso y con el otro bueno y según esto, ó proseguían su camino ó se volvían á sus casas, huyendo del mal que se temían. Los pescadores no se aprovechaban del primer lance de la red ó corral nuevo por entender que no acudiría más pescado si hacían lo contrario. Tampoco se había de hablar en casa del pescador de las redes nuevas, ni en la del cazador de los perros recién comprados, hasta que hubiesen hecho presa ó surtido lance, porque de no hacerlo así, decían era quitar la virtud de las redes y habilidades á los perros.»

«La mujer preñada por caso ninguno se había de cortar el cabello so pena de nacer la criatura sin él. Los que caminaban por tierra no habían de nombrar cosa del mar y los que andaban por ella no habían de llevar consigo animal de tierra ni aún nombrarle. Al principio de la navegación remecían la barca ó navío y dejándole dar sus baibenes si los de la mano derecha, eran más, se prometían buen viaje, y malo si menos, y así no proseguían con él. También adivinaban si las armas habían de ser venturosas, ó no; si la mujer había de ser paridera; si el perro cazador y otras cosas semejantes; para lo cual echaban suertes con unos ramales de cordel, con colmillos de animal de cerda, dientes de caiman y otras suciedades en los remates, poniendo la suerte buena

ó mala en si se enmarañaban ó no aquellos remates.»

X

UN SUEÑO PRODIGOSO

El R. P. Fr. Juan de la Concepción dá como segura en su Historia, la aparición al Gobernador D. Juan Silva, del Evangelista San Marcos, así como la intervención del mismo en el combate naval con los holandeses.

Los otros historiadores, citados en este Apéndice, no mencionan este hecho: tomarlo del P. Concepción, no echamos nuestro cuarto á á espadas, limitándonos á haberlo aderezado á nuestro modo y manera y para convertir la aridez histórica en cuento literario.

XI

DE COMO LOS TOMATES DE FR. ANSELMO

PRODUJERON MUCHO PALAY

Otra de las supersticiones, que tenían los indios al arribar á estas playas, los españoles, era la de reputar sagrados los sitios en donde se hallaban enterrados los individuos, que por sus altos hechos, habían sido elevados á la categoría de *anitos*. De tal modo dominaba esta creencia que nadie se atrevía á acercarse á tales sitios ni mucho menos á las tierras que las rodeaban, creyendo á pies juntillas que él que semejante cosa hiciera sería severamente

castigado por la ridícula divinidad á quien rendían fervoroso culto.

Con referencia á este asunto y con relación á los tagalos y visayas, cuenta el P. Delgado lo siguiente:

«El modo que usaban de enterrar á sus principales, era un ataúd labrado en el tronco de un palo de los muchos que tienen por incorruptibles, ajustándole bien su tapadera, cuya hechura era á modo de una pequeña embarcación, donde ponían al difunto adornado de las mejores preses de oro y alhajas que tenía. Así lleno el ataúd lo ponían ya en lo más alto de la casa, ya debajo de ella, levantado del suelo, y rodeado de algunas barandillas, para que no llegasen allí los animales. A la gente plebeya se la enterraba en los campos y plazas. Los visayas comunmente despositaban sus difuntos en sus ataúdes en las cuevas de los montes ó en las riscos cercanos al mar; en donde navegando por varios partes, he visto yo hasta ahora, varios ataúdes, los cuales están tan altos y eminentes que seguramente les costaría grandes trabajos subirlos allá. Cerca de Catbalogan había un risco donde había muchos de estos ataúdes y huecos de los antiguos, por lo cual los indios que por allí cercaban, teníanle algún género de reverencia ó miedo, y no se atrevían á llegarse por allí, principalmente de noche. Habiéndolo yo, sabido, fuí allá un día con algunos muchachos que me acompañaban, á los cuales mandé subir y arrojar á la playa todos los huesos y ataúdes de gentiles que allí había, y habiendo juntado bastante leña los quemé todos y arrojé las cenizas al mar, aun-

que los indios que por allí vivían decían que me había de venir algún mal, llamado por ellos *baiiu*, como convertirme en piedra, ó enfermar ó morir de un rayo, ó cosa semejante, de lo cual yo me reía y atizaba el fuego, sin sucederme, á Dios gracias, mal ninguno, permitiéndolo el Señor así para que se desengañaran de sus supersticiones y abusos. De estas hay bastantes, principalmente entre aquellos que viven lejos de los pueblos é iglesias, que no están tan bien cultivados y enseñados, por la distancia.»

«En los lugares donde se depositaban estos ataúdes, ponían centinelas, para que no pasase por allí embarcación ninguna, ni hiciesen ruidos, ni dijese cosas los que pasaban, lo cual hacían por algún tiempo determinado. Era grande pecado entre ellos el quebrantar este entredicho, y así había pependencias y muertes si lo quebrantaban, lo cual sucede todavía en algunos pueblos; por cuya razón, algunas veces, navegando yo de noche, cantando los bogadores como acostumbran, nos salieron á estorbar que prosiguiésemos adelante, pero habiendo sabido era el padre el que venía en la embarcación, se callaron y volvieron atrás: mandando yo á los marineros que prosiguiesen su canto. Junto á los sepulcros ponían varias comidillas en sus platos y alguna caja con ropa; y si era varón, las armas que había manejado con el pavés ó rodela y lanza; si era mujer, sus telares ú otros instrumentos de los que en su oficio había usado. Si había sido casado el difunto, ponían junto al ataúd, que como dije era á modo de embarcación, cabras, puercos, ó venados aparejados con remeros y algunos esclavos del mismo

á ley de piloto; para que cuidase de todos, y algo para sustentarse á lo que llamaban los tagalos *baón* y los visayas *balon*. En acabándose aquellos, perecían todos de hambre. Si el difunto había sido muy valiente y guerrero le ponían debajo del cuerpo un esclavo bien amarrado con él, hasta que allí se consumía y moría, para que acompañase á su amo de la otra vida.»

.....

«De estas tan bárbaras costumbres y ritos que en su gentilidad tenían establecidos los naturales de este archipiélago filipino con sus difuntos, se conoce claramente que tenían luz de la inmortalidad de las almas, y que entendían que las almas iban á algún lugar á descansar, ó para siempre, ó hasta lograr coyuntura, para introducirse en otros cuerpos; pero nunca pensaron en que fuesen al cielo, porque solamente allí decían que vivía *Bathalâ may capal*; pero distinguían de lugares señalando para los valientes y para los buenos un género de paraíso ó lugar delicioso donde vivían, y para los malos y viciosos un género de infierno ó lugar de tormentos, á que llamaban *casauaan*, y donde estaban juntamente los demonios, de quienes también tuvieron noticia. Los visayas que no habían tenido tanto trato con naciones extranjeras, pensaban que las almas de sus difuntos andaban vagueando por las copas de los árboles grandes, y que principalmente asistían en el *balete* ó *nono*: esta ciencia les venía de que frecuentemente les parecían los demonios *nonos*, y les persuadían que eran las almas de sus antepasa-

dos, que habitaban allí ó en los riscos cercanos al mar, y les mandaban que les sacrificasen comida ó pescado, y ellos obedecían, no porque reconociesen en los demonios, á quienes los visayas llaman *yaua*, algún género de deidad, sino por el miedo que les tenían, y por evitar los males que les hacían, que eran muchos y grandes; y así les ponían comida de puercos ó gallinas y arroz debajo del *nono*, y colgaban de los riscos pescados, y aún no falta hasta estos tiempos quien le haga, y se suelen hallar aún dichas ofertas, como á mí me ha acontecido. Principalmente en unas casitas que fabrican á sus *anitos* ó *diuatas*, muy curiosas y de muy buenas maderas, y allí ponen dichas comidas y buyos en platillos ó jícaras de cocos, que llaman *bagol* ó *bao* en tagalo, de los cuales he quemado varias.»

.
.

«Contaban también entre estos anitos á todos los que morían á cuchillo, ó comidos del caimán, y á los que mataba el rayo, cuyas almas entendían que iban á la bienaventuranza por medio del arco iris, á quien ellos llamaba *balangao*: en general cualquiera que quería podía persuadir á ellos de este modo de divinidad, que colocaban entre los *anitos* ó *umalagad* ó *diuatas* á los muertos del modo referido. Concurría á la formación de estas creencias muchas veces el demonio, y les persuadía, apareciéndose tal vez en figura de sus viejos ó padres. Y hasta alguno de los viejos morían con esta persuasión, que iban á ser anitos, representando en el tiempo de su enfermedad y muerte

mucha gravedad. En consecuencia de esto elegían para su sepulcro algún lugar eminente y señalado, como uno que se halló en la ribera del mar entre Dúlac y Abuyo en las islas de Leyte: el difunto había mandado enterrarse allí á fin de ser invocado como anito de los navegantes, para favorecer á quien se le encomendase. Y otro se había hecho sepultar en ciertas tierras en los montes de Antipolo, por cuya reverencia ninguno se atrevía á cultivarlos, temiendo enfermedad, muerte ó desgracia, de hacer lo contrario; hasta que los ministros evangélicos les quitaron todo aquel terror supersticioso y así se cultivaron en adelante.

XII

UN NACIMIENTO RARO

El P. Concepción en sus tantas veces mencionada «Historia General de Philipinas» se ocupa de este hecho, de cuya certeza ni quitamos ni ponemos rey, contentándonos con haberlo tomado de allí, para zurcir con él, vulgar historieta.

Con respecto al fin de este niño, que por poco es inocente causa de la muerte de su madre, dice el P. Concepción lo siguiente:

«El hijo del Capitán Montoro, siendo ya de catorce á quinze años bolvió á estas islas, para gozar la Encomienda, que su Padre le había dexado en ellas: vino al cuidado de el Capitán Pedro de Roxas, que estaba muy encargado de sus adelantamientos; con todo un grande amigo

de su Padre lo llevó á su casa, le trató y regaló exquisitamente, encerróle una noche con una Hija casadera, que tenía muy solícito de unirlos en Matrimonio, y tener prenda en esta diligencia tan arriesgada; pero el muchacho, que era de una pureza muy virginal, dió tales voces, para que le abriesen, que por que la vezindad no se alborotase huvieron de abrirle; y al instante, se fué al Colegio de San Josef, y no salió de él, hasta que entró Religioso en la Compañía: aquí procedió con notable recogimiento, hasta que ya Sacerdote le embiaron á la Residencia de Antipolo: mucho trabajó aquí, especialmente en la reducción de los Aetas Infieles; y con las idas y venidas á los montes, contraxo su complexion débil una enfermedad peligrosísima: retiróse á Manila por esta causa, y al segundo día fué necesario administrarle los Santos Sacramentos; mejoró algo, y vivió como más y medio; pero con dolores intensísimos, de que no se libró hasta muy poco antes de morir, siempre con un sufrimiento admirable. Está en el catálogo de los bienhechores de el Colegio de Manila, al que dexó su legítima.

XIII

UN DECRETO DE FELIPE III

Este hecho que pudo tener capital importancia en los destinos de Filipinas, lo consigna el P. Concepción en su tantas veces mencionada Historia. El P. Martinez de Zúñiga no habla de él, pero hay que tener en cuenta que

su obra es sumamente concisa, y que apenas trata con detalle ninguna cuestion. Por otra parte no dudamos ni un momento de la verdad de este suceso; es de tal importancia, se relata tan minuciosamente que no podemos admitir que sea un puro embuste de historiador tan concienzudo como el P. Concepción. Y en último caso si fuera mentira, con su pan se la coma el inventor, que nosotros no pretendemos que este libro sea de crítica histórica sino de mero pasatiempo.

En cuanto al P. Moraga, vamos á transcribir un párrafo de la Historia antes citada, que dá cabal cuenta de su trágico fin:

«Al día siguiente llamó el Rey al P. Moraga, significóle la intención de despachar socorros á Philipinas, y le preguntó, si havia de llevar Religiosos, y respondió llevaría los que Su Magestad la concediese; concedió llevase treinta y que los embarcase en los Navíos, que por el Cavo de Buena Esperanza havían de seguir la derrota; previniéronse seis galeones con el número acomodado de Tropas á sus buques, comandando el armamento en calidad de General D. Lorenzo de Loyola, Cavallero de el Hábito de Santiago, y Garcia de Figueroa su Almirante, Capellán maior de toda la Escuadra el expresado Fr. Hernando, quien repartió su Misión por todos los Navíos; hizieronse á la vela en nueve de Diziembre de mil seiscientos diez y nueve años, arribaron á Cádiz á pocos días; porque el Piloto maior los obligó; diciendo, que si proseguían iban á perderse teniendo el Consejo noticia de esta arribada, mandó bolviese á salir con

la pena impuesta de perder la vida; púsose en ejecución la orden; y en tres de Henero de seiscientos y veinte les sorprendió tal tormento, que dió en tierra con los más de los Navíos que se perdieron en la costa de Conil; se ahogaron mil y cien personas, y entre ellas el Padre Custodio Fr. Hernando de Moraga, con tres Religiosos de acompañamiento: hallóse el cadáver de el Padre Custodio, que se enterró en Conil con fúnebre y solemne acompañamiento: este fin tuvo esta desgraciada Armada, y quedó sin este importante socorro Philipinas, en que nos resta venerar los ocultos Juicios de el Altísimo.»

XIV

EL PRECIO DE UNA SENTENCIA

Trascribimos casi íntegro, el Capítulo XXXIII de la «Historia de Philipinas» del P. Martinez de Zúñiga, cuyo capítulo trata «Del sitio que pusieron los Ingleses á Manila».

«Las Cortes de Inglaterra, y España se havían declarado la guerra por Noviembre de 1761, y en Manila nada se sabía de esta resolución aunque había motivos para vivir con cautela. Un Clérigo, que tenía correspondencia con los Ingleses de la costa, recibió aviso de una expedición que se estaba allí despachando, y el Padre Cuadrado Augustino recibió carta de su padre, que le avisaba por la vía de China de la declaración de guerra con los Ingleses, pero como era noticia particular, y no la confirma-

ban, los que habían ido al Comercio de Cantón, y de Batavia, no se hizo caso de ella. El 14 de Septiembre de 1762, apareció en la bahía un Paquebot Ingles; no quiso admitir guardas en su barco, y habiendo sondeado toda la bahía, se salió por Mariveles. Los Indios Mordhicas avisaron, que habían visto un barco grande de dos baterías tripulado de gente roja, que les habían hecho varias preguntas sobre los barcos, que viajan á Nueva España. Se creyó en Manila, que venían en busca del Philipino, el qual se creya estaba en el embocadero de internada de buelta del viage, y se le hizo despacho, para que tomase sus precauciones, pero era una Armada Inglesa, que había salido de Madrást á principios de Agosto, para tomar á Manila, á quien se había dado por punto de reunión la Isla de Luban, si acaso algun accidente les obligaba á separarse, como efectivamente sucedió por un temporal, que obligó á una Fragata Inglesa, á arribar á Cantón, y á otras dos á demorarse tanto, que no entraron en la bahía hasta ocho días después de haber entrado toda la Esquadra.»

«El 22 de Septiembre á las cinco y media de la tarde se vió una Armada de trece barcos y sin embargo de la sorpresa, mandó inmediatamente el Governador poner la plaza en estado de defensa, y embió un socorro á la plaza de Cavite. Mientras se hacían los preparativos de defensa se embió un Oficial con carta del Capitán General, para el Comandante de la Esquadra, preguntándole quien era y con qué motivo había entrado en la bahía. El día siguiente por la mañana volvió con dos Oficiales Ingle-

ses, que traían la respuesta firmada por el Almirante Cornix, que mandaba la Esquadra, y por el Brigadier Draper Comandante de las tropas de tierra, y le decían, que venían de orden del Rey de la Gran Bretaña, á conquistar estas Islas. Pedían, que se les entregasen inmediatamente, porque si se les hacía resistencia, trahían fuerzas formidables, para hacerse dueños de todo el terreno, y que comenzarían á hacer hostilidades al instante que recibiesen la repulsa.»

«Contestó nuestro Gobernador, que la proposición, que hacían, no podía ser aceptada por sujetos tan fieles á su Rey, que estaban prontos, á perder la vida por el honor de las armas de su Soberano. Entonces se acercó la Esquadra hacia el Sur frente de la Polvorista, y como á las seis de la tarde se apoderaron de aquel reducto, donde habían dejado los nuestros algún salitre y otros efectos por no haver tenido lugar más que para sacar la pólvora. Sostenidos de la artillería de los Navíos se apoderaron consecutivamente de las Iglesias de Malate, la Ermita, S. Juan de Bagumbayan, Santiago, y todas las casas de aquellos arrabales de Manila. Salieron dos Piquetes de la plaza pero no pudiendo sufrir el fuego de la fusilería enemiga, que se había hecho fuerte en la Iglesia de Santiago, tuvieron que retirarse.»

.
.
«Todas las fuerzas de Manila se reducían al Regimiento del Rey, que estaba disminuido por la muerte y deserción de la tropa, y por los diferentes destacamentos, que havia en los Ga-

leones y presidios, que apenas tenía quinientos y cincuenta Soldados; la Artillería constaba de ochenta hombres, los más de ellos Indios, poco ejercitados en el manejo del cañón. A la llegada del enemigo se formaron quatro compañías de Milicias de á sesenta hombres, que llamaron del Comercio y de allí á algunos días llegaron cerca de cinco mil Indios, que no sabían disparar un fusil, y que sirvieron de muy poco. Los Ingleses trayan mil y quinientos Soldados Europeos del Regimiento de Draper, y del Batallón de Voluntarios de Chamal, dos Compañías de Artilleros, tres mil marineros Europeos con fusiles, ochocientos Sipayes fusileros, y mil cuatrocientos de los mismos para la fagina, que formaba una Armada de seis mil ochocientos y treinta hombres. ¡Cómo era posible resistir á tan formidables fuerzas, y pensar en impedir el desembarque!»

«Al día siguiente veinte y cuatro empezó el fuego de nuestros valuartes San Diego, y San Andrés con poco efecto, porque los enemigos estaban resguardados de una Iglesia. Este mismo día entró en la Bahía una Galera, que venía despachada por el Comandante del Philipino, que quedaba en Palapag: quando la avistó el enemigo despachó una Fragata ligera y quatro Chalupas, que la diesen caza, y viéndose perseguida, se orilló hacia Navotas, baró en aquella playa, y la gente se echó al agua, quedando en ella el Capitán y algunos pasajeros, que hizo prisioneros el enemigo, y no pudiendo tirar la Galera la puso fuego después de haber sacado, cuanto pudo. Los fugitivos avisaron al Gobernador, de que el Philipino estaba en Pa-

lapag, y pudo participarle el estado de Manila, para que pusiese la plata en salvo. Los Ingleses supieron tambien por los pliegos, que cogieron en la Galera, la situación del Philipino, y aquella noche despacharon un Navío, y una Fragata, para que le saliesen al encuentro, y en su lugar hallaron la Trinidad que venía de arriba, y la tomaron, cogiendo en ella los ricos géneros que se enviaban de Acapulco, y contentos con ellos los Ingleses dieron lugar al Philipino, para poner en tierra su plata y conservar este Caudal, que fué el único recurso de los nuestros durante esta guerra como después veremos.»

«Este mismo dia por la noche se hizo de la plaza una salida con el fin de desaloxar al enemigo de las Iglesias, en que se había hecho fuerte. Se encargó de esta expedición M. Faller, Francés que servía en Manila. Salió con dos cañones de á quatro y sus Artilleros correspondientes, cinquenta fusileros de tropa arreglada, algunos Milicianos, y ochocientos Indios con lanzas. Atacó al enemigo en sus puestos, y duró la acción toda la noche, pero viendo que el enemigo enviaba nuevos socorros, retiró su gente hacia la iglesia de San Juan de Bagumbayan, desde donde estuvo haciendo fuego contra la Iglesia de Santiago hasta las nueve de la mañana del dia 25, en que con un socorro, que se le embió de la plaza, pudo hacer su retirada. Esta salida no era más que una especie de fanfarronada, porque podían lisonjearse con tan poca gente el desaloxar los Ingleses de unas Iglesias, que se podían llamar castillos, por ser de gruesas paredes de Si-

liería. Sin embargo Faller por esta acción incurrió en la nota de traidor bien injustamente. En este tiempo se jugaba la artillería de una y otra parte, los enemigos hacían algún daño á los edificios con su bombardeo, y se recogieron en la plaza algunas bombas enteras de á diez y ocho pulgadas, para volverlas contra su campo. Por la noche se descargaron contra los Ingleses algunos cañones de metralla, y se les hizo vivo fuego con la fusilería que produjo algún efecto, porque al día siguiente se vieron algunos cadáveres desde la esplanada hasta la trinchera enemiga.»

«A las ocho de la mañana del 27 algunos Indios y mestizos que sin tener orden para ello, se presentaron á las guardias abanzadas del campo de los Ingleses, y se echaron sobre ellos, hiriendo, y matando á quantos se les ponían por delante, los echaron de sus puestos, pero socorridos de trescientos fusileros, los volvieron á tomar; y rechazaron á los Indios, á quienes se hizo señá desde el baluarte de San Andrés, para que dexasen un campo abierto á fin de jugar la ponían en consternación toda artillería contra el enemigo.»

.....
«El bombardeo continuaba con vigor. Desde los principios havían dispuesto los enemigos una batería con tres morteros detrás de la Iglesia de Santiago, añadieron otra batería de otros tres morteros. El 29 batieron contra la plaza la Capitana y la Almiranta, pero sin efecto, porque las balas que tiraban horizontalmente, se quedaban en la playa y las que venían por

elevacion pasaban sobre la plaza é iban á perderse en la otra vanda. Nosotros havilitamos también dos morteros en el baluarte de San Diego, desde donde se tiraron algunas bombas al campo enemigo. El dia 30, se vieron desde la plaza quatro chalupas que zozobraron con la gente, y abíos, que llevaban á tierra, y el mismo accidente sucedió á un Champan por la fuerza del vendabal, que refrescó por la tarde; por lo qual se sumergió también una bombardas, que trayan para tirar contra la plaza, y la balsa en que iba, juntamente con las amarras, y artillería de esta misma bombardas salió á la playa de Pasay, de lo qual dieron aviso los Indios al dia siguiente. El Governador destacó la Cavallería del País, para que se apoderase de estos efectos, pero haviendo llegado al sitio, fué rechazada por la fusilería enemiga que salió de su quartel de Malate á defender la balsa.»

«El dos de Octubre al amanecer empezó el enemigo á jugar una batería de ocho cañones de á veinte y quatro contra el ángulo de el baluarte de la fundición, y á las diez de la mañana estaba en tierra todo el parapeto, al mismo tiempo dirigieron contra aquel baluarte sus morteros que eran nueva de diferentes diámetros, y dos barcos tiraban contra el mismo sitio por la cara que mira á la Marina. Fué el fuego tan vivo, que se acopiaron más de quatro mil balas de á veinte y quatro. Pero lo que incomodaba más á la plaza era la fusilería, que desde la torre é Iglesia de Santiago veyá todo lo que pasaba en la Ciudad, y tiraba á toda su satisfacción contra los que la defendían, y ape-

sar de tantos fuegos dirigidos á un baluarte sin parapeto, solo murieron siete hombres de los que lo defendían y hubo unos veinte heridos. Los nuestros procuraron echar á bajo la Iglesia de Santiago con su artillería pero no pudieron conseguirlo. Los Barcos cesaron de hacer fuego á la oración, pero el campo continuó toda la noche, y desmontó la artillería de nuestro Bastión, de modo, que fué preciso abandonarlo.»

«Esta misma noche, ó por mejor decir el día trés, antes de amanecer se determinó hacer una salida de la plaza. Havían llegado de las Provincias como cinco mil Indios, de los cuales se cogieron dos mil Pampangos, para esta empresa. Devían ir en tres columnas por diferentes sitios, la primera al comando de D. Francisco Rodriguez, devía atacar la Iglesia de Santiago, la segunda la mandaba D. Santiago Orendain, y devía echarse sobre Malate, y la Hermita, y la tercera devía embestir por la banda del mar, y la mandaban Eslava y Bustos, las cuales devían ser sostenidas por dos piquetes de fusileros. Luego que salieron los Indios de la puerta de la plaza empezaron á dar grandes gritos, que pusieron al enemigo, en estado de recibirlos. Quando la columna que mandaba Rodriguez, llegó cerca del campo enemigo, no querían los Indios pasar adelante, pero instados de su Comandante y del famoso Manalastas, cabo de ellos, siguieron algunos, hallaron abandonada la Iglesia de Santiago, subieron á la torre, y repicaron las campanas, pero duró poco el repique, porque cargaron sobre ellos los Ingleses, y apenas les dieron lugar á la retirada. La otra Columna, que iba por detrás de la Hermita, como lo veyá todo

en silencio, caminaban con recelo, hasta que Orendain les dió orden de acometer, entonces empezaron con su acostumbrada gritería, tocaron los tambores, y pusieron al quartel general del enemigo en confusion. El General Inglés puso sus tropas en arma, comenzó á hacer fuego sobre los Pampangos, y como se havian empeñado tanto, su misma fuga y confusion era causa, de que no se perudiese tiro. Quedaron en el campo dos cientos hombres muertos, y por lo que hace á Orendain, metió espuelas á su cavallo, y breve se puso fuera de riesgo. Desde este tiempo se empezó á tenerlo por traydor, lo que creyeron muchos, quando entregada Manila se fué con los Ingleses, aunque esto no prueba nada. Más afortunada fué la tercera columna, pues sin haver echo, ni recibido daño alguno, quedó para con el público con más honor, que los demás. Esta acción desconcertó, é intimidó de tal modo á los Indios, que se retiraron casi todos á sus pueblos.»

«El fuego de la batería no cesó en todo este tiempo, y derribó toda la cara, y terraplén del baluarte de la Fundición, cuyas ruinas cegaron el fofo; pero lo que causó más inquietud, fué una batería que estaban formando los enemigos, que empezó á tirar á las doce del día contra los baluartes San Andrés. y San Eugenio, y era tan activo su fuego, que en dos horas desmontó los cañones de los flancos, hechó por tierra los parapetos, y mató algunos fusileros y trabaxadores, y aunque se hicieron dos veces nuevos parapetos con vigas y sacos de arena, fueron derribados al momento. Nuestro Capitán General informado de todo, juntó Consejo de

Guerra aquella misma tarde, á que asistieron los Militares de Plana Mayor, la Real Audiencia, los Diputados de la Ciudad y los Prelados de las Religiones. Los Militares eran de parecer que se capitulase, los demás opinaban, que se continuase la defensa, valiéndose de los medios ordinarios, de reparar los Bastiones, de Zanjas etc. Se dió orden de hacer estos preparativos, pero no se puso en ejecución, por que los pocos Indios, que habían quedado, no querían trabajar en estas obras peligrosas y los Españoles no estaban enseñados á este género de fatigas.»

«El quatro al amanecer comenzaron los enemigos á embiar carcasas á la plaza, pusieron fuego á algunos edificios y los soldados y habitantes de Manila, se hallaban ya en una grande consternación. En estas circunstancias fué Mr. Faller, á persuadir al Governador, á que capitulase, pero como había incurrido ya en la nota de traydor en la primera salida, que hizo contra los Ingleses, y se habían aumentado las sospechas con motivo de haver ido al campo enemigo, á llevar un regalo de orden del Governador al Comandante Ingles, no le permitieron dos Oidores, que había en Palacio, el que le hablase sospechando de su fidelidad, por cuyo motivo quando los Ingleses se fueron para la costa, le fué preciso irse en su compañía, temiendo le suscitasen algún pleyto los de Manila. Como á la una de la tarde de este mismo dia se presentaron las tropas Inglesas delante de sus trincheras en un frente bastante dilatado, los granaderos estaban algo abanzados, formados y puestos con sus gorras en ademán de dar el

asalto. La plaza se llenó entonces de confusión, y muchos Religiosos y vecinos, viendo que no se trataba de Capitular, determinaron salirse de la Ciudad lo que les fué facil porque la guardia de la Puerta del Parian se componía del Vecindario de Manila. Los Ingleses se mantubieron en aquella perspectiva algún tiempo, y sin hacer otra operación se retiraron, con lo que quedó algo sosegada la ciudad y no pensó más en Capitulaciones. Cerró la noche del dia quatro, y en ella fué horrible el fuego del enemigo, no cesaban los cañones, los morteros, y la fusilería desde tierra y principalmente desde el techo de la Iglesia de Santiago, hasta que á las dos de la mañana cesó el fuego y no se volvió á tirar más. Pero desde el principio del asedio havían tirado más de veinte mil balas, cinco mil bombas, y veinte y cinco carcasas, que arruinaron muchos edificios de la Ciudad, y la pusieron fuego por cinco sitios diferentes. No parece sino que los Ingleses para dar más esplendor y realce á su conquista, quisieron emplear tanta pólvora, y bala pues mucho menos bastaba para tomar una plaza, que solo estaba provista para defenderse de las naciones Asiáticas y no de las Europeas.»

XV

UNA IMAGEN DE HISTORIA

Es acaso esta tradición la que más propiamente reúne los caracteres de tal; no consta en ninguna historia, por lo menos no la hemos visto; un indio nos la contó y nosotros no

hemos hecho más que aderezarla como Dios nos dió á entender; pero ni respondemos de su autenticidad ni nos hemos metido en averiguaciones ni en *tiquis-miquis* de ninguna clase.

XVI

CARTA DEL P. PLASENCIA

No podemos resistir á la tentación de transcribir aquí, como última nota de este Apéndice, la curiosa carta del P. Fr. Juan de Plaseñcia, carta poco conocida, y que aún dormiría el sueño de los justos, en el archivo del convento de San Francisco, si de él no la hubiera extraído el ilustrado filipinólogo y sabio médico Dr. T. H. Pardo de Tavera, para incluirla con atinadas y concienzudas anotaciones en un opúsculo que publicó en Madrid el año 1882.

Dice así este curiosísimo documento:

«Vista la de V. S., quisiera luego responder á ella por ser cosa que tanto importa, más hase dilatado por poderme informar primero bien de lo que se me pregunta y no hablar por cuentos que suelen los indios á su propósito, y así para este efecto, he juntado indios de diferentes partes, hombres viejos y los de más capacidad que yo conocía y he sacado la verdad en limpio (dejadas muchas impertinencias) acerca de su gobierno y justicia y herencias y esclavos, y las dotes, que es la siguiente:

DATOS Y BARANGAYES

Esta gente tuvo siempre principales á quien llamaban *Datos* que gobernaban y eran capita-

nes en sus guerras á los cuales obedecían y reverenciaban, y el súbdito que contra ellos cometía algún delito ó decía alguna palabra á su mujer ó hijo era gravemente castigado. Eran estos principales de poca gente hasta de cien casas, y aún de treinta abajo, y esto llaman en tagalo *barangay* y el llamarse así colijo fué que como estos en su lengua se vé ser de nación Malaya cuando vinieron á esta tierra, la cabeza de *barangay*, que es una embarcación así llamada, se quedó por Dato, y así aún el día de hoy se averigua que esto de *barangay*, en su origen, era una familia de padres é hijos, siervos y parientes. De estos *barangay* había en cada pueblo muchos, á lo menos no se alejaban mucho unos de otros, por causa de las guerras, más no eran sujetos unos á otros sino por vía de amistad y parentesco, se ayudaban los principales unos á otros con sus *Barangayes* en las guerras que tenían.

TIERRAS

Las tierras donde poblaron las repartieron en todo el *barangay* y así conocía cada uno de cada *barangay* las suyas, en particular la que es de regadío; y ninguno de otro *barangay* labraba en ellas sino se las compraba ó heredándolas. En los *tingues* ó serranías no las tienen partidas, sino solo por *barangayes*, y así como sea de aquel *barangay*, aunque haya venido de otro pueblo cualquiera, como haya cogido el arroz quien comienza arrosar una tierra y la siembra ya no se la puede quitar. Otros pueblos hay, como Pila de la Laguna, en que pagaban estos *máharlicas* al Dato cada uno cien gantas

de arroz; más esto era porque cuando viniéron allí á poblar tenía ya tierras otro principal ocupadas, y compróselas el que de nuevo vino, con su oro; y así los de barangay le pagaban este terrazgo y repartía las tierras á quien quería. Agora, después que hay espeñoles, no se lo dan.

PESQUERIAS

Tenían también los principales en algunos pueblos acotadas pesquerías y pasos de ríos para mercados, en los cuales, si no eran de su barangay ó pueblo, nadie pescaba ni contrataba en el mercado si no lo pagaba.

TRES ESTADOS DE GENTE

Fuera de los principales, que eran como caballeros, había tres estados, hidalgos, pecheros y esclavos.

HIDALGOS

Los hidalgos son los libres, que llamaban *maharlica*: estos no pagaban pecho ni tributo al Dato, estaban obligados á ir con él á la guerra á su costa; solo un convite les hacía el principal primero, y después partían los despojos, También cuando el Dato iba fuera iban bogando los que él llamaba, y sí hacia casa ayudábanle y habíales de dar de comer, lo mismo cuando todo el barangay iba un dia á arrolzarse una sementera.

PECHEROS

Los pecheros son los llamados *aliping namamahay*: son casados y sirven á sus amos, sea

dato ó no, con la mitad de su sementera, como al principio se concertaron é iban con el cuando alguna vez iba fuera, remando. Estos viven en sus casas propias y son señores de su hacienda y de su oro y lo heredan sus hijos y gozan de su hacienda y tierras, y los hijos gozan de este estado y no los podían hacer esclavos *saguiguilir*, ni á ellos ni á sus hijos venderlos, y si cabían por herencia á algún hijo de su amo que se iba á morar á otro pueblo, no los podían sacar de su pueblo y llevarles consigo sino en su natural y quedaban allí y les servían y hacían sementeras.

ESCLAVOS

Los esclavos son los que llaman *aliping saguiguilir*, estos son los que sirven á su amo en su casa y sementera, y estos podían vender. Dalos el amo algo de la sementera que hacen, lo que quiera, porque trabajen bien, y así granjean algo por su industria, y estos criados, nacidos en casa nunca por maravilla, los vendían si no los habidos en guerra ó criados en sementera.

POR DEUDA ESCLAVOS

Lo que tenían por deuda traspasaban la deuda en otros ganando siempre y así quedaban los miserables esclavos por la deuda no lo siendo; si de estos esclavos *saguiguilir*, alguno en las guerras ó siendo platero ó de otra manera venía á tener oro fuera de lo que había que dar al amo, se rescataba y hacia esclavos *namamahay*, que son los que llamamos pecheros; no costaba tampoco que no valía de cinco taes

de oro arriba y si daba diez ó más, según se conportaban, quedaba libre del todo, y para esto hacían una ceremonia graciosa que, después de haber repartido las alhajas que el esclavo tenía si estaba en casa de por sí, hasta las ollas y cántaros partían, y si una había de más la quebraban y si era una manta la partían por medio. Adviértase la diferencia que hay entre el *aliping namamahay* y el *aliping saguiguilir*, que por no advertirse esto, se han dado y dan muchos por esclavos y no lo son, porque como ven los Indios que los Alcaldes mayores no entienden esto, han dado en tomar á los *aliping namamahay* y sus hijos y servirse de ellos como *aliping saguiguilir* en sus casas no pudiendo hacer; y si van á la justicia prueban que es *alipin* y su padre y su madre, sin declarar la cautela si es *aliping namamahay* ó si es *aliping saguiguilir*, y danle por *alipin* sin más declaración. Y así le hacen *saguiguilir* y aún lo venden; y así se advierte á los Alcaldes mayores que eepidiendo alguno su *alipin* se averigüe de cuales, y en el escrito que le dieren se ponga.

También de estos tres estados lo que son de padre y madre *maharlicas* siempre son *màharlicas* y si vienen á ser esclavos, es por casamientos como luego diré.

HIJOS DE ESCLAVOS

Si estos *maharlicas* tienen hijos con sus esclavos los hijos y su madre quedan libres y si empañan esclava de otro, estando preñada había de dar al amo medio tae de oro por el peligro que había de su muerte y por lo que

dejaba de trabajar con la preñez y con esto quedaba la mitad del hijo libre que era la parte del padre y alimentaba al hijo, y si no hacía esto, era no conocerle por suyo y era todo esclavo, como no fuera su marido, eran todos libres.

CASAMIENTOS DE LIBRES Y ESCLAVOS

Si se casaban dos, uno maharlica y otro esclavo, ora fuese *namamahay*, ora *saguiguilir*, partían los hijos: el primero, ora fuese varón, ora mujer, era del padre, y también el 3.º y 5.º y 2.º 4.º y 6.º era de la madre, y así de los demás. De manera que, si el padre era libre, todos los que cabían eran libres, y si era esclavo, todos los que le cabían eran esclavos, y lo mismo de la madre. Si no tenían más de uno, la mitad era libre y la mitad esclavo, y esto, ahora ya fuesen mujeres, ya varones, no había más de como les cabía. Y los que quedaban esclavos eran de aquella esclavonía que lo eran el padre ó la madre, *namamahay* ó *saguiguilir*. Si eran nones, que sobraba uno, la mitad era libre y la mitad era esclavo. El cuando partían estos hijos ó de que edad, no he podido averiguar cosa cierta, porque cada uno hacía lo que quería.

NAMAMAHAY NO SE PODIAN VENDER

De estas dos maneras de esclavos, á los *saguiguilir* podían vender, más no á los *namamahay* ni á sus hijos, ni enajenarlos, aunque si del barangay por herencia como quedase en el mismo pueblo.

TROCARSE DE UN PUEBLO A OTRO

Los *maharlicas* no podían pasar de un pueblo á otro, ni de un barangay á otro después de casados sin pagar cierta pena de oro que entre ellos estaba puesta; era más ó menos, según los pueblos que corría de un tae hasta tres y un convite á todo el barangay, si no, era ocasión de poder hacer guerra del barangay de donde salía á aquel donde se pasaba. Esto era así en hombres como en mujeres, salvo que se casaba uno con mujer de otro pueblo, los hijos se repartían después igualmente en los dos barangayes. Y esto les hacía estar obedientes al Dato, lo cual ahora no están, que si el Dato es brioso y sabe mandar lo que á él le mandan los españoles ó los padres religiosos, luego lo dejan y se van á otros pueblos y otros Datos que lo sufren, los zapateen, y que no les manden, que estos son los que ellos tienen ahora por buenos y no el que tiene brío para mandar. Esto tiene necesidad de remedio que por eso andan los principales abatidos.

AVERIGUAR EL DATO PLEITOS

El averiguar y juzgar sus competencias, el Dato lo hacía entre los de su barangay y si alguna de las partes se sentía agraviada, de conformidad de todos nombraban un Juez árbitro de otra barangay ó pueblo, fuese Dato ó nó; que para esto había algunos conocidos por hombres desapasionados y decían que juzgaban la verdad según sus costumbres, y si era el pleito entre dos principales. cuando querían excusar guerras convocaban también jueces árbitros, y

si era entre dos diversos barangayes, así mismo, Y siempre que esto había de vivir convidando el que apelaba á los demás.

LEYES DE PENA DE MUERTE

Tenían leyes por las cuales condenaban á pena de muerte, como al hombre bajo que deshonraba á la hija de principal ó á su mujer, y así mismo á los hechiceros y á otros de esta suerte; á ninguno condenaban por esclavo sino á los que merecían pena de muerte, como á los hechiceros que los mataban y á sus hijos y coadjutores en el oficio hacían esclavos del principal dando él algo á la parte agraviada.

Todos los demás delitos sentenciaban en oro de esta manera: que la mitad de la sementera y todo lo que granjearse fuese del amo y el amo le diera de comer y de vestir y así se servían de ellos y de sus hijos. Como no acaudalaban para pagar la condenación, quedaban esclavos y los hijos, y si acaso el padre pagaba su deuda, alegaba el amo que á sus hijos había dado de comer que se lo pagase y así se les quedaban en casa sino había conque pagar, y esto era lo ordinario y se quedaban esclavos.

PAGAR Á UNO POR OTRO

Si el condenado tenía algún deudo ó amigo que pagase por él ni más ni menos en la mitad del servicio le servía hasta que le pagaba más no en casa como *aliping namamahay*, y si no le servía de esta suerte que hacía crédito de él había de volver el doble de lo que le prestó. De esta manera venían á hacer esclavos por aquella deuda ó *saguiguilir* si servía al amo á

quien á quien se aplicó la condenación ó *alipiug namamahay* si servía á quien le prestó con que pagar.

EMPRÉSTAMOS

En lo de los préstamos todo era y es en el día de hoy la usura y el mayor estorbo así para bautizarlos como para confesarlos; porque ha de ser por la misma manera que tenga dicho del que debía la condenación que sirve con dar la mitad de la sementera y ganancias, hasta que paga la deuda y siempre está en pie, y así vienen á ser esclavos y pagan la deuda muertos los padres en los hijos y si no volver el doble: esto tiene necesidad de remedio y puedese dar muy bien.

HERENCIAS

De las herencias los hermanos legítimos de padre y madre heredaba igualmente, salvo si el padre ó madre mejoraba á alguno en algo poco como dos taes ó tres de oro ó una joya también. Cuando los padres al dotar á algún hijo y por casarlo con alguna persona principal excedía en el dote más de lo que daba á los otros hijos, aquella demasía no se contaba en el montón de la partición; más cualquier otra cosa que hubiese dado á algún hijo, aunque fuese, por alguna necesidad, como declarasen los padres que les daban aquello fuera de la herencia, se lo contaba al tiempo de partir la hacienda con los otros hijos.

HIJOS DE DOS MUJERES

Si uno tenía hijos de dos mujetes legítimas, cada uno llevaba la herencia y dote de su ma-

dre con el multiplicado que le había y lo que era del padre se repartía entre todos.

HIJOS LEGITIMOS CON HIJOS DE ESCLAVOS

Si juntamente con hijos legítimos había algún hijo de esclava suya no entraba en la herencia, más habíale de dar su madre libre y á sus hijos alguna cosa, si era principal un tae, ó un esclavo y si daba algo más era lo que ellos querían.

HIJOS LEGITIMOS Y DE INASAWA

Si con los hijos legítimos había también algún hijo de soltera libre á quien daban dote más no lo tenían por mujer verdadera, estos todos eran como hijos naturales aunque el hijo de soltera lo hubiera sido siendo casado. Estos no heredaban igualmente con los hijos legítimos, sino la tercera parte: que si eran dos llevaba dos partes el legítimo y una el de *inasawa*.

ILEGITIMOS

Cuando no hay hijos de mujer legítima sino hijos de soltera ó de *inasawa* estos heredaban todos y si había algún hijo de esclava dábanle lo que arriba dijimos, si no hay hijo legítimo ni natural ni de *inasawa* aunque [haya sido hijo de esclava no heredaba sino el padre ó abuelo ó hermanos ó parientes más cercanos del difunto y estos daban al hijo de la esclava lo que dijimos arriba.

HIJOS DE MUJER LIBRE Y CASADA Y DE ADULTERIO

Si tienen hijo de mujer libre y casada y que lo hubo siendo ella casada, si el marido

pena al adulterio es como dote y el tal hijo entra en la herencia con los otros hijos, si aquel heredan los hijos ó parientes más cercanos, y aquel hijo igualmente con ellos, más si el adultero no fué penado del marido de aquella de quien tuvo el hijo no es tenido por hijo ni hereda cosa alguna. Y adviértase como en la pena que se dá al agraviado, ni él queda deshonrado, ni se aparta de la mujer y el hijo queda legitimado del padre y así conviene se ponen.

HIJOS ADOPTIVOS

Los hijos adoptivos que entre estos se usan mucho heredan el doble de lo que dieron cuando los prohijaron. De manera que si dió un tae de oro porque le prohijasen, muerto el padre le dan dos taes, más si este hijo adoptivo murió antes que el padre que le prohijó no heredan esto sus hijos, que allí se acabó el concierto, y este es el peligro á que arriesga su dinero y también por ser amparado como hijo y por eso es lícito este tratado de adopción que estos usan.

DOTES

Las dotes dan los hombres á las mujeres el cual dote es de los padres de las mujeres, si son vivos ellos lo gozan; y muertos los padres, aunque aquel dote no se haya deshecho, del mismo modo se reparte igualmente entre los hijos, como las demás haciendas, si no es que quieran los padres mejorar á la hija en algo. Si la mujer cuando se casa no tiene padre, ni madre, ni abuelo, ella goza su dote que no es de otro pariente alguno ni hijo. Advier-

tase que las mujeres en cuanto que son solteras ninguna cosa tienen, ni sementeras, ni dote, que todo es de los padres cuanto trabajan.

DESCASARSE

Si se descasaban antes de tener hijos, si la mujer era la que dejaba al marido por casarse con otro, todo el dote y otro tanto más volvía al marido, más si le dejaba no para casarse con otro volvía el dote solamente. Si el varón era el que se apartaba, fuese para casarse con otra ó no, perdía la mitad del dote y volvíanle la otra mitad: si tenía ya hijos cuando se apartaban todo el dote la pena era para los hijos y ce lo guardaban los abuelos, si los tenían, ú otro deudo de crédito.

Una vez he visto hacer en dos pueblos, que habiéndose casado dos, poco hacía, murió el uno sin tener hijos antes de un año y los padres volviéronle la mitad del dote al marido cuya mujer murió, y del otro á los deudos del marido que fué el que murió. Entiendo que esto no es géneral porque lo he procurado y dicen que aquellós que lo hacen es de piedad, más que no lo hacían todos.

CONCIERTOS DE CASAMIENTO

En dotes de casamiento que hacían los padres de casar á sus hijos y los dan luego la mitad, aunque son niños, en esto hay más enredo porque tienen pena puesta cuando se conciertan que pague tanto el que se saliese fuera, y esto es según el uso de cada pueblo y el estado de cada uno y esta pena llegaba lo más, si muertos los padres el hijo ó hija no

quería casarse con quien sus padres lo concertaron, volvía el dote que los padres habían recibido y no más. Pero si los padres eran vivos pagaban la pena, porque se presumía que ellos les hacían apartar.

Esto es lo que he podido sacar en limpio de lo que entre estos naturales se guardaba en toda esta Laguna y Tingues y en toda la lengua tagala y dicen los viejos que el Dato que otra cosa hacía no le tenían por buen y contando tiranías que hacían algunos los afean y tienen por malos. Otros darán otra relación por ventura más larga más la suma de toda verdad (dejadas cosas impertinentes de como se gobernaban y juzgaban) es esta; y envióla tan sucitamente por no se me haber mandado más. Lo que se determinase conviene darlos á los Alcaldes mayores con una instrucción, porque es lástima los disparates que en sus sentencias hacen.

Nuestro Señor dé á V. S. su espíritu y gracia para que en todo acierte y en todo lo que se ofreciese V. S. me mande, que será el mayor contento y merced que puedo recibir.

De Narcarlang 24 de Octubre de 1589 años.





INDICE

	<u>PÁG.</u>
Dedicatoria	V
Al que leyere	VII
La Cruz de Magallanes	II
La conversión de Tupas	21
Un retrato famoso	33
Lo que vale una lágrima	45
Entre dos deberes	54
Cuarenta cabezas	69
Un hombre valiente	77
Santa estratagema	85
Un sueño prodigioso	93
De como los tomates de Fr. Anselmo pro- dujeron mucho paláy	103
Un nacimiento raro	109
Un decreto de Felipe III	119
El precio de una sentencia	129
Las campanas de Quiapo	137
Las lágrimas de S. Francisco	145
Una imágen de historia	151
Apéndice	157





FE DE ERRATAS

Siendo de poca importancia, las que pueden encontrarse desperdigadas en el texto, el lector con su ilustrado criterio las subsanará fácilmente.









UNIVERSITY OF MICHIGAN



3 9015 01316 5280

PRECIO:

EN FILIPINAS.	\$ 1'00	EN RÚSTICA
» »	« 1'50	» PASTA
» ESPAÑA	PTAS. 4	» RÚSTICA
» »	» 6	» PASTA